

PRECIO: UNA PESETA EL TOMO EN TODA ESPAÑA.

R. ORTEGA Y FRIAS

LOS

LIBERTINOS

NOVELA DE COSTUMBRES



MADRID

URBANO MANINI, EDITOR

CALLE DE RECOLETOS. 7

URBANO MANINI, EDITOR.

LOS LIBERTINOS

18 cm.

A. 71.826



URBANO MANINI. EDITOR. MADRID.

LOS LIBERTINOS

NOVELA FESTIVA, ORIGINAL

DE

D. Ramon Ortega y Srias.



ADMINISTRACION
 CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7.
 MADRID

(Diagonal stamp)
 - MATEO RODRIGUEZ. -
 LIBROS Y ENCUADERNACIONES,
 RIBERA 5. BILBAO.

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPÍTULO PRIMERO.

Un gavilan que puede ser paloma, y una paloma que puede ser gavilan.

A las ocho y media de una noche de Noviembre, entraron en el Café Español dos mujeres, la una vieja y la otra jóven, y que parecian pertenecer á esa clase desgraciada que se educa con cierta distincion, que está obligada á presentarse con cierto decoro en el mundo, que tiene todas las necesidades de los ricos, y que carece de los recursos de éstos, y aun de aquellos con que cuentan los pobres, porque su educacion y sus circunstancias no les permiten hacer muchas cosas que les proporcionarian un pedazo de pan.

Suponemos que eran madre é hija.

La primera iba toda vestida de negro con la mayor sencillez, una falda de tela de lana, un pa-

ñuelo grande y el manto. Representaba unos cincuenta y seis años, y ya, aunque ligeramente, se encorvaba su espalda.

La belleza, aunque desaparece con el tiempo, deja siempre alguna señal, algún vestigio, algo como recuerdo, y que parece decir: «Aquí hubo encantos»; pero la buena señora que nos ocupa, debió ser siempre fea, porque era su nariz demasiado larga, sus ojos pequeños, su frente estrecha y deprimida, y su boca grande, muy grande, boca que no podía mirarse sin repugnancia, porque sus ángulos, al hablar, se llenaban de saliva, y los dientes, sobre ser desiguales y grandes, tenían un color parecido al del aceite turbio.

Tenia el aspecto de esas viudas que no han querido quitarse el luto que se pusieron por el amado esposo; una de esas mujeres timoratas educadas por el sistema antiguo, que no saben leer y que pasan la vida remendando y rezando.

La hija era otra cosa en cuanto á belleza y entendimiento; pero tenía también ese aire de candor de las jóvenes que no conocen el mundo, y en sus maneras, en sus gestos y en sus miradas revelaba la timidez de la más inocente niña.

Sus ojos eran grandes, negros, brillantes; pe-

ro siempre velados por las pestañas, y casi siempre mirando al suelo, tenían una expresión de melancolía profunda que los hacía más interesantes. Si aquellos ojos se hubieran levantado y abierto, y dejado escapar algunos destellos de la hoguera que indudablemente había en el alma, ¡cuántas conquistas hubieran hecho!

Empero la joven inocente y tímida no sabía sacar partido de sus encantos, ni aun sabiendo se hubiera atrevido.

Su frente era tersa y despejada, y la boca pequeña, de labios frescos y rojos, y dentadura blanquísima.

Su talle era esbelto, y las formas admirables.

No era su ropaje negro, ni tan sencillo como el de su madre; pero de poquísimo valor cuanto llevaba, aunque á la moda, y todo muy limpio y muy bien arreglado.

Apenas entraron, fijó en ellas la mirada otra persona, un hombre que debía tener cincuenta y cinco años, grueso, rechoncho, con bigote y patillas cuyo negro color era indudablemente debido al nitrato de plata, abultadas facciones y ojos pequeños, hundidos y relucientes.

Debia ser rico, porque su ropa era de bastante

valor y á la última moda, y llevaba en la camisa, lo mismo en el pecho que en los puños, botones de brillantes de tamaño nada comun. En la cadena de su reloj se veían tambien algunas piedras preciosas, y era de oro primorosamente cincelado el puño de su baston. Además, como se habia quitado los guantes para tomar café, podia verse en uno de sus dedos una sortija con un brillante riquísimo.

Estos relumbrones, la corbata de colores muy vivos, su aire, su sonrisa y todo revelaban á uno de esos necios que están envanecidos con su persona, sin que la pícara vanidad se dé por vencida ni aun en la vejez.

Fumaba, cambiaba de postura con frecuencia, y á cada movimiento destellaban los brillantes, de manera que no era posible que sus ricos adornos pasasen desapercibidos.

A pesar de todo su lujo, de toda su magnificencia y de toda su vanidad, se puso en pié, salió al encuentro de las dos modestas mujeres y las saludó con todas las consideraciones imaginables, sonriendo y mirando á la jóven con esa intencion que en las miradas revelan los libertinos, intencion inequívoca que pone en ridículo á los viejos.

La jóven bajó más los ojos y se puso colorada como una cereza, lo cual no era extraño, porque debió sentir herido su pudor; pero no hizo ningun gesto de disgusto, porque al fin era mujer y le halagaba que la mirasen los hombres con amorosa codicia.

—¡Soy dichoso!—exclamó el viejo seductor.— Bendita sea la casualidad que me ha traído aquí para tomar café mientras llegaba el momento de entrar en el teatro.

—Sí, ha sido mucha casualidad,—respondió la madre mientras llevaba á la boca su blanco pañuelo, lo cual hacia cada tres segundos.—La niña no queria salir; pero ha pasado el dia lo mismo que todos, trabajando, y yo le dije: «pero hija, si no te dá un poco el aire, te vas á morir, y es preciso distraerse. Vamos un ratito al café.»

—Muy bien hecho, señora. Y ya que así lo ha dispuesto la fortuna, espero que me honrarán ustedes, acompañándome á tomar café. Cambio de plan, no iré al teatro.

—¿Y va usted á perder la funcion?

—No perderé nada, sino que ganaré mucho... Aceptan ustedes, ¿es verdad?...

La jóven miró á su madre, y esta dijo:

—Puesto que usted se empeña...

Se sentaron, acudió el mozo y llevó más café.

El viejo se había colocado junto á la jóven, y enfrente la madre, cuyas maneras no tenían nada de distinguidas, así como tampoco su lenguaje, aunque ella hacia lo posible para disimular estos defectos; pero cuando una persona ordinaria se empeña en aparecer fina, no consigue sino hacer resaltar más su falta de educacion y de trato con personas distinguidas.

A los pocos minutos resonó el piano, que estaba á poca distancia, y este ruido, y la distraccion de la madre al oír la música, permitió al caballero de los relumbrones hablar á media voz con la hija.

Por fin, esta se atrevió á levantar alguna vez los ojos y mirar frente á frente, aunque por un instante, al viejo, que debía sentirse abrasado, fascinado, trastornado, porque así lo revelaba su semblante.

—Nó,—decía con voz agitada,—no es sostenible esta situacion violenta, no puedo soportar este tormento. Y usted indiferente, desdeñosa, despiadada... ¡Oh!... ¿Hasta cuándo he de sufrir?

—Pero usted,—replicó la niña inocente con voz melosa,—aspira...

—A la felicidad verdadera. ¿Qué tiene esto de particular? A todo el mundo le sucede lo mismo. Por lo demás, mi franqueza es una garantía de mi buena fé. No conoce usted el mundo, y le espanta lo que ninguna mujer tomaría en consideración. A pesar de todo esto, no he conseguido que ni siquiera mi amistad acepte usted.

—La amistad sí.

—¿Pues cómo es que han buscado mil sutiles pretextos para evitar que yo las visite?

—Ya vé usted... el carácter de mamá y...

Se interrumpió la jóven como si no se atreviese á continuar.

—Acabe usted.

—No puedo, no debo... ¡Ah!... Si pudiera decirse todo lo que se siente, - añadió la tímida doncella mientras fijaba una mirada abrasadora y profunda en el viejo libertino.

—¡Cándida!

—Don Rufino...

—Siquiera por compasión...

—Calle usted... ¡Ay.... Si mamá se apercibe...

—Pero...

—Nó, nó.

El caballero se movió con impaciencia, como

si la silla tuviese agujas, y uno de sus piés se encontró con otro de la jóven.

Ella se estremeció, y él se puso rojo, amorado.

Nunca con más exactitud hubiera podido compararse á un hombre con un barril de pólvora.

Los ojos de Cándida podían hacer las veces de mecha.

Siguió el caballero hablando como quien ha perdido la razón.

Y ella respondía como mujer turbada y confusa y que se siente débil para resistir.

Y el pianista, como si tuviese los nervios crispados, manoteaba sobre las teclas.

Y la madre, más extasiada cada vez, no se movía ni siquiera para limpiarse los ángulos de la boca.

Cesó la música.

Tomó la jóven el último sorbo de café.

Don Rufino encendió otro cigarro.

—¿Entiende usted de leyes?—le preguntó la madre.

—Señora, no soy abogado; pero he tenido algunos pleitos, y no soy del todo ignorante.

—Lo digo, porque quisiera saber...

—Mamá,—interrumpió Cándida,—este caballero...

—Como es tan amable...

—Estoy á la disposicion de usted...

—Además, no puedo ir á consultar con un abogado, porque las consultas cuestan el dinero.

—Abogado tendrá usted si lo necesita; pero dígame usted de qué se trata, porque tal vez yo pueda disipar sus dudas.

—Hace cosa de dos años me encontré en un gran conflicto, porque necesité dinero para salvar la vida de mi hija y pagar una deuda de mi difunto esposo, cuya memoria es sagrada para mí. Despues de mucho buscar, encontré un bribon que me diese diez mil reales, á condicion de firmar veinte mil en escritura de depósito. Acepté, porque en aquellos momentos hubiera dado hasta la vida, y he ido dando intereses hasta que el prestamista se ha cansado de esperar y me exige los mil duros, y me amenaza, diciendo que me llevará á la cárcel.

—El caso es grave, señora.

—Me parece, que por una deuda no se lleva á la cárcel á una persona honrada, á una señora.

—Pero si usted firmó una escritura de depósito...

—Sí.

—Tiene usted la obligación de devolver el dinero, y si no lo hace le formarán una causa criminal por abuso de confianza...

—¡Dios mio!—exclamó la viuda con tono de terror.

Su hija temblaba y palidecía.

Ambas quedaron inmóviles y mudas.

Sus semblantes revelaban su sufrimiento y su trastorno.

Si aquello era una farsa, es preciso reconocer que la representaban admirablemente.

—Tranquílícense ustedes,—se apresuró á decir don Rufino.—¿Por qué han de perder las esperanzas de conjurar ese espantoso peligro? ¿Acaso no hay en el mundo quien las quiera á ustedes bastante para sacarlas del apuro?

—¡Ay!—suspiró la jóven mientras el llanto empañaba sus ojos.

—¡Pobre hija mia!—murmuró la madre.

—Me ofenden ustedes... ¡Oh!—exclamó el viejo verde.—Cándida, domínese usted, porque si no daremos un espectáculo... Está usted lívida y...

¡Veinte mil reales!... Eso no es nada... La amistad de ustedes vale mucho más... Señora, esos mil duros se los daré yo á usted sin necesidad de escrituras ni recibos, y usted me los pagará cuando pueda. Soy rico, ya lo sabe usted...

—Caballero...

—Y si usted no acepta, porque no quiere agradecerme nada, porque no quiere ser mi amiga... Pero sí aceptará, porque se trata de la honra y de la dicha de su hija.

—Basta, don Rufino, basta, no puedo...

—¡Señora!

—Es demasiado.

—¿Y qué será de su hija de usted?

La viuda suspiró penosamente, inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Cándida, bellísima Cándida,—dijo don Rufino con acento de ternura,—recobre usted la calma, porque sufro horriblemente. ¿Tampoco usted quiere deberme nada?

Por toda contestacion, la jóven envió al caballero una mirada que era más elocuente que cuanto pudieran decir sus labios.

—¡Ah!—exclamó entusiasmado don Rufino.

Y otra vez se encontraron sus piés con los de

Cándida, y volvió á sentir fuego en las venas.
¡Qué interesante está una mujer jóven y bonita cuando llora!

Nuevamente resonó el piano.

La viuda siguió preocupada.

Don Rufino habló de su pasion, del mundo, del triste papel que representan los que se hacen mártires de su propia virtud, de las preocupaciones de los espíritus débiles, y probó hasta la evidencia que ninguna mujer de talento se deja dominar por ciertos escrúpulos, ni se resigna á pasar la vida como la pasaba Cándida.

Esta se ponía unas veces colorada y otras amarilla; ahora suspiraba ó se estremecía despues.

No acertaba á defenderse, no tenia fuerza moral para responder con negativas al hombre que generosamente la salvaba, no solamente á ella, sino á su madre.

No habia tal generosidad, y don Rufino estaba cometiendo una infamia, uno de esos abusos in-calificables, porque si estaba dispuesto á dar los mil duros, era para obligar á la inocente niña á que ésta le pagase con su honra, que era lo único que poseia.

El libertino, lo mismo jóven que viejo, no re-

para en nada para satisfacer sus impuros deseos:
¡Pobre Cándida!

Se salvaba de un gran peligro para caer en otro mayor, porque ¿qué suerte le esperaba?

Los miserables como el viejo seductor, prostituyen á las mujeres y las abandonan apenas satisfacen su capricho.

¿Y qué ha de hacer la que ya se ha manchado?

Sumergirse hasta el fondo en el lodazal de todos los vicios.

Una hora despues salieron del café.

Entraron en un coche, porque á don Rufino no le parecia bien que Cándida se molestase.

El carruaje era estrecho, una berlina, porque no encontraron otro, y allí se empaquetaron como pudieron.

—Yo me acomodo de cualquier manera,—decia el viejo.

—Yo tambien,—añadia la viuda.

—Colóquese usted mejor, Cándida... Así, para que la falda no se arrugue... Muy bien...

¡Qué bellísima era la jóven!

¡Cuantos encantos le habia concedido la naturaleza!

El caballero respiraba con gran dificultad, y de vez en cuando resoplaba.

No era posible verle el rostro en aquella oscuridad.

El carruaje se detuvo.

Estaban en la calle de los Abades y á la puerta de una casa grande, pero antigua y fea.

—Mañana,—dijo don Rufino,—tendré el gusto de venir á saludarlas á ustedes.

—En esta pobre casa...

—Señora, en todas partes valen ustedes mucho para mí.

—A la calle del Fomento, número...—dijo el caballero despues que las dos mujeres entraron en la casa.

El coche partió.

CAPITULO II.

Una criada fiel.

No iba á su casa don Rufino, sino á la de otra mujer que lo tenia tan trastornado como Cándida, porque es preciso que sepais que en el corazon de los viejos verdes caben tantos amores como mujeres bonitas hay en el mundo.

Los libertinos no pueden vivir sino en lo que pudiéramos llamar el mundo de las seducciones, de los galanteos, de las emociones. Si se fatiga el cuerpo, queda la imaginacion, y todo es gozar.

¿Por qué no habia de aprovechar la noche don Rufino?

La fortuna lo protegía, y era menester aprovecharla.

Hacia más de dos meses que andaba á vueltas con otra conquista, pero se le presentaban grandes dificultades, porque la belleza en cuestion no era una niña inocente, ni tímida, ni mucho menos hambrienta, y por consiguiente, ni era fácil engañarla, ni deslumbrarla con dinero.

Tenia veinticinco años la que pronto daremos á conocer, sabia lo que era el mundo, era coqueta, traviesa y audaz, y vivia con una pension y no sabemos qué renta que le dejó un pariente; pero los murmuradores aseguraban que la pension era mezquina y la herencia imaginaria, deduciendo que algun amante misterioso pagaba á la jóven los teatros, los ricos trages que gastaba y aún la casa en que vivia.

Si esto era verdad, Felisa, que así se llamaba la jóven, era fiel á su amante, puesto que muchos habian acometido la misma empresa que el viejo verde, y ninguno habia conseguido lo que deseaba.

Con el descaró, con la desvergüenza que la caracterizaba, porque desvergonzada era Felisa, habia dicho más de una vez al viejo:

—Don Rufino, si tuviese usted menos años, más entendimiento y más discrecion, tal vez consigui-

ria interesarme, pero tal como es usted, me hace reir.

Esto, que para cualquiera hombre hubiera sido una ofensa, fué un incentivo para el viejo Tenorio.

Además de los atractivos de su belleza, que era encantadora, tenia otro Felisa, el del misterio. Ya lo hemos dicho, no era fácil averiguar con qué recursos contaba para vivir, si no con lujo, con verdadero lujo, con un decoro y unas comodidades que exigian crecidos gastos.

Si tenia un amante que pagaba, ¿quién era?

En su casa entraban muchos amigos; pero ninguno tenia con ella más intimidad que los otros, y todos confesaban que no habian conseguido el más pequeño favor de aquella mujer despreocupada y alegre.

Ningun hombre pensó casarse con Felisa, porque hubiera sido cometer una locura dar el nombre y confiar la honra á una mujer de dudosa conducta y de antecedentes oscuros.

Oportunamente pondremos en claro el misterio; pero ahora debemos seguir á don Rufino, que entró en la casa de la calle del Fomento, subió al cuarto principal y llamó.

Abrió una mujer que parecía de unos treinta años ó más, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, de color moreno verdoso, ancha nariz, boca grande, donde faltaban dos dientes, ojos, el izquierdo pequeño, redondo y pardo, y cerrado el derecho, porque era tuerta, y toda la cara llena de señales y costurones de las viruelas.

Fealdad más horrible no puede imaginarse.

A don Rufino le infundía miedo y le repugnaba; pero, como suele decirse, hacia de tripas corazón, porque le convenía estar en buenas relaciones con aquella mujer, de la que no es menester decir que era la criada, fregona y cocinera de Felisa.

—Buenas noches, Manuela,—dijo el caballero.

—Pues no está la señorita,—respondió la criada con ronca voz.—Se fué al teatro.

—¿Sola?

—Ya sabe usted que siempre la acompaña Pepa.

—Siento no encontrarla, porque no tendré el placer de verla; pero me alegro, porque hablaré contigo sin temor de que nadie nos interrumpa.

—¿Pues qué tiene usted que decirme?

—¿No lo adivinas?

—El cantar de siempre.

—Sí.

—Mala comision.

—Manuela, escúchame... Puedes hacer tu fortuna...

—Pero acabe usted de entrar y siéntese... ¡Jesús!... Está usted colorado como un tomate, y sofocado... Pues no hace calor.

—Vengo del café, donde la atmósfera estaba muy caliente y...

—Esta noche está usted más guapo.

—Gracias, Manuela.

—Con que decía usted...

—Que yo no sé de qué medios valerme para que tu señorita me haga caso, y como tú debes conocerla bien...

—Mucho.

—Si eres franca y me sirves con lealtad, te regalaré cuatro mil reales, y si triunfo...

—¿Cuánto? — preguntó descaradamente la criada.

—Diez mil.

—Diga usted lo que tengo que hacer.

—Ante todo necesito saber si tu señorita tiene algun amante.

—Nó.

—¿Estás segura?

—Sí.

—La solicitan muchos...

—Ella no hace caso de ninguno.

—¿Es insensible?

—Todo lo contrario.

—Pues entonces...

—Dice que los que solicitan su amor son precisamente los que no le gustan.

—Yo también tengo esa desgracia,—dijo tristemente don Rufino.

—¿Qué más quiere usted?

—Un consejo.

La criada quedó inmóvil y silenciosa como si meditase.

Después de algunos minutos dijo:

—Estoy cansada de servir y de ser pobre.

—Por eso...

—Me ha ofrecido usted diez mil reales, si triunfa.

—Sí.

—Pues bien, el triunfo depende de mí.

—¡Manuela!...

—Conozco un secreto del que puedo abusar.

—Explicáte.



—La señorita padece una enfermedad muy rara.

—¡Enferma Felisa!—exclamó don Rufino con tono de profunda sorpresa.

—Y que ningún médico puede curarla. La han visto ya no sé cuántos, por supuesto secretamente, porque ella se dejaría matar antes que decir que está enferma.

—Parece mentira... Siempre la he visto alegre, y come bien, y...

—En pasando el ataque, como si tal cosa.

—¿Y en qué consiste esa enfermedad?

—De repente se le cierran los ojos y queda sin conocimiento: no ve, ni oye, ni siente, y es inútil cuanto se hace para que recobre el sentido. Si está levantada la desnudamos y la acostamos.

—¿Y ella?

—Como si tal cosa.

—¿Y no se acuerda de lo que ha pasado á su alrededor?

—¿Cómo ha de acordarse de lo que no ve? Algunas veces la hemos pellizcado hasta hacerla cardenales, y no lo ha sentido.

—Si le dá el ataque en el teatro, en paseo...

—No, porque conoce el día que ha de darle, y

no sale, ni recibe ninguna visita. Cuando vuelve en sí, se levanta, mira el reloj, se viste, habla, come, ríe, y se pasea como si nada le hubiese sucedido.

—Todo eso está bien; pero aún no veo cómo puede favorecerme la enfermedad de tu señorita.

—Casi siempre le dá el ataque de noche, y cuando suceda y esté en su alcoba á oscuras, puede usted entrar...

—¿Has perdido el juicio?

—Nó, señor.

—Ese abuso...

—¡Pues no es usted muy escrupuloso que digamos!

—Mi conciencia...

—¡Bah!... Yo he oido decir que algunas veces los enamorados, no pudiendo conseguir lo que deseaban, hacian dormir con un brevaje á la dueña de su corazon.

—Es mucha verdad; pero ..

—Si no se atreve usted...

—¡Oh!... Sí me atrevo; pero supongamos que vuelve en sí...

—No hay cuidado. Además, ¿qué habia de ha-

cer? Se enfadaria, pero tendria que disimular por su propia conveniencia.

—Discurres con acierto.

—Ahora usted dirá.

Pensativo quedó don Rufino.

Su conciencia era tan elástica como la de todos los libertinos.

En vez de buscar razones para condenar aquel horrendo abuso, pensaba en Felisa, figurábasela sin conocimiento, como dormida, y por consiguiente descuidada y...

No es posible decir todo lo que se figuraba el viejo verde.

En pocos momentos analizó imaginariamente todos los encantos de Felisa.

No era posible que resistiese á la tentacion.

—Estoy decidido,—dijo al fin.

—Pues vendrá usted todas las noches á las diez, sin olvidarse de traer los diez mil reales, y cuando se presente la ocasion...

—Entiendo.

Muy fea tenia la cara la sirvienta, pero era mucho más fea su alma.

Su deslealtad, su traicion, merecia el castigo más duro, pues habia la circunstancia de que su

señora le pagaba con mucha generosidad y la trataba muy bien.

La criminal no podía defenderse ni aún con el deseo de vengar ofensas que hubiera recibido, puesto que era objeto de más consideraciones que merecía.

Dice el adagio que «Dios los cria y ellos se juntan,» y así sucedió con don Rufino y Manuela.

No tenemos motivos para interesarnos por Felisa, que quizás no merecía consideraciones; pero el abuso que se intentaba era repugnante.

—Pues no tenemos más que hablar,—dijo la criada.

—¿Y cómo nos arreglaremos para que no nos estorbe Pepa?

—Eso es cuenta mía.

—De manera que todas las noches vendré...

—Y esperará usted en la calle, y si al cabo de media hora no he bajado...

—Me iré.

—Sí, señor.

—¡Ah!... te debo...

—Nada, porque me paga usted con los quinientos duros.

—Manuela, ahora me pareces hermosa.

La sirvienta soltó una carcajada y replicó:

—Cuidado, no se enamoró usted de mí.

—¿Quién sabe?... Si tu cara no es bonita, tu cuerpo...

—Algo he de tener, y sepa usted, señor don Raimundo, que algun hombre se ha entusiasmado conmigo, y no pierdo la esperanza de que todavía se entusiasme alguno de los que enamoran á mi señorita y me miran con desden.

—Todo es posible, dijo don Rufino mientras contemplaba el rostro feísimo de Manuela sin comprender cómo podia un hombre galantearla.

Como las mujeres no renuncian á tener una vanidad, aquella la tenia con su cuerpo. Verdad es que sus formas no eran despreciables, y debemos ser justos y reconocerlo así.

Poco más hablaron.

Despidióse don Rufino despues de preguntar á qué teatro habia ido Felisa, y salió mientras decia:

—Está visto, la fortuna se ha empeñado en protegerme esta noche. Cuando se habia desvanecido mi esperanza de obtener el más pequeño favor de Felisa, se me presenta la ocasion de poseer sus encantos sin que nadie me lo estorbe. Me costará

diez mil reales, y por otro lado los mil duros en que la viuda tasa la pureza de su hija; pero soy rico, y el dinero no debe servirme más que para gozar. Manuela es una infame, su traicion no tiene defensa; pero eso no es cuenta mia, porque yo no cometo el abuso, sino ella, y me concreto á aceptar lo que me ofrecen. ¿Quién no haria lo mismo? En cuanto á Cándida... ¡Qué criatura!... ¡Cuánto hechizo!... Y con su inocencia es encantadora. Preciso es confesar que la pureza tiene un atractivo irresistible, y Cándido valdrá mucho ménos despues que haya sido mia. Me parece que lo del depósito es una farsa, y lo que hay de verdad es que la viuda está cansada de pobreza; pero guarda las buenas formas, hace el negocio con disimulo. El resultado es igual para mí.

• Don Rufino llegó al teatro de Jovellanos, donde debia ver á la encantadora Felisa.

CAPÍTULO III.

—
La visita.

A las dos de la tarde del día siguiente don Rufino fué á visitar á la viuda y su hija.

En la morada de estas todo era pobre ó muy modesto; pero limpio y bien ordenado.

La madre hacia media, interrumpiendo con frecuencia el trabajo para limpiarse la boca.

Cosia la hija, que se puso muy colorada apenas vió á su pretendiente.

Hablaron del tiempo, de los paseos, de los teatros, y alguna vez la viuda recordó los buenos tiempos en que su esposo vivía.

Don Rufino aprovechó todas las ocasiones para ocuparse de sus pingües rentas.

A ún no habia pasado un cuarto de hora cuando la madre le preguntó á su hija:

—¿No añadiste agua al puchero?

—Se me olvidó.

—Creo que se quema... Con permiso de usted...
Vuelvo en seguida.

—Con el pretexto de atender al guisado, se fué la viuda.

Don Rufino aprovechó la ocasion para ga-
antear á Cándida, recordando lo feliz que habia
sido la noche anterior.

—Me hizo usted sufrir mucho,—replicó la jó-
ven, que otra vez se puso colorada,—y debe us-
ted reconocer que cometia un abuso, porque yo no
podia separarme de usted, ni siquiera moverme,
ni decir una palabra, sin riesgo de que mamá sos-
pechase...

—Las cosas no tienen más importancia que la
que le damos.

—Cada vez que pienso... ¡Ay!...

—¡Bah!...

—No creí que fuese usted tan atrevido y tan
mani-largo... Y yo le hacia á usted señas; pero
usted, firme que firme, y cada vez más...

—¿Por qué es usted tan bella?... En fin, Cándi-

da, es preciso que nos veamos con entera libertad...

—¡Imposible!

—Cuando se quiere...

—Mamá no se separa un instante de mí.

—¿Y no duerme?

—Sí, en esa alcoba, á mi lado...

Volvió la viuda.

El viejo verde hizo un gesto de disgusto.

Aún no habían pasado otros cinco minutos, cuando dijo la madre:

—Pues señor, se me acabó el hilo... ¿Dónde está el otro ovillo?

—Me parece que en el cofre,—respondió Cándida;—pero no tengo seguridad y...

—Lo buscaré... Con permiso de usted, don Rufino.

Salió otra vez la vieja.

Los momentos eran preciosos.

—Quedamos, pues,—dijo el seductor,—en que una noche...

—Uno de estos días mudaremos de casa, y como en la nueva tendré dormitorio separado...

—¡Ah!...

—Pero nada prometo... Tengo miedo...

—¿A qué?

—Se arrebató usted fácilmente, y... ¡Dios mío!.. Si no recordara lo de anoche... ¡Qué compromiso!... Y si usted no se domina, y como todos tenemos un cuarto de hora de debilidad... No, nó.

—¿Quiere usted matarme?

—Don Rufino, le suplico...

—¿Cuándo se mudarán ustedes?

—En esta semana.

—Haremos una llave para la puerta de la casa; iré la noche que usted designe, subiré, usted me esperará...

—¡Dios bendito!...

—Estamos de acuerdo... Ya no puede usted retroceder... ¡Cándida mía!

Y en su entusiasmo, el viejo seductor cogió una mano á la jóven y se la besó con frenesí.

Presentóse la viuda, que afortunadamente no se apercibió de semejante atrevimiento.

—Ahora,—dijo don Rufino,—hablemos de lo que más interesa, del grave asunto del depósito: ¿cuándo quiere usted los mil duros?...

—Aún tengo ocho días del plazo que me concedió el acreedor, y no quisiera darle el dinero sino en el último instante.

—Pues ya sabe usted que á todas horas están los mil duros á su disposicion.

—Gracias, señor don Rufino.

—No opino que retrase usted el pago, porque esos hombres que así abusan son capaces de todo.

—Pagaré el dia que nos mudemos, y así dormiré más tranquila en la nueva casa.

—Me parece bien.

Ya habia conseguido el seductor cuanto entonces deseaba, y se despidió y salió.

Apenas quedaron solas las dos mujeres, dejaron el trabajo.

Sus rostros cambiaron de expresion.

Ya no parecia la jóven la niña inocente que con tanta facilidad se ruborizaba.

Sus labios se entreabrieron para sonreir burlo-namente.

—¿Qué tal?—le preguntó la vieja mientras sacaba un cigarro.

—Negocio concluido.

—Muy bien.

—¡Y mil duros!... Más, mucho más... Me parece que he representado bien mi papel... Está entusiasmado... ¡Qué viejo tan ridículo!... Pero le costará muy cara su tontería, porque la pícara

casualidad... En fin, que tenga paciencia. ¿Para qué se mete á seductor? Ahora pagará todo lo malo que ha hecho.

—Sí le tienes lástima...

—Pues no faltaba más sino que me enterneciese.

—Con otro negocio como este...

—Por de pronto seremos ricas...

—La jóven se interrumpió para soltar una carcajada.

—No sé,—dijo,—cómo he podido estar sería al verlo entusiasmado, medio loco, porque consiguió cogermme una mano y besármela.

—¿Y cuándo nos mudaremos?

—Conviene dejar que pasen algunos días, porque puede sospechar si vé que tenemos prisa por el dinero.

—También conviene aprovechar este primer entusiasmo, porque los viejos..

—Tranquilízate, madre postiza, viuda de pega.

La jóven se puso en pié, fué y vino, empezó á cantar, bailar y reir, demostrando así su alegría.

Sus ademanes, sus palabras, sus gritos, todo revelaba á la mujer perdida en el lodazal de los vicios y de todas las degradaciones.

—Si ahora te viese...

—Se volveria loco por mí, no lo dudes.

—Siéntate, que tenemos que hablar y combinar todos los detalles.

—Pues dame tabaco.

—Toma.

Se sentó la jóven y empezó á fumar.

—¿Y á dónde iremos?—le preguntó la vieja.

—Por de pronto á Sevilla, porque no hemos de meternos en una aldea para aburrirnos, y yo tengo además que atender á mi salud.

—La verdad, hija, yo no tengo muchas ganas de viajar.

—Puedes quedarte. ¿No cuentas con la Melitona?

—Sí.

—Pues te quedas, y yo me iré, porque sabes que hace algunos dias anda buscándome las vueltas Pacorro, y como al fin lo quiero...

—Te comeria los cuartos en un decir amen.

—Eso es lo que quiero evitar, porque negocios como este no se hacen todos los dias.

—Lo que siento es que la Melitona no sirve para hacerse la señorita como tú.

—Sabe hacer otras cosas.

- En fin, veremos.
—Hoy debes convidarme.
—¿Qué quieres?
—Comer en la fonda.
—Poco dinero tengo...
—Vas á ser rica.
—No hay más que hablar.
¡Pobre don Rufino!

No habia pensado que el libertinaje ofrece muchos peligros, sobre todo para los viejos.

Tal vez aquella iba á ser su última calaverada, porque dudamos que despues se atreviese á intentar nuevas conquistas.

¿No le esperaba otro desengaño con Felisa?

Era posible.

—Y sigue protegiéndome la fortuna,—diria don Rufino aquella noche mientras tomaba café y esperaba con creciente ansiedad la hora de ir á la calle del Fomento.—Hoy no he visto en paseo á Felisa, y no me sorprenderá que se haya puesto mala, en cuyo caso... ¡Qué felicidad!... Hoy una, dentro de pocos dias, otra .. No comprendo cómo hay quien encuentre amarga la vida cuando se tiene dinero.

Don Rufino habia gozado siempre, y no pen-

saba que alguna vez habia de tocarle sufrir, porque nadie se va de este mundo sin haber devorado muchas amarguras.

El miserable habia querido explotar la triste situacion de las dos mujeres, que lo mismo que eran unas perdidas, pudieron ser verdaderas desgraciadas, que sucumbieran ante la imperiosa necesidad: pero en el pecado encontraba el libertino la penitencia.

Aún no habian dado las diez, y ya se encontraba en la calle del Fomento y con la mirada fija en la casa de la otra víctima.

CAPÍTULO IV.

—

Otro tipo.

Los libertinos son opuestos al matrimonio, ya porque no quieren perder su libertad, ya porque dudan de la virtud de todas las mujeres, y por consiguiente de todas desconfían. Además, no se acercan á ninguna mujer sino buscando la satisfacción de sus deseos impuros, y como más ó menos las manchan á todas, las dejan y las olvidan.

¿No sabeis cómo se obliga á los libertinos? Resistiendo, haciéndoles empeñar una lucha que interese su amor propio, incitándolos sin dejarlos nunca satisfechos, haciéndoles pasar por el sufrimiento de Tántalo, y entonces son capaces de todo para triunfar, y se casan, que es cuanto puede hacer un hombre de esta clase.



Empero como una mujer honrada no sirve para hacer esto, sucede con frecuencia que los libertinos, despues de haber engañado á muchas mujeres, despues de haber mirado con desden á muchas infelices virtuosas, cuyo corazon han destrozado, despues, en fin, de haber sido mucho tiempo verdugos, son víctimas y se casan con la más perdida de las mujeres, representando el más triste papel, y pagando en un dia las faltas que han cometido durante muchos años.

Venid á una casa de la calle de Cervantes, entremos en el cuarto segundo y veremos dos personas, un hombre de treinta y cinco años y una mujer de veinte.

Al primer golpe de vista conociase que él habia pasado su juventud en medio de la borrasca de todos los placeres, de todos los vicios, de todos los desórdenes, pues así lo decia su marchito rostro, donde se veian las señales que deja el desfreno de las pasiones.

Su continente era distinguido.

Estaba envuelto en una bata, sentado, recostado, con las piernas cruzadas y fumando distraidamente, mientras escuchaba con no ménos distraccion.

Su frente estaba contraída.

De vez en cuando hacia un movimiento de impaciencia ó desplegaba una sonrisa irónica.

Ella también, por sus maneras y lenguaje, parecía mujer de educación distinguida; pero su ropaje era muy modesto, casi pobre.

El llanto empañaba sus grandes ojos negros.

Su rostro, de belleza nada común, estaba pálido.

—Sí,—decía con voz ahogada y febril exaltación,—dos caminos me quedan, dos recursos no más, la prostitución ó el suicidio, y si me ves vacilar, si ya no he puesto fin á mi existencia, es porque aún vive mi madre, y ni quiero hacerle sufrir un nuevo dolor, ni dejarla sola y sin más amparo que el hospital.

—Andrea,—replicó el libertino,—podríamos discutir mucho sobre las causas de tu triste situación; pero ahora no puedo ocuparme más que de la mía, que es muy grave, y me concretaré á recordar que te conocí pobre.

—Pero honrada.

—Sí, á todas las mujeres les sucede lo mismo, son honradas hasta el día en que dejan de serlo, ya para satisfacer sus pasiones, ya por un interés

cualquiera. Y vuelvo á mi observacion: érais pobres, no teniais más recursos que vuestra pension y lo poquísimo que os dejó un pariente, y yo no he contribuido á vuestra ruina. De todo podrias acusarme, de perjurio, si es que tomas por lo sério los juramentos de amor, de inconsecuente, de vicioso, de descorazonado; pero no de haber contribuido á vuestra ruina.

—¡Eduardo!...

—¿No es verdad lo que acabo de decir?

—Sí,—respondió la jóven con tono de amargura.

—Me has dado á conocer tu situacion, y es justo que yo te dé á conocer la mia, porque de otra manera no comprenderias mi proceder.

—¿Acaso te unen á otra mujer lazos más respetables que los que yo invoco?

—No se trata de eso.

—Es lo que más me interesa.

—Escúchame, te lo ruego, te conviene, porque quizás hablemos por última vez.

Se hizo más densa la palidez de la jóven.

Sus lágrimas se habian secado.

Quedó inmóvil y con la mirada fija en su seductor

Éste dijo:

—Ya sabes que nunca fui verdaderamente rico, porque mis bienes no me producian más que una renta de treinta mil reales que no bastaba para sostener una vida de desórdenes y vicios. Tuve que buscar dinero, hipotequé unas fincas, vendí otras, y por consiguiente mis rentas disminuyeron, siendo cada vez mayores mis apuros. El juego, cuando la loca fortuna queria protegerme, me proporcionaba desahogo en muchas ocasiones, pero en otras me ponía al borde del abismo de la ruina, y me obligaba á contraer nuevas deudas, sin reparar en sacrificios.

—Todo eso lo sé.

—Pero ignoras que ha llegado el día terrible; mis acreedores se han apoderado de la última de mis fincas, y ya no hay arreglo posible porque no tengo crédito. Estoy, pues, arruinado hasta el punto de que no me quedan recursos ni aún para cubrir las necesidades más perentorias de la vida. Mi situación no es ya un secreto para el mundo, y empiezan á mirarme con desconfianza ó con desden los que antes me respetaban y aún me adulaban. Dices que no te quedan más que dos caminos... debes considerarte dichosa, porque á mí no

me ha dejado más que uno mi desdicha, y tendré que pegarme un tiro. Los hombres de mi clase no pueden sufrir ciertas humillaciones, y tienen la obligación de morir.

—Te queda el trabajo, la virtud.

—¡Bah!... Eso es muy bello en teoría...

—Más bello en la práctica.

—Andrea, no te he dado á conocer mi situación para que me aconsejes, sino para que te convenzas de que me es absolutamente imposible sacarte de apuros, ni siquiera aliviar tus penalidades. Yo doy el dinero con mucha facilidad; pero es menester tenerlo para darlo.

—No he venido para que me pagues con un puñado de oro la honra que te sacrificué, no he venido á pedir una limosna, porque las mujeres de mi clase saben morir, hasta prostituirse saben antes que mendigar.

—Entonces...

—Lo que quiero...

—Basta,—interrumpió Eduardo, cuya frente se contrajo más.—Aspiras á ser mi mujer... Deliras...

—¡Oh!...

—Ten calma, que nunca la has necesitado có-

mo ahora. Casarme hoy para suicidarme mañana... ¿No sería esto una ridiculez? Tu honor quedaría salvado; pero ¿qué me importa si voy á morir? Dices que pondrás fin á tu vida... ¿Qué importancia tiene eso para mí cuando he de hacer lo mismo? Y si al fin decides lanzarte en el camino de la prostitucion, como eres muy bella, con alguna habilidad puedes hacer fortuna. Otras, por ese camino, han llegado á vivir con lujo, y tal vez algún dia ¡pobre de mí! tu carruaje me atropelle.

No era posible oir á Eduardo con serenidad.

La situacion con respecto á la pobre Andrea no necesita explicaciones.

La infeliz habia creido en el amor y la honradez de aquel miserable, y le sacrificó su pureza en un momento de delirio.

Por una serie de casualidades que ahora no son del caso, la madre de Andrea llegó á conocer la desgracia, y tan afectada se sintió, que enfermó gravemente.

Desde entonces se multiplicaron las desdichas de las dos pobres mujeres.

Ante todo pensó Andrea en salvar la vida de su madre, y trabajó, gastó más de lo que podia,

se empeñó y concluyeron por encontrarse casi en la miseria.

Se resignó la jóven; pero el trabajo le producía ménos cada día, ó le faltaba, y llegó al fin el hambre.

Eduardo, una vez satisfechos sus deseos impuros, volvió la espalda á su víctima para ocuparse de otras mujeres y en particular de Felisa.

Esta, hoy con sus provocaciones irresistibles, mañana con sus desdenes, encendió más y más al seductor, que se empeñaba en aquella lucha con mayor tenacidad cada vez, empezando á sucederle lo peor, que fuese para él una imperiosa necesidad la coqueta.

Silenciosa y sombría permaneció Andrea por algunos minutos.

No es posible explicar lo que sentía.

Digna era de compasión la desdichada.

Una falta habia cometido en un momento de trastorno; pero la pagaba bien.

—¡Ah!—exclamó al fin.—Y cuando se trata de mi honra, de mi corazón, de la vida de mi madre...

—¿Qué puede haber en el mundo que tenga valor para mí? ¿No acabo de decirte que qui-

zás antes de ocho días me habré pegado un tiro?

—¿Y tu conciencia, Eduardo, y tu conciencia?

—Esto es demasiado,—replicó el libertino, haciendo un gesto de impaciencia y poniéndose en pié.—¿Cómo me explicaré para que me comprendas? No me casaré, ni siendo rico, ni siendo pobre; no te señalaré una pensión, porque estoy arruinado; y por último, no me ocuparé de tí, porque tengo necesidad de ocuparme de mi situación. Puedes matarte, prostituirte ó hacer lo que mejor te parezca, que no te pondré estorbos, y entre tanto yo haré lo que quiera ó lo que pueda.

—¡Miserable!—exclamó la jóven en el colmo de la indignación.

—Sí, soy un miserable; pero déjame en paz.

—Me perderé, me prostituiré; pero sobre tí caerá la responsabilidad de mi desdicha.

—Lo que necesito que caiga sobre mí es una lluvia de onzas de oro. Lo demás no me inquieta.

—¡Dios mio, justicia!—exclamó Andrea, elevando al cielo una mirada de desesperación.

Y recatando el semblante con el manto, salió.

—Dinero es lo que yo pido,—murmuró Eduardo.

Miró el reloj.

Eran las dos y media.

Se vistió con la elegancia que siempre lo hacia y salió.

—Ahora,—dijo,—Felisa... Es preciso buscar el contraste para no aburrirse... ¿Cuántos días me quedan de vida?

En aquel momento era cuando don Rufino conseguia besar la mano de la inocente Cándida.

Volvamos al punto en que dejamos los sucesos que se relacionaban con el viejo libertino.

CAPITULO V.

—

A oscuras y con luz.

Diez minutos hacia que esperaba don Rufino, cuando vió salir una mujer de la casa de Felisa.

Era la criada traidora, que se le acercó, diciéndole:

—Somos muy afortunados.

—¡Manuela...!

—Hace como media hora que á mi señorita le dió el patatús.

—¡Ah...!

—La Pepa ha salido y no volverá hasta despues de las once, porque está con unos parientes suyos que esta mañana llegaron á Madrid.

—¡Dicha sin igual...!

—¿Trae usted los diez mil reales?

—Sí... mira...

—Luego me los dará usted al entrar en el dormitorio de mi señorita.

—Vamos, vamos.

—Se quedará usted aquí, porque no conviene que los porteros lo vean entrar conmigo.

—Bien pensado.

—Deje usted pasar algunos minutos y...

—Comprendo.

Manuela volvió á entrar en la casa.

El viejo estaba muy agitado.

Apenas podia respirar.

Sus ojos relumbraban con el fuego de su anhelo impuro.

—¡Mia, va á ser mia...!—murmuró con voz destemplada.

A los pocos minutos añadió:

—Me parece que ya ha pasado bastante tiempo.

Entró en la casa.

Sus pasos eran vacilantes.

A la luz de la escalera pudo verse su rostro amoratado y desfigurado.

Nunca habia parecido tan horrible como en aquellos momentos.

Subió y llamó, abriéndose inmediatamente la puerta y saliendo la criada.

—¿Se ha presentado alguna dificultad?—preguntó el viejo.

—Ninguna.

—Pues entonces...

—Venga usted.

Llegaron á la puerta del gabinete donde estaba la alcoba de Felisa. Se detuvieron.

—Ahora,—dijo Manuela,—entraré en la alcoba, me acercaré á la cama, llamando á mi señorita. La moveré y la pellizcaré para asegurarme de que está bien desmayada.

—Y cuando no haya dudas...

—Lo llamaré á usted y saldré por la puerta de escape.

—Toma los quinientos duros,—dijo el seductor, entregando á la traidora algunos billetes de Banco.—¿No llevas luz?

—No, porque tenemos observado que cuando hay luz vuelve la señorita más pronto en sí.

—Prefiero la oscuridad.

—Y luego, aunque oiga usted que llaman, no tenga cuidado, pues yo he de decir á todo el mundo que la señorita ha salido.

—No te detengas... ¡Ah...! Los instantes me parecen siglos... Anda, Manolita, anda, que te prometo otro regalo si salgo con bien.

—Ya sabe usted, la puerta de la alcoba está allí, á la izquierda...

—Sí, sí.

—Y buen provecho.

La criada entró en el gabinete y desapareció en la oscuridad.

Don Rufino esperó anhelante.

Escuchó y percibió el leve ruido que al moverse hacia Manuela, y luego la voz de esta, que decía:

—Señorita, señorita.

—¡Ah!—exclamó el viejo al ver que Felisa no contestaba.—¡Cuánta felicidad!

En aquellos momentos se sintió rejuvenecer, y como una corriente de fuego, circuló la sangre por sus venas.

Su respiración fué desigual y trabajosa.

—Adelante sin miedo,—dijo Manuela.

Y en seguida se oyó el ruido que produjo la puertecilla de escape al abrirse y cerrarse.

Avanzó don Rufino, extendiendo los brazos y tentando las paredes y los muebles.

Más de una vez tropezó; pero no se detuvo.
Por fin llegó á la cama.

Aquí y allí palpó; pero sus manos no encontraron más que una superficie plana, y las almohadas en la cabecera, y... nada más, la seda de la colcha, el finísimo lienzo de las sábanas y los finos encajes que los guarnecían.

Tembló, sintió que el sudor corría en abundancia por su rostro, y sin querer convencerse de que era víctima de una burla, volvió de nuevo á tentar.

No pudo encontrar lo que no había.

Necesitaba salir de dudas.

Encendió un fósforo, miró á todos lados y exclamó:

—¡Me han engañado!

Volvió á la sala y se dejó caer en un sillón como si se hubiesen agotado todas sus fuerzas.

Trascurrieron algunos minutos antes de que pudiera moverse ni hablar.

Su rostro parecía el de un cadáver.

¿Y la criada traidora?

No se presentaba.

Por fin el desdichado consiguió hacer un es-

fuerzo, exhaló un suspiro, y se pasó las manos por la frente.

—¡Oh!—exclamó.—La burla es sangrienta, y... ha podido ser peor, porque si esa traidora hubiese querido completar el chasco, como yo no podía ver su horrible cara... No quiero pensarlo... ¿Qué se ha propuesto? La diversion es estúpida, pues supongo que no intentará quedarse con los quinientos duros... Es imposible.

Se puso en pié, tomó la bujía, y empezó á recorrer la casa, cuyas habitaciones no eran muchas.

Llegó á la cocina.

No le quedó rincon que no registrase.

Manuela habia desaparecido.

—¡Me ha robado esa mujer!—exclamó don Rufino.

Aun no queria darse por vencido.

Volvió á registrar mirando hasta debajo de las camas y en el interior de los cajones y armarios cuya llave estaba puesta.

Trabajo perdido.

Ya era imposible la duda.

Para estafar los diez mil reales á don Rufino habia inventado Manuela lo de los desmayos.

—¡Esto es horrible!—exclamó el libertino con plañidero tono.—¿Cómo no he comprendido el engaño? Mi razon estaba ofuscada. ¿Y qué puedo hacer ahora? Si me quedo, volverá Felisa y me verá muy comprometido, porque no puedo justificar mi presencia aquí. Tampoco puedo adoptar ninguna resolucion enérgica, ni siquiera me está permitido quejarme, porque me sería preciso dar explicaciones que sería lo mismo que confesar que intenté cometer un abuso.

Todo esto lo habia pensado Manuela, y dió el golpe segura de la impunidad.

Cuando dos criminales se conciertan para cometer un crimen, si el uno engaña al otro, el engañado no puede quejarse, porque se comprometería, y el único recurso que le queda es tomar la justicia por su mano.

Ni siquiera esto podia don Rufino hacer, pues no habia de matar á Manuela, ni hacerle ningun otro mal.

¿Y quién sabe si Felisa y su criada estaban de acuerdo?

Todo era posible.

¿No era Felisa una mujer misteriosa, cuyos medios de subsistencia nadie conocia?

Hay que desconfiar de las personas cuya vida es un misterio.

Dinero de procedencia desconocida, es siempre dinero mal adquirido, pues el que posee legítimamente no tiene para qué tomar la molestia de ser reservado, cuidándose de ocultar lo que no es ningún crimen.

Estas reflexiones, y otras muchas por el estilo, se las hizo don Rufino; pero ya era tarde.

Tenia que resignarse.

—Y despues de esto,—dijo tristemente,—mi última esperanza se ha desvanecido, y para siempre tengo que renunciar á Felisa. Reconozco que he cometido una imprudencia. ¡Ah!... no me sucederá lo mismo con Cándida, que si comete un desliz obligada por la necesidad, es honrada y hasta tímida, y su madre tambien.

Miró el relój don Rufino.

Pocos minutos faltaban para las once.

Tenia que irse antes de que cerrasen la puerta de la casa y se encontrase en un nuevo compromiso.

Salió y bajó sin ver más que á la portera, que dormitaba.

En la calle se detuvo.

Miró á todos lados sin descubrir alma viviente.

Bajó hasta la Travesía del Reloj, ocultándose tras la esquina.

Cerraron la puerta de la casa.

Un cuarto de hora despues llegó una persona, abrió y entró.

Era Manuela.

Un penoso suspiro exhaló el viejo.

¿Para qué habia de esperar?

Tomó calle arriba y desapareció.

A las doce y media llégaron en un coche Felisa y Pepa.

Si don Rufino hubiera tenido más paciencia y esperado aún despues que entraron en su casa las dos mujeres, habria visto algo de interés, pues aún no habian pasado quince minutos, cuando llegó un hombre y tosió dos ó tres veces.

Entreabrióse una de las vidrieras del cuarto principal.

Luego rechinó la llave al girar en la cerradura de la puerta de la casa, y el hombre entró.

Veamos nosotros lo que el viejo libertino no pudo ver.

CAPITULO VI.

Una proposicion.

Mientras subia la escalera Felisa, le dijo á Manuela:

—Supongo que ha venido.

—Y no sé cómo no he reventado de risa.

—Despues hablaremos del pobre hombre. Ahora te colocarás junto á un balcon, y cuando oigas que tosen en la calle, bajarás y abrirás, si es el señorito Eduardo.

—Entiendo.

La jóven, que era uno de esos tipos de belleza incitante que con mucha facilidad encienden todos los deseos impuros, entró en su cuarto-tocador, y con la ayuda de Pepa, se quitó los adornos, las botas, el vestido y el corsé.

—¡Ah!—exclamó la doncella con tono adulator y contemplando la espalda, los tentadores hombros y el turgente pecho de su señora.—¡Y toda esta hermosura la queria el viejo ridículo!

—Es preciso ser justos, Pepa, —replicó Felisa como si hablase del asunto más sencillo; —lo queria, y ha debido tenerlo, puesto que lo pagaba bien.

—¿Le remuerde á usted la conciencia?

—¡Bah!... No lo digo por eso.

Se sentó Felisa despues de haberse puesto una bata, cuya falda levantó extendiendo una pierna y presentando su pequeñísimo pié, donde puso la sirviente una chinela.

¡Si hubiese estado allí don Rufino!

Y cualquiera que no fuese él, porque ante los encantos de Felisa no habia indiferencia posible.

Luego la otra pierna y la otra chinela, y... nada más, y no es poco.

Fué la jóven al gabinete, cuya chimenea encendió prontamente la doncella.

Poco despues se oia la tos de Eduardo.

¿Era este el amante de Felisa?

Ya hemos dicho que no.

Habia querido serlo sin conseguir nada, y si

no estuviese ya interesado su amor propio en aquella lucha, hubiera desistido de su empresa, pues no tenia motivos para abrigar esperanzas.

Aquella noche estaba el libertino con el peor humor, pues el dia, que principió con la visita de Andrea, siguió con mil disgustos.

* En tal disposicion de ánimo y no sabiendo qué hacer, se fué al teatro, queriendo la casualidad que en la butaca de su derecha estuviese la encantadora Felisa, mirada con codicia por muchos hombres, y probablemente con envidia por muchas mujeres.

Un hombre que, como Eduardo, se encuentra en el abismo de la ruina y amenazado por el fantasma horrible de la miseria, y que piensa muy seriamente en matarse, no se muestra muy obsequioso, ni siquiera atento con las mujeres.

* El calavera saludó ceremoniosamente á Felisa, y le dirigió algunas frases con frialdad, sin ocuparse más de ella, sino del espectáculo, como si éste le interesara mucho.

Su pensamiento estaba muy lejos de allí, en sus asuntos, en sus acreedores y... en sus pistolas, que ya más de una vez habia acariciado con esa estóica delicia de los que se preguntan si la

muerte no es el mejor remedio de todos los males.

Sabemos que habia ido á visitar á Felisa aquella tarde, pero no la encontró. Despues no habia tenido intencion de buscarla.

Cayó el telon.

Iba Eduardo á levantarse para salir á fumar, pero la hechicera jóven lo detuvo con las palabras más agradables, y el entreacto pasó.

Las mujeres tienen muchos medios de cambiar el humor de los hombres, y esto lo consiguen muy fácilmente la que tiene alguna habilidad.

No tardó el libertino en sentir la influencia de las seducciones de Felisa.

¡La tenia tan cerca!

Si durante el espectáculo ella le hablaba, pronunciando alguna de esas frases que nada significan pero que tienen un valor inmenso en ocasiones dadas, tenia que volver la cabeza, y que inclinarla, y Eduardo sentia en su mejilla el roce de los hábitos tibios, y otras veces los aspiraba.

Se habia propuesto el libertino mostrarse indiferente, pero no pudo.

Cambió la expresion de su semblante.

Brillaron con mayor intensidad sus ojos.

Terminó el segundo acto.

—Tengo sed,—dijo Felisa.—¿Quiere usted acompañarme?

—¡Ah!—exclamó el calavera.—A nadie se le pregunta si quiere la dicha.

Fueron en busca del agua, seguidos por Pepa.

—No lo entiendo,—decía Eduardo mientras atravesaban un pasillo,—no lo entiendo y acabaré por volverme loco.

—Yo se lo explicaré á usted con mucha claridad,—respondió la jóven.

—¿Acaso sabe usted á qué asunto me refiero?

—Sí.

—Quizás se equivoca...

—Se refiere usted á mi extraña conducta.

—Es verdad.

—Se sorprende usted al ver que esta noche, no solamente estoy muy amable, sino que casi me comprometo, saliendo apoyada en el brazo de usted en presencia de todo el mundo.

—¿Y debo creer...?

—Nada todavía.

—Acaba usted de prometerme una explicacion.

—¿De verás la quiere usted?

—¡Que si la quiero...!

—Cumpliré lo prometido.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¡Felisa...!

—No me acompañará usted; pero irá á mi casa despues de la funcion. Yo tomaré un coche y llegaré antes, y usted se molestará yendo á pié. Se detendrá usted frente á la puerta, toserá y esperará.

Eduardo se sintió aturdido.

No esperaba tanta dicha, y menos en los momentos en que ninguna gracia habia solicitado.

La jóven no quiso aceptar más que el agua que habia pedido, y volvió á ocupar su asiento.

Todas las miradas se fijaron en ella, y dieron principio los comentarios.

No podia suceder otra cosa, puesto que eran muchos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, feos y hermosos, los que inútilmente habian solicitado el amor de Felisa.

Esta habia mirado con desden lo mismo á los que se le presentaban arrebatados por una pasion violenta, que á los que le ofrecieron á manos llenas el oro, lo mismo á los que le dijeron que aspiraban á una union legítima, que á los que solamente querian ser sus amantes.

Eduardo habia sufrido los mismos desdenes, y esto nadie lo ignoraba, porque se veia, y sin embargo, cuando nada podia ofrecer, porque estaba arruinado, y ni siquiera para marido era aceptable, aquella noche, de repente, se le vió triunfar, y su triunfo debia ser tan completo, que Felisa no tuvo inconveniente en hacer demostraciones que la comprometian.

Se habia sorprendido el mundo, y el mismo Eduardo tambien, y aún estaba aturdido por la sorpresa cuando se presentó á la misteriosa jóven.

Ni él ni el mundo pudieron sospechar que dos horas antes se habia cometido en aquella casa un abuso tan criminal como repugnante.

Pepa sirvió el thé y salió para ir á la cocina á reirse con Manuela á costa de la candidez de don Rufino.

No sabia el libertino cómo principiar la conversacion, y miraba á Felisa, cuyo aspecto era entonces más grave.

Pasaron algunos minutos sin que pronunciasen una palabra.

La hechicera jóven rompió al fin el silencio para decir:

—Mi buen amigo, va usted á conocerme en

cuanto es posible que el hombre conozca á la mujer; pero antes será preciso que me responda usted con franqueza á las preguntas que he de hacerle, pues de otro modo, sería completamente inútil que nos tomásemos la molestia de hablar.

—Nuestra situacion es muy extraña, excepcional... no sé cómo calificarla; pero ello es que no se parece á ninguna, y que por consiguiente yo he de hacer lo que no haria en otro caso. Me pide usted franqueza, y yo estoy dispuesto á más todavía, á ser sincero, leal...

—Muy bien.

—Y pronto tendrá usted la prueba.

—Veamos.

—Cien veces me ha rechazado usted, y cuando mi última esperanza se ha desvanecido...

—Las circunstancias han cambiado,—interrompió Felisa.

—¡Oh!—murmuró Eduardo, desplegando una irónica sonrisa,—y el cambio ha sido radical.

—Ciertamente.

—Quizás hoy está usted dispuesta á corresponder á mi amor, á concederme una dicha que en vano he solicitado mil veces.

—Es posible.

—¿Y no teme usted arrepentirse pronto?

—Yo no me arrepiento de lo que hago; pero en cambio medito mucho antes de hacer nada.

—No se parece usted á ninguna mujer.

—Eduardo, tiene usted hoy mucha amargura en el alma.

—Es verdad.

—¿Qué opina usted del mundo, de la vida?— preguntó la jóven despues de algunos momentos y mientras que su mirada intensa se fijaba en el libertino.

—Tantas opiniones he tenido y tan distintas, que ya no tengo ninguna con respecto al mundo, y en cuanto á la vida... no sé, Felisa: estoy aturdido y en este momento no me ocurre más que hacerme una pregunta.

—¿Cual?

—¿Merece esta vida la pena de vivir? Creo que no hay una sola persona que pueda contestarme con seguridad completa.

—La vida nos ofrece muchos goces.

—Pero ¿no cuestan mucho más de lo que valen? Hé ahí el problema.

Sonrió dulcísicamente Felisa, tomó una mano del libertino, se la acarició suavísimamente, y

dijo con esa entonación que resbala con languidez incomparable en los oídos y llega al alma como un bálsamo consolador:

—¡Qué pronto se declaran vencidos los hombres más valerosos! ¿Por qué se envanecen ustedes con su fortaleza? Eduardo, está usted en el camino del suicidio, que es la última cobardía. ¿Me equivoco?... Hemos convenido en hablar con franqueza.

—Hace tres días que acaricio la idea de la muerte.

—Ya no sabe usted qué opinar del mundo; duda usted si los goces de la vida merecen la pena de vivir, y piensa usted en la muerte. ¿Y por qué? Por algunos miles de duros que se han perdido... ¿Es eso todo? Y si los azares del juego le llenasen á usted los bolsillos mañana, diría usted que el mundo es bello, que la vida es una serie de goces, y que en la naturaleza no hay nada horrible más que la muerte.

—¿Quién le ha dicho á usted que mi tedio significa falta de dinero?

—Yo lo adivino, y usted me lo dirá, pues ha prometido ser franco. ¿Es ó no verdad que ha caído usted en ese abismo tenebroso que se llama

ruina, y que ningun recurso le queda para rehacer su fortuna?

—Sí,—respondió el calavera como si esta palabra le abrasase los labios.

—Pues ahora quiero saber otra cosa.

—Nada ocultaré.

—¿Está usted verdaderamente enamorado de mí, ó lo que usted llama amor no es más que un capricho? Piense usted bien lo que responde, examine usted su corazon. A la edad de usted ya no es posible equivocarse.

—Fué un capricho; pero desde hace un mes... ¡Oh!... Nunca he sentido lo que ahora, y creo que lo que fué un capricho, es una pasion. ¿Es esto un castigo? Cuando nada puedo ofrecerle á usted ni á ninguna mujer, como no sea mi ruina, la miseria, mis recuerdos desagradables y mi negro porvenir, cuando me encuentro en esta situacion horrible me enamoro.

—Puede usted ofrecer su corazon.

—¿Qué valor tiene?

—Vale mucho un corazon que ama con verdadera fé.

—Felisa, supongo que conoce usted demasiado bien el mundo...

—¿No ha dicho usted antes que no me parezco á ninguna mujer?

—A ninguna.

—Entonces...

—Perdone usted: estoy ofuscado, mis ideas son confusas, y esta noche no diré más que necedades, y me contradeciré á cada instante.

—Calma, amigo mio, calma, que aún no hemos dado principio á lo más interesante de la conversacion.

La jóven acababa de tomar el thé.

Cambió de postura, se recostó con un descuido inconveniente y con una languidez provocativa, y apoyó uno de sus lindos piés sobre uno de los morillos, que salia de la chimenea más de lo regular.

—¿Por qué no fuma usted?—dijo.—No me molesta el tabaco: por el contrario, su aroma me agrada.

—Gracias,—dijo Eduardo.

Y sacó un cigarro y lo encendió.

¿Qué clase de mujer era Felisa?

¿Qué se habia propuesto?

No era posible adivinarlo; pero sí podia decirse con seguridad que era una cómica muy hábil,

que valia mucho más que el calavera, y que fácilmente lo aturdiria.

—Estamos de acuerdo,—dijo,—en que no le queda á usted ningun recurso.

—Ninguno.

—Pues bien, si ahora me preguntase usted el motivo de mi cambio de conducta, yo le contestaria que no es otro que ese, su ruina.

—¡Felisa!...

—¿Porqué se admira usted?

—Es decir, que ahora...

—Sí, ahora es cuando estoy dispuesta á corresponder á su pasion, ahora que nada puede usted ofrecerme; pero con una condicion.

—Todas las acepto.

—Lo dice usted con demasiada ligereza.

—Y no me arrepiento,—repuso el libertino, en cuyos ojos empezó á brillar el fuego de su pasion impura.

—La condicion consiste en que sea verdadero el amor de usted.

—Pídame usted una prueba.

—No más que una puede satisfacerme.

—Pronto, Felisa,—dijo Eduardo arrebatadamente y en tanto que se acercaba á la jóven y le

cogia y besaba las manos sin que ella resistiese.
—No me verá usted vacilar. Una hora de dicha con usted, una hora de goces, y luego la muerte. Lo único que puedo ofrecer es la vida, y...

—El sacrificio no es grande para quien está desesperado y piensa con delicia en la muerte.

—¡Ah!...

—Es otra cosa lo que quiero, y usted nó me la negará, si verdaderamente me ama.

—Acabe usted...

—Se casará usted conmigo y... nada más.

Todo lo esperaba el libertino menos semejante proposición.

No acertó á responder.

Quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

Fijábase su mirada con estupor en Felisa.

Esta sonreía con un sí es no es de burla.

Nunca había estado tan provocativa, tan hechicera.

—Pronto cayó el gigante,—dijo después de algunos minutos;—la montaña se derrumbó. ¿Está usted aturdido por la sorpresa?... No, no es la sorpresa, es el desencanto. Así se aquilatan las pasiones. ¿Creía usted que yo era una de esas mujeres vulgares que por sacrificio entienden arruinarse,

ó cometer un crimen, ó mortificarse en un momento dado?... No, amigo mio; yo quiero algo que verdaderamente valga y me sea útil; quiero que haga usted el sacrificio de su libertad, y si es preciso, el de sus preocupaciones y su amor propio, porque es lo único que me conviene. ¿Había usted esperado que yo le entregase mi cuerpo, para que el día del hastío me volviese usted la espalda? En el terreno de los intereses materiales, no podía convenirme, porque nada tiene usted que darme, ni yo lo necesito, ni lo quiero, y mirado el asunto bajo el punto de vista del corazón, ¿qué me aguardaba más que un dolor el día del abandono y el olvido, un sufrimiento, cuando lo viese á usted amar á otra sin que yo tuviese derecho para estorbarlo? El sacrificio es grande, lo reconozco, pero precisamente por eso lo exijo.

—Comprendo,—dijo al fin Eduardo, que se esforzaba para desaturdirse.

—Mis antecedentes son desconocidos; nadie sabe de dónde vengo, ni cómo vivo, ni á dónde voy, y por consiguiente, aunque yo sea la más pura de las mujeres, el mundo se cree con derecho á poner en duda mi pureza. Hé ahí por qué hay muchos que me hablan de amor, pero ninguno

de casamiento; muchos que me ofrecen su fortuna y hasta su vida, pero ninguno su mano. Ya vé usted que conozco perfectamente mi situación y no me hago ilusiones. Los que son pobres y humildes, no se atreven á llegar hasta mí, y los que son ricos ó representen algo en la sociedad, no se atreven á dar su nombre á una mujer de antecedentes oscuros y de pureza dudosa. Usted ha hecho lo que todos, me pedía usted amor, porque tenía dinero para pagar mis caricias; pero nunca pensó usted ser mi marido. ¿Cómo había de pensar en semejante cosa, si no merezco tanto? He querido probar al mundo que se equivoca, y no hay un sólo hombre que pueda envanecerse con haber obtenido de mí el más pequeño favor; pero no he conseguido más que despertar ese interés que despierta todo lo raro, porque en verdad, es cosa muy extraña una mujer joven, bella y libre como el aire, que resiste todas las tentaciones. El mundo no tiene bastante con las apariencias para conceder una reputación honrosa; pero cuando se trata de condenar á una mujer, le sobra con las apariencias ó con lo que ha sospechado ó dicho el más ruin calumniador. Me río, pues, del mundo: soy despreocupada, vivo como me con

viene y no tengo la debilidad de esclavizarme á escrúpulos necios. La prueba la tiene usted en este momento.

Felisa calló como para descansar.

Volvió á cambiar de postura sin ocuparse de ciertas pequeñeces á que el pudor dá importancia.

Todos sus movimientos eran voluptuosos.

El rostro de Eduardo palidecia unas veces y otras enrojecia.

Su turbacion era más profunda cada vez.

Al hombre de más calma le hubiera sucedido lo mismo.

—Me concretaré al caso presente,—prosiguió diciendo la jóven despues de algunos minutos.— No me casaré para ser una esclava, sino una compañera, el mejor, el verdadero amigo de mi esposo; y él no será tampoco mi esclavo, porque le concederé una libertad prudente; yo no renunciaré á la mia, sino hasta cierto punto, y por consiguiente, necesito un hombre que comprenda la vida práctica, la verdadera dicha, un hombre que se parezca á mí, ó lo que es igual, que no se parezca á ninguno y sepa reirse del mundo como yo me rio. ¿Me entiende usted?

—Sí.

—Ahora bien; está usted arruinado y sin esperanzas de salvacion; yo tengo para vivir aún con más lujo del que ahora gasto. ¿Dónde están mis bienes? Son una renta que me legaron, que manejo á mi gusto, y que manejaré, sin que mi marido se ocupe más que en gastar cuanto quiera, hasta donde alcance, con tal que no lo gaste en una querida ó en el juego, porque yo representaría en ese caso el más triste papel. ¿Hay misterio todavía? Si lo hay, es preciso que lo respeten todos, hasta mi marido. Soy una mujer de la que puede hablarse mucho por su vida misteriosa; pero de la que no puede decirse una sola palabra ofensiva, porque todos sus éxtravíos consisten en sus sonrisas, en su alegre conversacion y en que no se asusta como las gazmoñas que tienen á Dios en los labios y á Satanás en el alma. Reflexione usted, y dentro de tres dias me dará la contestacion á esta misma hora. Si no quiere usted casarse conmigo, saldré inmediatamente de España, porque no quiero hacer aquí una segunda prueba.

—Sí, reflexionaré,—contestó Eduardo, porque no sabia qué decir en aquellos momentos.

—Pues ahora no lleve usted á mal que lo despidá. Estoy fatigada y tengo sueño.

—Permítame usted una observacion.

—¿Qué?

—Hemos hablado mucho de mi amor; pero ¿y el de usted?

—Mi corazon está libre libre hasta cierto punto, puesto que se interesa por usted, y si nos casamos, le juro que no ha de quedarle duda de que lo adoro. Fuego en el alma tengo... ¿No lo ve usted asomar á mis ojos?

—¡Ah!...

—Y para usted será la hoguera de pasion que guardo como un tesoro...

—¡Felisa!—exclamó el libertino volviendo á coger las manos de la jóven.

—Cuidado, que no le permitiré libertades más que hasta cierto punto... Aquí están mis manos, pero nada más.

—Y como dudo si podré dominarme...

—Por eso lo he despedido.

—Sí, me voy... Hasta dentro de tres dias.

La proposicion de Felisa era humillante para cualquier hombre que en algo se estimara.

Mucho habia hablado la jóven, y con pocas palabras hubiera dicho lo mismo.

Sin embargo, el calavera no se sintió indigna-

do, porque el sentimiento de la dignidad lo habia perdido, y lo único que le quedaba era la soberbia.

Estaba arruinado y sin crédito, no tenia la virtud de trabajar, y aquella mujer le ofrecia dinero para sostener sus vicios, á condicion de que se casase con ella para representar el más triste papel.

¿Quién sino uno de esos miserables buscavidas, un sér abyecto, puede aceptar el dinero que le dá su mujer ó una querida y que gana Dios sabe cómo?

Parece que no puede haber hombres que se degraden hasta tal punto, y sin embargo, los hay, son bien conocidos y alternan con la gente honrada, y hablan de decencia, y de dignidad, y de honradez... ¡Y aceptaron la deshonor, vendieron la decencia, y aun la regatearon sin enrojecer!

No trabajan; gozan, porque no se avergüenzan de su degradacion; se rien del mundo, y particularmente de los honrados, y son felices.

¡Vivir con el oro que una mujer saca del lodazal de la prostitucion!...

Esto es repugnante, pero desgraciadamente es verdad; y lo encontrareis en todos los grandes

centros de poblacion, donde el hombre puede vivir sin que se sepa de qué vive.

Con toda su soberbia ridícula y con todas sus pretensiones de caballero, tenia Eduardo cuantas condiciones son necesarias para representar tan triste papel.

Pocas horas antes habia rechazado á una mujer que aún merecia el nombre de honrada, á pesar de haber tenido un momento de debilidad.

A otras muchas de inmaculada pureza habia mirado con desden.

No se habia casado porque queria la libertad para entregarse á los extravíos de sus pasiones, y porque el miserable ponía en duda la virtud de todas las mujeres.

Y sin embargo, lo hemos visto escuchar hasta con entusiasmo á la más perdida, y estaba dispuesto á sacrificar su libertad.

Así son los libertinos, y muchos de estos terminan así su gloriosa carrera.

Una mujer extraordinaria le pareció Felisa á Eduardo, y era la más vulgar de las mujeres.

El mundo no tenia pruebas para acusar á Felisa, y sin embargo, ninguna mujer honrada hubiese alternado con ella.

¿Por qué?

La sociedad tiene su instinto, y no se equivoca. Eduardo volvió á su casa.

Al dia siguiente, apenas se levantó, le pidió su criado dinero, que no tenia.

Una hora despues le presentaron una cuenta que no podia pagar; luego le llevaron una papeleta de citacion para que acudiese á un juzgado á responder á las reclamaciones del casero, que entablaba la demanda de deshaucio, y por último, se presentó un escribano para la protesta de un pagaré.

Hé ahí un diluvio de desdichas, de apuros críticos que no podia soportar ningun hombre.

Aún podia vender cuanto tenia en su casa, cambiar de vida, trabajar; pero ¿cómo habia de rebajarse á la categoría de los infelices que trabajan y viven modestamente?

Antes morir, y antes que morir... Felisa.

Esto era lógico.

No necesitaba Eduardo tres dias para determinar, y si alguna vez dudaba y vacilaba, sus acreedores lo obligaban á decidirse.

Lo dejaremos para ocuparnos de don Rufino, cuya situacion no es menos interesante.

CAPITULO VII.

La última pincelada.

Como don Rufino era rico, la pérdida de los diez mil reales no le desalentó para seguir ocupándose de la otra conquista y hacer un nuevo sacrificio de dinero.

Antes de lo que esperaba llegó el momento feliz, pues á los cinco días, cuando visitó á las dos mujeres, la fingida madre le dijo:

—Hoy nos mudaremos.

—¡Hoy!—exclamó el viejo lanzando á la joven una mirada muy elocuente.

Y con placer observó que Cándida se estremecía y enrojecía.

El pudor es un incentivo más poderoso para los

que están acostumbrados á tratar con mujeres que lo perdieron.

—Como tenemos pocos muebles,—dijo la viuda,—en dos horas quedará hecha la mudanza.

—Pues voy á mi casa por los mil duros...

—No lo consentiré.

—Señora, no quiero que entre usted en la nueva habitacion con la pesadilla de esa deuda.

—Se pagará mañana.

—Es que...

—No, no... ¡Pues no faltaba más!

Estas negativas acabaron de convencer á don Rufino de que no trataban de engañarlo.

La viuda fué á la cocina, y aprovechando el viejo la ocasion, le dijo á Cándida:

—¿Conque esta noche?...

—¡Ay!...

—Lo prometido es deuda.

—No me atrevo... ¡Dios mio!...

—Y le llevaré á usted los mil duros para quitarme ese cuidado.

La jóven hizo un gesto doloroso y elevó al cielo una mirada como el mártir que se dispone á morir.

—Caballero,—balbuceó,—caballero...

—Es preciso que me trate usted... que me trates con más franqueza.

—Pero...

—¿No has de ser mía muy pronto?... ¡Ah!... Paloma inocente, niña hechicera...

—Calle usted...

—¿Y por qué he de callar?... Tu mano, esa mano mórbida, incomparable... Así... ¡Qué delicia!... Tus labios...

—No, no... Apártese usted..

—¿Quieres verme ahora mismo morir de desesperación?... Ven, acércate... ¡Ah!...

—¡Rufino!...

—Cándida... ¡Oh!...

—Basta...

—Que me abraso... Mi pasión...

—¡Se ha quemado!—exclamó la viuda presentándose muy agitada.

—¡Ah!...

—¡Señora!...

—Sí, todo quemado, achicharrado... No siento lo que cuesta otra comida, sino que hoy...

—¿No le parece á usted un día feliz?—interrumpió don Rufino, que estaba amoratado y sudaba.

—Sí; pero... En fin, la desgracia no es grande.

Hoy debo estar muy contenta sólo de pensar que ese usurero bribon no podrá ya decirme que me llevará á la cárcel.

—¿Y dónde está la nueva casa?

—En la calle del Ave-Maria, número...

—¿Qué cuarto?

—Sotabanco de la derecha.

—No lo olvidaré.

—Escribiré las señas,—dijo Cándida.

Y se levantó, se acercó á la mesa y escribió.

Luego se acercó á don Rufino, dando la espalda á su madre, y al entregarle el papel le entregó también una llave.

Y el libertino sonrió.

La llave era la de la puerta de la nueva casa.

—¡Jesús!—exclamó la viuda.—No he descansado un instante hoy, y creo que esta noche caeré como un plomo en la cama.

Como vió don Rufino que no se le presentaba ocasion de dar pruebas de entusiasmo á Cándida, despidióse y se fué.

Y el dia pasó sin otra novedad.

Llegó la noche.

El viejo estuvo en el café y en el teatro.

En ninguna parte se encontraba bien.

Cada cinco minutos miraba el reloj.

¡Qué largas eran las horas!

Pero como iban pasando, dieron al fin las once y media.

El viejo libertino, que sentía como si le pinchasen con alfileres en todo el cuerpo, se encaminó desde el teatro del Circo á la calle del Ave-María, á donde llegó cuando daban las doce.

Era sábado, y en aquellos momentos las brujas debían extender su vuelo para dar principio á sus hazañas.

¿No creéis que hay brujas?

De seguro que no, porque en este pícaro siglo no hay creencias.

Tampoco lo creía don Rufino.

Peor para él, porque así no pensaba en guardarse de las brujas.

Y las hay en abundancia, y las más temibles no son las viejas con narices largas y ojos de lechuga, sino las jóvenes y bonitas.

El viejo libertino había de convencerse muy pronto de que había brujas.

Llegó á la puerta de la casa.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió sin ninguna dificultad.

Entró, cerró, guardó la llave y sacó los fósforos, porque la oscuridad era allí absoluta.

No consiguió encender la primera ni la segunda cerilla, porque sus manos temblaban; pero la tercera ardió.

Y la luz se hizo.

CAPITULO VIII.

De cómo es verdad que hay brujas.

Sí, la luz se hizo para el portal, pero no para la inteligencia de don Rufino, que torpe hasta el último grado de la torpeza, aún no comprendía, no sospechaba ni remotamente que se le había tendido un lazo. Algunos detalles debieron ser para él un rayo de luz más clara que la de las cerillas; pero el trastorno producido por su anhelo impuro, no le permitía discurrir.

Empezó á subir la escalera.

Se sintió muy fatigado cuando llegó al piso segundo, y tuvo que detenerse para recobrar el aliento.

Ni un solo instante dejaba de pensar en Candida, y antes de verla saboreaba las delicias de aquella noche.

Hacia ya mucho tiempo que don Rufino no habia conseguido hacer una conquista de tanta importancia, la conquista de una mujer cuya pureza no se habia manchado aún con el lodo de las pasiones carnales.

Esto tenia un valor inmenso, y no se pagaba con todo el oro del mundo.

Otra vez emprendió su ascension el libertino, encendiendo una tras otra cerilla, y quemándose alguna vez los dedos.

Por fin llegó al sotabanco, y vió que una puerta se abria sin producir el más leve ruido, y vió tambien confusamente, en la oscuridad de un pasillo, el bulto de una persona.

—Nó,—dijo para sí el viejo,—no quiero nada entre tinieblas, porque desde la otra noche de todo desconfío, y aunque esta gente me ha parecido muy honrada, podria suceder que se burlasen de mí, representando la madre el papel de hija, como pudo hacer Manuela para honrarse y divertirse á mi costa.

Dió algunos pasos el viejo.

Cogió una de las manos de Cándida, que dijo con voz apenas perceptible:

—Silencio...mucho cuidado, porque mi madre...

—¿Hemos de estar á oscuras?—replicó don Rufino.

—Hay luz en mi cuarto.

—Eso es otra cosa, porque privarme del placer de contemplar...

—Ven... por aquí.

Y atravesaron el pasillo y entraron en un aposento donde no habia más que una cama y dos sillas, amén de la palmatoria que estaba en el suelo.

Aquella pobreza no era sorprendente.

Ya no habia motivo de desconfianza.

Comprendiendo don Rufino lo que el dinero anima, y para que la jóven estuviese completamente tranquila, le entregó un paquetito de billetes del Banco, diciéndole:

—Toma los mil duros para que no tengamos que pensar más que en nuestro amor, y mañana tranquilamente nos ocuparemos de nuestra situacion, porque no quiero que vivas en esta miseria.

Guardó los billetes la jóven, y...

¿Qué más podemos decir?

Nada, porque no tuvo lugar entonces ningun suceso extraño y digno de mencion.

El viejo y la jóven hablaban como todos los

enamorados; pero la conversacion debia tener un término, porque era forzoso que sintiesen la necesidad de dormir.

Y claro es, que contra su voluntad, debian entregarse al sueño.

Y además, la bujía, en fuerza de arder, habia de consumirse, y por consiguiente, las tinieblas envolverian aquel cuadro.

¿Y las brujas?

Aún no las habia visto don Rufino.

No sabemos si soñaba con ellas.

Lo que podemos asegurar es que roncaba, y tan ruidosamente, que bien podia haber despertado la viuda y alarmarse, y serprender al libertino, pidiéndole estrecha cuenta del honor de la niña inocente.

No sucedió así.

Pasó la noche.

La luz del nuevo dia penetró en el dormitorio.

Ya no roncaba don Rufino.

Una hora despues despertó.

Se restregó los ojos, estiró los brazos y las piernas.

Todo su cuerpo estaba dolorido

—Niña mia,—dijo dulcemente.

Y se volvió...

Cándida no estaba.

—Ha madrugado... casi me alegro, porque tengo ahora más necesidad de alimento que de conversacion... Quizás me prepara chocolate y... Pero ¿y su madre?... ¡Bah!... Este es negocio convenido, y ya no se tomarán la molestia de guardar miramientos.

Esperó tranquilamente el viejo, pero la cama era dura y se sentía mal.

Tosió varias veces, suponiendo que ya no era menester guardarse de la viuda, ó que tal vez ésta habia salido.

Nadie acudió.

—¿Qué hora es?—dijo don Rufino.

Y extendió el brazo derecho para coger el reloj, que habia dejado con su ropa sobre una silla.

No lo encontró.

—¿Dónde diablos se ha metido?... Tengo la seguridad de que se quedó aquí.... no está... Es cosa rara.

Se incorporó, revolvió en todos sentidos su ropa, y luego se bajó de la cama para repetir la operacion.

Trabajo perdido.

—¡Cándida!—gritó el viejo cuya frente se con-
trajo.

Y como nadie le respondió empezó á vestirse.

—El reloj no está, y Cándida no responde...
¡Oh!... ¡Es posible que?... Nó, nó... pronto saldré
de dudas... ¡Ah!...

Quedó el desdichado inmóvil y mudo.

Su rostro se tornó lívido.

Acababa de echar de menos los botones de
brillantes de su camisa.

—¡Me han robado!—exclamó despues de algu-
nos minutos.

Se sintió desfallecer, y tuvo que hacer gran-
des esfuerzos para sostenerse.

El golpe era terrible, y sus efectos debian ser
peores despues de una noche de conmociones de-
masiado violentas para un viejo.

Temblando, exhalando penosos suspiros y la-
mentándose del abuso de que era víctima, acabó
de vestirse.

Tampoco estaba su sortija, que se habia qui-
tado porque una vez lastimó con ella á Cándida.

Registró sus bolsillos.

Habia desaparecido su porta-monedas.

—¡Esto es horrible!—exclamó.

Y se oprimió con ambas manos el vientre, por que sentia una molestia que lo ponía en un nuevo apuro.

Salió del dormitorio.

Bien pronto recorrió todas las habitaciones.

En ninguna habia muebles, ni señales de que nadie hubiese estado allí.

Don Rufino gritó.

Su voz resonaba y se extinguía sin que nadie le respondiese.

Tuvo miedo; pero no podía inmediatamente salir, porque no se lo permitía la necesidad que lo apremiaba.

Quince minutos despues decia:

—¿Y qué puedo hacer?... Las prendas que me han robado valen más de cuatro mil duros, y los mil que entregué... ¡Ah!...

Si acudía á las autoridades, se produciría el escándalo, y el ridículo caería sobre el infeliz, porque ciertas calaveradas ponen en ridículo á los viejos.

Además, ¿conseguiría la justicia encontrar á los criminales y recuperar lo robado?

¿Cómo probaría don Rufino que aquella noche llevaba botones de brillantes, reloj y sortija cuando entró en la casa?

Lo que sí quedaria probado era lo que no le convenia que se supiese, la burla que habia sufrido.

Por horrible que fuese su situacion, tenia que aceptarla.

Nada conseguia con permanecer allí.

Salió y bajó, encontrándose con la portera, que se ocupaba en barrer.

—Ruenos dias,—le dijo don Rufino.

—Muy buenos dias, caballero,—respondió la portera, que era una vieja flaca, biliosa y horrible.—¿Qué se le ofrece á usted?

—Ha de darme usted noticias de las dos mujeres que viven en el sotabanco de la derecha.

—¿Qué dos mujeres?

—Las que se mudaron ayer, una vieja, que es la madre, y otra jóven, que es la hija.

—Viene usted equivocado.

—No.

—Le digo á usted que sí.

—Cuidado, porque se trata de un asunto muy grave, y si miente usted...

—Caballero,—replicó ásperamente la vieja,—usted es el que ha de tener cuidado con lo que dice. Hace más de veinte años que estoy aquí de

portera; me conocen hasta los gatos de la calle y...

—No he querido ofenderla á usted, sino hacerle comprender...

—Pues no conozco á esas mujeres, ó señoras, ó lo que sean. Ayer empezó á mudarse una señora, que habia tomado el cuarto el viernes; pero todavía no vive aquí.

—Pues esa señora...

—Se me ha olvidado cómo se llama... ¡Ah!... Sí, me parece que Gertrudis... eso es.

—Pero su hija...

—Si la tiene, no ha venido.

—Aquí han pasado la noche.

—¡Aquí!... no, señor.

—Yo las he visto, y salgo ahora mismo del cuarto, y...

—Pues entonces, ¿para qué me pregunta usted si acaba de verlas? ¿Es que quiere usted que yo le cuente la vida y milagros de esas señoras? Pues, mire usted...

—Es que me han robado,—dijo desesperadamente don Rufino.

—¡Que lo han robado á usted esas mujeres en su cuarto, y se baja usted tan tranquilo, y me

pregunta por ellas!... Vamos, me parece que no tiene usted la cabeza en su sitio.

—Lo que no tengo son mis botones de brillantes, ni mi reloj, ni mi sortija...

—Déjeme usted en paz.

—Y han desaparecido esas infames...

—¿Y por qué las ha dejado usted?

—Yo estaba durmiendo...

—¡Que estaba usted durmiendo en el sotabanco!... Si no se va usted en seguida, llamaré á la pareja,—dijo la portera.

Y como parecia que tenia intencion de hacerlo como lo decia, creyendo que era un loco don Rufino, éste pensó que se produciria el escándalo, y decidió alejarse.

En aquellos momentos no podia cometer más que torpezas.

Con pasos inseguros tomó calle arriba.

Afortunadamente encontró un coche desalquilado, y dijo al cochero:

—A la calle de los Abades.

Cuando entró en la casa donde habia visitado á las dos mujeres, la portera le salió al encuentro, diciéndole:

—Supongo que vá usted al segundo...

—Sí.

—Ayer se mudaron.

—¡Ah!...

—Ya están puesto los papeles.

—Pero...

—No me han dicho á dónde iban, ni yo lo pregunté, porque no soy curiosa, y como creí que usted lo sabía...

—Sí, por mi desgracia,—repuso el viejo, exhalando un suspiro.

—Se conoce que le han hecho á usted una mala jugada.

—¡Me han robado!—exclamó el libertino, que tenía necesidad del consuelo del desahogo como todos los que sufren.

—¡Jesús bendito!... ¡Pues cómo ha sido eso?... Yo había creído que usted... En fin, como la muchacha es bonita y... eso nada tiene de particular, son cosas del mundo.

—No se equivoca usted; pero yo creí que eran mujeres honradas, de esas que por necesidad...

—Buena honra te dé Dios... No han vivido más que un mes en esta casa; pero bien se ha visto lo que son. Las visitaban unos chulos de lo más perdido, y á lo mejor armaban unos escándalos...

—¡Chulos!...

—Ni más ni menos.

—Ahora me admiro de que no me hayan asesinado.

—Para esos bribones no hay justicia... ¿Y cómo lo han robado á usted?

—Representando una farsa para sacarme mil duros.

—¡Una talega!—exclamó la portera, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Y anoche, con la mejor buena fé acudí á una cita que me dió la hija, y... me dormí. Cuando he despertado, me encontré solo, sin los botones de brillantes de la camisa, sin el reloj, que tenia la cadena de oro con tres esmeraldas, sin una sortija, sin el portamonedas, y todo esto además de los mil duros...

—¡Horror!...

—Y han desaparecido...

—Pero dará usted parte á la autoridad.

—¿Y qué conseguiré?

—Lo peor es si le han dejado á usted algun otro recuerdo...

—Eso no,—replicó vivamente el libertino...

—De ménos nos hizo Dios, caballero... Lo digo

porque la muchacha, antes de peinarse y acicalarse, tenía un color muy sospechoso, y una mañana que fui á la botica para comprar un jarabe para mi niño, entró la madre, pidió no sé qué, y el boticario se lo dió sonriendo de una manera particular.

Se hizo más densa la palidez de don Rufino.

Estaba horrorizado, poseido de pavor.

—Adios,—dijo con voz insegura.

Y se metió en el coche para volver á su casa.

Sufria lo que no puede imaginarse, no precisamente porque lo habian robado, sino por si se realizaban los temores de la portera.

Tomó alimento, que bien lo necesitaba, bebió vino de Jerez y volvió á acostarse, consiguiendo dormirse.

Despertó á las tres de la tarde.

Algo más tranquilo estaba, y despues de reflexionar fué en busca de su médico para preguntarle si se conocia medio de evitar ciertas enfermedades.

—Lo único que podemos hacer es curarlas,—respondió el médico.

Perder la salud á la vejez es doblemente triste peligro que en la juventud.

CAPITULO IX.

Más disgustos.

Al día siguiente don Rufino, muy preocupado con sus temores, se paseaba en el Retiro.

—Hombre feliz,—oyó que decían tras él,—¿á dónde tan solo y pensativo?

Volvió la cabeza y vió á Eduardo, que se le acercó, diciéndole:

—¿Dónde se mete usted?... Hace tres días que no tengo el gusto de encontrarle en ninguna parte. *

—Algunas ocupaciones de interés...

—Comprendo, porque no he olvidado lo que me dijo sobre cierta conquista de una niña inocente, que tenia unos ojos hechiceros y una madre muy

fea. ¿Y qué tal? ¿Ha caído ya en el lazo la cándida paloma?

Don Rufino era vanidoso como todos los necios, y más vanidoso porque había llegado á la vejez, y respondió:

—Es asunto concluido.

—¡Bien, seductor veterano!—exclamó Eduardo.—Por supuesto que el bolsillo...

—Poca cosa: algun regalo de escaso valor y nada más.

—Es decir, que consiguió usted interesar su corazón... Doble mérito, amigo mio.

—Hago lo que puedo: no tanto como usted que es un jóven...

—Y sin embargo, renuncio al mundo, sus pompas y vanidades.

—¡Bah!...

—Palabra de honor.

—¿Piensa usted cantar misa?

—He decidido casarme.

—¡Usted!...

—Sí, este calavera que se ha burlado de todas las mujeres.

—Parece imposible.

—Y es verdad.

—Por supuesto, la novia será rica...

—Algo tiene, tan poco que no es para despertar la codicia.

—Entonces...

—Me caso por amor. ¿Ha creído usted que soy insensible?

—Nó; pero...

—¿Por qué no se casa usted, amigo mio?

Don Rufino suspiró tristemente.

—Me arrepiento,—dijo,—de no haberme casado.

—Aún es tiempo: se conserva usted bien.

—Ayer me ocurrió esa idea, y creo que acabaré por casarme; pero usted, en la juventud, acostumbrado á la libertad... Vamos, me parece imposible... ¿Y quién es la que ha tenido habilidad bastante para aprisionarlo á usted sin el atractivo del dinero?

—Una mujer encantadora, extraordinaria, sin igual.

—¿La conozco?

—Y es usted su amigo.

—No acierto.

—Felisa.

Don Rufino abrió cuanto pudo los ojos y la

boca, y fijó en Eduardo una mirada de estupor.

—¡Ah!... ¡Oh!—exclamó en dos tonos distintos.

—¿Qué le sucede á usted?

—Felisa, Felisa...

—Sí.

—¡Oh!... ¡Ah!...

—Tanta admiracion...

—¡Felisa!... Pues señor, no lo entiendo.

—¿Y por qué no lo entiende usted?

—Porque es de esas cosas que no se explican.

¿Cómo habia yo de creer que Felisa se casase?

—Es jóven, y...

—Pero rechazaba á cuantos le pedian amor.

—Quería un marido, y no un amante.

—Eso la honra; sin embargo... En fin, que me ha dejado usted aturdido, porque hace una semana no pensaba usted cambiar de vida, y porque creí que ella, que es muy orgullosa, no se casaría sino con un hombre muy rico... ¿Y ha meditado usted bien?

—Sí,—respondió el jóven, cuya frente se contrajo.

—Lo digo...

—¿Por qué?

—Como es asunto tan grave...

—No quiero arrepentirme como usted, porque el arrepentimiento tardío es un tormento.

Reflexionó don Rufino y dijo luego:

—Le daré á usted un consejo muy provechoso, á condicion de que no me pida explicaciones.

—Escucho y agradezco.

—Felisa tiene una criada muy fea, horrible...

—La cocinera.

—No la conserve usted á su servicio.

—¿Por qué?

—Es peligrosa.

—Pero...

—Capaz de cometer todos los abusos, y no digo más, porque no puedo revelar secretos que no me pertenecen.

—Don Rufino, no quiero conocer secretos de nadie, porque no soy curioso; pero bien puede usted decirme qué clase de abusos hay que temer de Manuela.

—Todos, y Felisa no sospecha que tiene á su lado á la mujer más criminal de todas las criaturas. No pueden ustedes acusarla porque nada concreto saben, y por consiguiente, habrán de despedirla sin otra razón que la de convenirles arreglar de otro modo la servidumbre.

—Así lo haremos.

Poco más hablaron, y don Rufino se despidió y alejó para continuar su paseo y sus tristes meditaciones, si bien con la satisfacción de haber hecho algun mal á Manuela.

Otros dos dias pasaron.

El viejo libertino no salió de su casa.

Estaba enfermo, pero no postrado.

—¡Ah, infame!—exclamaba con el acento del dolor y la desesperacion.

Muy penosos son los remordimientos de los goces cuando cuestan prolongados sufrimientos; pero á don Rufino le costaban además cinco mil duros que debian servir para que gozasen otros á su costa.

Esperando estaba al médico, pero le anunciaron la visita de Eduardo.

—Supongo—pensó el viejo—que viene á decirme que ya Felisa ha despedido á Manuela... Algo bueno ha de suceder hoy.

El calavera arruinado se presentó.

Sonreia con una expresion particular, como desdeñosa y burlona, y al entrar dijo:

—¿Qué pasa?... ¡Enfermo y levantado!... ¡Diantre!... La cara de usted dice...

—Que me duele mucho la cabeza—interrumpió don Raimundo.

—Algo más, amigo mio, porque no creo que un hombre como usted se quede en casa y mande por el médico sin más motivo que un dolor de cabeza... Comprendo... No hay atajo sin trabajo, y las empresas que mayor gloria ofrecen, son las más peligrosas. ¡Pobre don Rufino!... A la edad de usted...

—Tenga usted entendido...

—¿Y la cándida paloma?... Debe estar muy apurada al ver sufrir á su pichon...

—Me parece que se burla usted...

—Dios me libre.

—Si estoy enfermo, peor para mí, y como usted no es el médico, no tengo para qué darle explicaciones.

—Se enfada usted sin motivo,—replicó Eduardo, que no dejaba el tono burlon.—No me parece que es una ofensa dar buenos consejos, y hace dos días, cuando usted me dió uno, se lo agradecí.

—Es que usted no me aconseja, sino que hace ciertas indicaciones ofensivas y... En fin, hablemos de otro asunto.

—¿No quiere usted escuchar el consejo?

—Sí.

—He hablado con Felisa de la conveniencia de despedir á su criada.

—¿Y qué ha determinado?

—Se entregó á los trasportes de una loca alegría, y se reía de tan buena gana que creí que iba á darle una convulsion.

—¡Que se reía!...

—Luego me contó una aventura de cierto galán engañado por Manuela...

—Eso es una infamia.

—Justo castigo.

—¡Caballero!...

—Si nada tiene usted que ver en ese asunto ¿por qué se enfada?

—Es que...

—Acaba usted de confesar y de condenarse, —replicó Eduardo, cambiando de tono.—Basta, pues, que no necesito explicaciones. Es usted un viejo ridículo...

—¡Otra ofensa!...

—Y mal intencionado, como lo prueba el haber querido vengarse de Manuela. Así se vé usted en ese estado miserable... ¡Oh! Ahora creo que hay una Providencia. Lo que intentaba usted era tan

repugnante, que no lo hubiera hecho el último criminal.

Don Rufino temblaba y palidecía cada vez más.

Tenia miedo, mucho miedo, porque el fuego de la ira iluminaba los ojos de Eduardo.

Este prosiguió diciendo:

—Puede suceder que de alguna manera intente usted hacer mal á Felisa; pero acuérdesese usted de que ha de ser mi esposa, que lo será muy pronto y...

El calavera se levantó, se acercó á don Rufino, lo asió por un brazo y lo sacudió rudamente.

—¡Asesino!—gritó el viejo poseído de pavor.

—Acuérdesese usted y...

—Que pediré socorro...

—¡Miserable!

No quiso Eduardo prolongar aquella escena, y salió.

—¡Ay!—exclamó don Rufino, cuyo rostro estaba empapado en frío sudor.—Creí que me mataba... Y ahora todo el mundo sabrá lo que sucedió, y el ridículo caerá sobre mí... ¡Y además enfermo!... ¡Esto es horrible!... Felisa, Cándida, criaturas infames, sin corazon, sin conciencia, me ha-

beis robado el dinero y la salud, y acabareis con mi reputacion, y no me dejareis reposo... ¿Qué será de mí?... ¡Y dice ese bribon, ese perdido, que Dios me castiga!... ¿Pues no ha hecho él lo mismo que yo y mucho más? Y sin embargo, la fortuna le sonrie, y va á casarse con una mujer encantadora, bella hasta lo inconcebible. ¿Por qué no ha de haber encontrado la penitencia en el pecado?

Media hora despues se presentó el médico, que despues de muchas preguntas y detenido exámen dijo:

—Se pondrá usted bueno, pero la enfermedad es larga.

—¡Larga!...

—A menos que se haga una cura de relumbron, falsa, y cuyas consecuencias serian peores que la enfermedad.

—¡Dios mio!...

—Mi conciencia...

—Entiendo... Recete usted y... ¡paciencia!

¡Pobre don Rufino!

Hé ahí otro de los términos de la gloriosa carrera de los libertinos.

CAPÍTULO X.

Donde acabamos de conocer á Felisa.

Segun acabamos de ver, el casamiento de Felisa y Eduardo era asunto ya convenido, y la noticia cundió con rapidez, haciéndose muchos comentarios y despachándose á su gusto los murmuradores.

Como nadie ignoraba que Eduardo estaba arruinado completamente, se creyó que se casaba para poder vivir con lo que ella tenia, y de esto se dedujo que ella, al aceptar semejante marido, no se proponia más que tener una pantalla que todo lo cubriese y poder con entera libertad entregarse á todos los extravíos.

Con el casamiento perdia, pues, mucho la reputacion de Felisa; pero ya sabemos que ella se

reia del mundo y caminaba imperturbable al fin que se habia propuesto.

¿Y qué fin era este?

Tiempo es ya de que el lector vaya conociendo á Felisa.

Ya no podia ser honrada, porque la criatura no se regenera cuando ha llegado á la completa depravacion. Tal vez no era suya toda la culpa; pero el mal estaba hecho. Se habia prostituido, ganaba el dinero en abundancia con los encantos que tan pródigamente le habia concedido la naturaleza, y lo hacia con tal habilidad, que el mundo no se apercibia.

Sabia muy bien que forzosamente habia de llegar á vieja, y que entonces no tendria más amparo que el hospital, si los azares de su vida borrascosa no la llevaban á otro lugar peor.

Deseaba morir antes que verse en situacion tan horrible; pero como ella no podia ni queria disponer de su existencia, pensó muy cuerdamente que ante todo le convenia ponerse á cubierto de la miseria para cuando llegase á la vejez.

¿Por qué no habia de hacer ahorros?

Además queria, porque nunca nos contentamos con poco, ni siquiera con mucho, verse consi-

derada, respetada en la vejez, y... más aún, le halagaba la idea de tener un hijo que la amase.

Este último deseo, aunque parezca en contradicción con los instintos, con la manera de ser de Felisa, era muy natural. No había conocido á nadie que la amase verdaderamente, con el desinterés y la firmeza que aman los padres y los hijos; no debía esperar amor de sus amantes de una hora, ni de un marido que se casase con ella como lo hacía Eduardo, ni de nadie, y hé ahí por qué deseaba un hijo. Para tenerlo sin mengua de su honor y con derecho á ser respetada, y sin el tormento de temores de que su hijo se avergonzase de su propia existencia, necesitaba también un esposo.

No era seguro que viese satisfechos todos sus deseos, porque no todo dependía de su voluntad, ni de su talento, ni de su habilidad, ni de su constancia; pero ella pondría de su parte cuanto le fuese posible.

Felisa se quedó sin padre cuando no tenía más que ocho años, y fué amparada por un hombre de cincuenta, rico, soltero y que había pasado su vida poco más ó menos como don Rufino.

El generoso protector siguió educando á la

huérfana, y dos años despues empezó á pervertirla con la mayor habilidad, lentamente, sin que la pobre criatura pudiese sospechar que se le preparaba su perdicion.

Cumplió catorce años, y ya estaba prostituida sin saberlo, y su protector era su amante sin que ella lo hubiese aceptado ni rechazado, lo era, porque sí, por costumbre, porque aquella era la vida, porque insensiblemente se habia llegado á tal situacion, que ninguna importancia tenia para Felisa.

Dos años despues estaba su inteligencia desarrollada, y entonces empezó á comprender que se encontraba en el fondo de un abismo. Los parientes de su protector empezaron á mirarla, unos con desden, otros con odio mal disimulado, y esta circunstancia fué un rayo de luz para la pobre niña.

Con la mejor buena fé habló de sus observaciones á su amante; pero este le respondió:

—¡Bah!... Ríete de mis parientes. ¿Quieres saber por qué te miran así? Porque temen, y con razon, que yo te nombre mi heredera. Algun desahogo hemos de permitirles. Si continúas siendo fiel, serás rica, y con el dinero serás feliz.

¡Fiel!

He ahí una palabra que nunca había pasado por la mente de la jóven, y que le hizo cavilar mucho.

—Es decir,—pensaba,—que puedo dejar de serle fiel.

Claro es que podía, aunque estaba muy vigilada.

Felisa deseó conocer los atractivos de la infidelidad, porque algunos había de tener cuando había mujeres que se tomaban la molestia de ser infieles.

Esto no era más que curiosidad; pero hay curiosidades muy peligrosas.

Luego se preguntó si todos los hombres amaban lo mismo que su protector.

¡Pícara curiosidad!

El protector libertino tenía un escribiente, jóven, guapo, con unos ojos negros muy expresivos.

No conocemos los detalles del suceso, pero sí que Felisa consiguió saber dos cosas sin que le quedase ninguna duda, que la infidelidad tiene sus atractivos para la mujer cuando ésta ha perdido el pudor que puede hacerle sufrir, y que ha-

bia mucha, muchísima diferencia entre la manera de amar del jóven de los negros ojos y la del viejo libertino.

Aquello fué un relámpago, porque el protector quiso viajar, y Felisa tuvo que resignarse á no ver al jóven escribiente.

Los viajes no fueron estorbo para nuevas infidelidades.

Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, casi toda Europa recorrieron.

Cuatro años despues dijo el protector:

—Debemos descansar.

Y regresaron á España para volver á Sevilla donde siempre habian vivido.

Cuando llegaron á Madrid se instalaron en una fonda, haciendo lo mismo un inglés que habia venido con ellos desde París.

El inglés tenia treinta años, era rico y viajaba por placer.

Hablaba mal y trabajosamente el español, y le agradaba mucho la compañía de Felisa, que hablaba perfectamente el inglés.

No tuvo celos el viejo libertino, ni era posible que los tuviera, puesto que ni un instante se separaba de la jóven.

Una tarde escribía el protector, y su protegida estaba en el balcon con el inglés.

Hablaban de sus viajes y de mil asuntos indiferentes cuando de pronto volvió la cabeza el inglés, miró al viejo, y dijo con calma:

—Estos españoles nunca se suicidan.

Y luego reanudó la conversacion.

Aquella noche se sintió mal el viejo, se puso peor á los cinco minutos, y perdió el sentido cuando iban en busca de un médico.

No recobró el conocimiento sino para pronunciar algunas palabras que no pudieron entenderse, y murió.

No habia otorgado testamento.

Felisa quedaba otra vez sola, desamparada, odiada por los parientes del viejo, que tenian derecho á la herencia, y sin más recursos que ocho ó diez mil reales y algunas joyas que se encontraban en su poder; pero tuvo un nuevo protector, el inglés.

Decidió ella quedarse en Madrid.

Puso casa y empezó á vivir, si no con tanto lujo como antes, con las comodidades que hemos visto, con un decoro que en lujo rayaba.

El inglés no estuvo en Madrid más que tres

meses, y cuando se fué, tuvo Felisa que pensar seriamente en la manera de vivir.

No tenia más que un camino, el único que conocia; pero se empeñaba en aparecer honrada, tuvo que limitar la especulacion á lo que diese de sí con extranjeros que viniesen á Madrid de paso, que ni la conocian á ella, ni á nadie.

¿Quién habia de poder decir que habia sido dueño de aquella belleza que todos codiciaban?

Nadie.

El resultado no pudo ser mejor en todos sentidos.

El que viaja por placer no es pobre, y además en tierra extraña somos todos más pródigos que en la nuestra.

No se necesitan más explicaciones para que se comprenda la situacion.

¿Era digno de lástima Eduardo?

No queria trabajar y aceptaba el papel tristísimo de vivir á costa de una mujer, y no tenia derecho para quejarse.

Ella lo habia dicho, no renunciaba á su libertad completamente, y él se habia conformado.

¡Y lo miraba con envidia don Rufino!

No puede decirse cuál de los dos quedaba castigado más duramente.

Eduardo había recobrado su buen humor, porque tendría dinero y gozaría sin temor de que sus acreedores lo molestasen.

—Con este esposo y mi hijo ¡qué feliz sería!— exclamaba Felisa.

Ambos querían ver pronto su deseo realizado, porque les interesaba mucho, y se allanaron todos los inconvenientes.

Hubiera querido Eduardo viajar con su esposa; pero ella se opuso y fué preciso someterse.

—¡Adios, mundo, con tus placeres engañosos y fugaces!—exclamó una noche Eduardo al concluir de cenar con sus más íntimos amigos.

—Aun es tiempo, suicídate,—le respondían.

—Quiero vivir.

—Te has vuelto loco.

—¿Qué me importa si soy feliz con mi locura?

—No dirás lo mismo dentro de un año.

—Entonces me pegaré un tiro.

—¿Y cuándo te casas?

—Mañana.

—¿No nos convidas á la boda?

—Puedo haberme vuelto loco; pero no soy estúpido.

Y al día siguiente se casó Eduardo con la hechicera Felisa, sin que presenciase el acto más que las personas que debían servir de testigos.

¿Cuánto tiempo tardaría el calavera en convencerse de que había sido peor el remedio que la enfermedad?

CAPITULO XI.

Primera borrasca.

Durante un mes no se dió Eduardo clara cuenta de su situacion, porque estaba como aturcido y no se ocupaba más que en apurar la dulce copa de la dicha que habia anhelado tanto tiempo, y que consiguió cuando menos esperanza tenia.

Felisa desplegó toda su habilidad, todos sus hechizos, y acabó de dominar á su esposo hasta el punto de que éste se encontraba más enamorado cada dia. Era la bellísima jóven una de esas mujeres que siempre dejan algo que desear, evitando así el hastío, y encendiendo más la hoguera de la pasion.

¿Podia pedir algo más á la fortuna el antiguo calavera?



Una mujer jóven y encantadora; una vida regalada; ninguna contrariedad, ninguna obligacion, ni la más leve molestia en ningun sentido, ni temor alguno para lo porvenir.

Tanta felicidad apenas se concibe.

—De nada te cuides,—le decia su esposa:—pide lo que quieras, y lo tendrás inmediatamente.

Y así lo hacia Eduardo, de nada se cuidaba. Levantábase á la hora que mejor le parecia, y se encontraba con un buen almuerzo y con las sonrisas de su esposa; en sus bolsillos tenia siempre dinero, poco, si trataba de extraviarse, sobrado, para alternar con sus amigos; y se paseaba, iba al teatro y hacia cuanto queria; pero en cambio tenia que respetar la independenciam de su mujer, que manejaba sus intereses, que salia cuando se le antojaba, y que nunca daba explicaciones de su conducta.

Sucedió muchas veces que Eduardo volvió á su casa y le dijo Pepa:

—La señora salió.

—¿A dónde ha ido?—preguntaba sencillamente el esposo.

—No lo sé.

—¿Volverá tarde?

—No lo ha dicho.

Y cuando Felisa volvía, cambiaba de ropa, y hablaba con su marido de los paseos, de los teatros, de política, de literatura, de modas, de todo menos de lo que ella había hecho.

Empero todo tiene su fin, y aquella situación debía cambiar.

Cuando no hay alternativas, no hay gece; la imaginación languidece cuando no se ocupa en nada, lo mismo que el cuerpo con la inacción, y esa languidez moral produce inevitablemente la nostalgia. Sucedió, pues, lo que era forzoso; aquella vida sin contrariedades, sin luchas, siempre igual, siempre tranquila, aburrió á Eduardo, que echó de menos algo en que ocuparse, algo en que pensar, y lo que pensó fué que debía averiguar qué clase de recursos inagotables tenía su mujer para vivir.

¿Poseía ella algún tesoro que iba consumiendo lentamente?

Esto hubiera sido una extravagancia, pero era posible.

—¿Por qué no he de penetrar el misterio?—se preguntó Eduardo.

Y observó, sin que le fuese posible averiguar

cómo ni por donde, ni por quién entraba el dinero en aquella casa.

Cuando era preciso gastar, Felisa abría uno de los cajones de un precioso mueble que tenía en su dormitorio, pagaba, cerraba y guardaba la llave, que á nadie entregaba.

En aquel cajon fijó Eduardo su pensamiento.

Y caviló, combinó su plan, y una noche, sin producir el más leve ruido, dejó la cama, buscó en los bolsillos de la ropa de Felisa, encontró las llaves, abrió el cajoncito y vió seis mil y pico de reales en billetes y metálico.

Dejó pasar quince dias.

Registró segunda vez.

La cantidad habia aumentado en venticinco duros.

Otros quince dias despues habia disminuido en cuarenta, y siempre lo mismo, en las diferentes ocasiones en que el marido abusó del sueño de la mujer, encontró cuatro, seis ó siete mil reales, ni más ni ménos, y siempre se gastaba, y no habia fincas, ni rentas, ni negocios, ni en aquella casa entraba nadie que pudiese llevar dinero.

Lo llevaba, pues, Felisa, esto era claro, y lo llevaba con frecuencia y en pequeñas cantidades.

¿De dónde lo sacaba?

Eduardo arrugó el entrecejo.

¡El miserable pretendía tener dignidad después de haber aceptado voluntariamente aquella situación!

¿Dónde estaba el límite de sus obligaciones, de sus compromisos, y hasta qué punto tenía su mujer derecho á libertad?

Dudaba y sufría.

Más de una vez quiso provocar explicaciones, pero cuando llegaba el momento, le faltaba el valor.

No podía suceder otra cosa, porque había perdido la fuerza moral. Era un esclavo, un instrumento; había caído en la abyección y tenía que pasar por todo. El calavera, el espíritu fuerte, el que se había burlado de todo, el que miraba á la infeliz Andrea como el gigante mira al enano... ¡Pobre hombre!

No tenía valor, repetimos; pero quería que sus dudas se disipasen, porque le parecía que había de sufrir menos cuando supiese con seguridad á qué atenerse.

Decidió espiar á su mujer, y buscó un bribon que la siguiese cuando ella salía.

Pasó una semana sin que Felisa pusiera los piés en la calle sino cuando salia con su marido.

Por fin un dia, al volver á su casa á las cinco de la tarde, le dijo Pepa:

—La señora ha salido.

Y una hora despues se presentó la hechicera jóven, diciendo sencillamente:

—Bien se conoce que se acerca el verano... se siente ya demasiado calor.

Cambió de ropa y comieron.

—¿Has de salir?—preguntó el marido.

—Tengo pereza,—respondió la mujer;—pero si tú quieres...

—Yo tambien estoy perezoso, pero saldré para respirar el aire libre, y volveré pronto.

Eduardo salió, no para pasearse, sino para ver al espía.

Dos horas despues volvió.

Estaba muy preocupado.

Ya no dudaba, conocia la realidad, sufría más que antes, y se esforzaba para contener los arrebatos de la cólera.

Creía que su mujer habia traspasado los límites de la libertad prudente que se concedieron.

—¿No tengo derecho á quejarme y aún á castigarla?—pensó Eduardo.

Fielmente habia cumplido él lo pactado, mientras que ella abusaba.

—¿Qué te sucede?—le preguntó Felisa al verlo callado y sombrío.

—¿No lo adivinas?—replicó él.

—Confieso mi sorpresa, y si no te explicas...

—Lo haré con toda claridad.

—Escucho,—dijo la jóven, con la más perfecta calma.

—Felisa, no debes haber olvidado nuestra conversacion de aquella noche...

—Tengo buena memoria.

—¿He cumplido fielmente lo que prometí?

—Lo has cumplido.

—No tienes, por consiguiente, motivo para quejarte; no puedes decir que mis abusos han autorizado los tuyos, no puedes...

—Eduardo,—interrumpió la jóven,—me parece que los comentarios están demás. ¿Tienes queja de mí? Sepamos en qué consiste, y si he pecado te pido perdon y me corregiré. ¿Para qué hemos de molestarnos inútilmente?

—Tienes razon.

—Hago lo mismo ahora que el primer día de nuestro matrimonio, y si antes aprobabas mi conducta...

—Sí, la aprobaba porque no sabía lo que ahora sé. Hoy has salido,—repuso Eduardo con creciente exaltación.

—Como otros muchos días.

—¿Y á dónde has ido?

—A donde voy siempre que tú no me acompañas,—respondió la joven con tono de sencillez.

—A una casa de la calle de...

No pudo Eduardo proseguir, porque le interrumpió Felisa con una carcajada irritante por lo excesivamente alegre y burlona.

Nerviosa palidez cubrió el rostro del marido.

Su mirada se tornó profundamente sombría.

Empezó á revivir en su alma el fuego de su soberbia.

—Señora,—dijo después de algunos momentos y con voz reconcentrada,—hablo seriamente, y el asunto es demasiado grave.

—Por Dios, Eduardo,—replicó la joven, que parecía esforzarse para contener la risa,—deja esa severidad que tiene mucho de cómica, porque...

—¡Oh!...

—¿Te enfadas de veras?

—Se trata de mi honor, señora.

—Pero...

—Basta.

—Caballero,—dijo Felisa cambiando de tono,— ya estoy seria, y puesto que usted lo quiere, hablaré, me explicaré.

—Sí.

—¿Con qué derecho me expia usted? Y una vez que comete ese abuso, ¿por qué se enoja? ¿Acaso no hemos convenido en respetar nuestra independencia? ¿No le ofrecí á usted pan cuando tenía usted hambre, dinero cuando estaba arruinado, honra cuando estaba deshonrado con sus extravíos?... ¡Oh!... ¿De dónde creía usted que había yo de sacar el oro á montones para que usted viviese con lujo, dándose toda la importancia de un caballero y haciéndose respetar por el mundo que lo miraba con desden? ¿Era preciso que yo le hubiese dicho á usted que especulaba con mis encantos? ¿No conoce usted bastante el mundo? Un niño inexperto tendría razon para quejarse, para decir que lo habían engañado; pero un hombre que tiene treinta y dos años, que ha pasado su vida en las orgías, en los garitos y en los lugares donde la prostitucion,

los vicios y todas las degradaciones se desenvuelven hasta el delirio, un hombre así no necesita saber más que lo que yo diga, no solamente con franqueza sino con cinismo. Estaba usted arruinado; había usted perdido el sentimiento de la dignidad; no le quedaba á usted más recurso que morir...

—¡Felisa!—gritó con voz destemplada Eduardo.

—Voy á concluir, y usted me escuchará,—repuso la jóven con firmeza.

Y su mirada penetrante y dominadora se fijó en su marido, añadiendo luego:

—Estaba usted dispuesto á todo, á vender su alma al diablo, y yo representé el papel de Satanás comprándole el alma: le ofrecí á usted dinero, lo salvé, y en cambio ¿qué le pedí? Muy poco, que me diese usted un corazón gastado, impuro, un nombre que nada valia, que me confiase usted un honor ilusorio, y que de nada se cuidase usted más que de vivir y gozar. ¿Por qué no rechazó usted mis proposiciones? Yo necesitaba un marido y lo compré, y no es culpa mia si usted quiso venderse. ¿Creyó usted que cuando yo me encontrase sujeta por un lazo indisoluble ante la ley, podría usted dominarme? No me conoce usted. Dicen

que nada se olvida tan pronto como el hambre, y es verdad. Ya no se acuerda usted de aquellos días amargos en que sus acreedores no le dejaban un instante de reposo, y se veía usted amenazado por todos los horrores de la miseria. Ha recobrado usted el vigor, y como la criatura siempre está deseando, no se contentó usted con vivir tranquilo y gozar, ni con ser honrado á los ojos del mundo, sino que aspira usted á esa dulce satisfaccion de las conciencias puras y que su amor propio se sienta halagado con la seguridad de que es usted el único dueño de mi belleza. ¡Ah!... Esa es demasiada felicidad, caballero; es pedir una dicha completa, absoluta, que en este mundo es imposible. Hay criaturas que gozan con esas dulces y purísimas satisfacciones; pero les cuestan muy caras, inmensos sacrificios que usted no ha querido ni quiere hacer.

Eduardo acabó por sentirse aturdido.

No acertó á responder.

Oía verdades que no tenían réplica, y sufría porque se reconocía impotente contra la inflexible lógica de Felisa.

Esta añadió:

—¿Quiere usted esa dicha y el derecho de enva-

necerse con su honor? Estoy dispuesta. Desde mañana viviremos pobremente, muy pobremente, trabajaremos, ¿lo entiende usted? Trabajaremos sin cesar, y si Dios nos envía un hijo nos sacrificaremos por él. Si no quiere usted trabajar, no le quedan más que dos caminos: seguir viviendo como ahora, ó separarse de mí; pero no olvide usted que conmigo se irá el dinero, y que por consiguiente se encontrará usted de la noche á la mañana en la miseria.

El miserable se estremeció.

Arrepentíase de haber provocado aquellas explicaciones, porque estaba representando el más triste papel.

Antes podía fingir que no comprendía la verdadera situación; pero ya tenía que aceptarla descaradamente, y si no la aceptaba, ¿qué haría?

El fiero león volvió á ser el manso cordero.

—Todo eso está bien,—dijo:—yo puedo aceptarlo todo aquí, donde nadie nos vé; pero el mundo...

—El mundo nada ha visto ni verá.

—¿Tanta confianza tienes en esos libertinos que compran tu amor de una hora?

—No fio en la reserva ni en la discreción de nadie.

—Entonces...

—Te daré explicaciones sobre ese punto y te tranquilizarás, y si aún te quedan temores, cambiaré de sistema.

—No comprendo...

—Escucha.

Continuaron la conversacion, ó más bien Felisa siguió hablando otros quince minutos, y sin esperar respuesta, con ánimo tal vez de evitar á su marido nuevas humillaciones, se levantó y dijo:

—Buenas noches, Eduardo.

Y salió del gabinete.

Estaba firmada la paz.

Las condiciones eran claras, terminantes.

El marido consentia, aprobaba, aceptaba y renunciaba á todos sus derechos.

Ya no tenian que tomarse la molestia de disimular, sino que, por el contrario, tratarian de aquellos asuntos como dos buenos amigos, como dos personas que se asocian para explotar una mina.

Aquello era un negocio como otro cualquiera.

Reflexionó Eduardo y se convenció de que de todas maneras el resultado habia de ser el mismo.

¿Para qué había de disgustarse con escrúpulos necios?

—¡A vivir y á gozar!—exclamó.—Aunque yo sea el último de los miserables, si tengo dinero, me respetará el mundo, y me despreciará si me vé pobre. Si así es la sociedad, la culpa no es mia, y sobre todo, no quiero trabajar.

Así terminó la primera borrasca del matrimonio.

¿No se presentarían nuevas complicaciones?

Creemos que sí, y el resultado no sería siempre el mismo, porque algo había de encontrar Eduardo que lo incomodase, y no se mostraría dispuesto á transigir con todo.

Las consecuencias de lo que acababa de hacer debía tocarlas muy pronto.

Al expiar á su mujer había cometido una torpeza, pues no previó que podían volverse contra él las mismas armas que había empleado.

La buena vida le duraría poco tiempo, y no tendría que mirarlo con envidia don Rufino.

CAPITULO XII.

La bolsa ó el honor.

Entre los bribones, los perdidos, los criminales, en fin, hay sus categorías, y por consiguiente se encuentran en todas las clases de la sociedad. Bribones con guantes blancos en los salones del gran mundo; bribones con una levita raída y hambrientos en los cafés, en los teatros, los paseos y en todos los círculos donde su pobreza les permite presentarse, y por último, bribones con chaqueta en las tabernas y otros lugares por el estilo.

A la segunda clase pertenecía el que sirvió á Eduardo, es decir, era uno de esos miserables que reniegan de los antecedentes honrosos de su familia, que no quieren trabajar, y que se entre-

gan á todos los vicios, perdiendo hasta el último sentimiento de decencia y explotando cuanto es explotable, siempre en pequeña escala, porque otra cosa no les permite su inteligencia ó su valor, ó los medios con que cuentan.

No habia garito donde nó conociesen á Segismundo, no habia lugar de prostitucion donde no representase un importante papel, y siempre estaba dispuesto á servir á quien le pagase, con tal que no le pidiesen nada que ofreciese peligro para su persona, porque era muy cobarde.

Excusado es decir que si encontraba ocasion de cometer un abuso, lo cometia con la mayor tranquilidad, y despues que hubo servido á Eduardo, le ocurrió hacerse esta pregunta:

—¿Por qué no he de explotar la situacion? Me pareçé que este mozo no es acreedor á consideraciones. Estaba perdido y se casó para vivir á costa de su mujer, y luego tuvo escrúpulos y quiso averiguar más de lo que le convenia. Ya sabe á qué atenerse. ¿Qué determinará? Si no quiere transigir con ciertas cosas, lo veremos tomar una resolucion enérgica, por ejemplo, la de separarse de su bellissima mujer; en cuyo caso lo dejaré en paz; pero si lo acepta todo descaradamente, podré

amenazarle con el escándalo, y tendrá que sucumbir. La fortuna empieza á volverme la espalda, y como ya tengo cuarenta años, he de verme cada dia peor, porque ya no sirvo para todo. Necesito, pues, hacer algo que me saque de apuros, y ver si consigo ponerme á cubierto de las desdichas que me amenazan para la vejez.

Segismundo no se hacia ilusiones, sabia muy bien lo que le esperaba y queria pasar los últimos años de su vida con alguna tranquilidad.

Dejó que pasaran algunos dias, y cuando vió que los dos esposos seguian presentándose al mundo como tiernos amantes, y que no cambiaban de sistema de vida, ni se veia en sus rostros nada que revelase el malestar, dijo:

—El marido acepta y puedo dar el golpe.

Y una mañana, cuando Eduardo acababa de levantarse, le anunciaron la visita del truhan.

—Que entre,—dijo el esposo de Felisa, que no adivinó lo que podia querer aquel hombre.

Presentóse Segismundo, en cuyo rostro escuálido se revelaba la falta de salud y se veian las huellas que habian impreso los vicios y los desórdenes.

En su primera juventud no debió carecer de

belleza; pero la habia perdido completamente.

Su pobreza la atestiguaban su levita raída, manchada y muy corta; su pantalon que apenas le llegaba á los piés y estaba roído, como festoneado en la parte inferior; sus botas, mucho más grandes que sus piés, grieteadas y con los tacones torcidos, y su sombrero grasiento.

Sonreia, segun su inalterable costumbre, y saludó con palabras muy corteses á Eduardo, sentándose y diciendo luego:

—Hemos de hablar de un negocio de mucho interés, y si ahora es buena ocasion...

—Sí,—respondió Eduardo, que no disimulaba su disgusto,—pero le agradeceré que se explique con brevedad, porque me esperan.

—Si no termina muy pronto la conversacion, la culpa no será mia.

—¿Qué quiere usted?

—Mis negocios van mal desde hace algunos meses, todo se conjura contra mí, y me veo tan apurado y quizás más de lo que usted se vió en otro tiempo.

Se arrugó el entrecejo de Eduardo.

El truhan prosiguió diciendo:

—El pícaro juego... ya sabe usted lo que es...

¡Oh!... Pero no es posible dejarlo cuando se pierde, y por otra parte no se encuentra la salvacion. Como usted ha pasado por...

—Me parece,—interrumpió ásperamente Eduardo,—que haria usted muy bien en dejar las comparaciones.

—Dicen que son odiosas; pero son precisas muchas veces, como ahora, que sin comparaciones discutiríamos eternamente sin ponernos de acuerdo.

—¿Y para qué hemos de discutir cuando ninguna cuestion ni asunto tenemos pendiente? Viene usted á buscarme, no sé con qué fin, aunque todas las apariencias dicen que para pedirme un favor.

—Las apariencias engañan.

—¿Qué es lo que usted quiere? Aún lo ignoro...

—Si me permite usted continuar...

—Acabemos.

—Lo esperan á usted para almorzar... Yo tambien estoy en ayunas.

Eduardo no pudo ya dominarse y replicó:

—Pues bien, no quiero escuchar...

—Peor para usted,—dijo sencillamente Segis-

mundo.—No me faltan amigos, y uno particularmente, que lo es de usted, don Rufino... En fin, paciencia... Y no se enfade usted porque yo haga lo que haria cualquiera en mi situacion, lo que usted hubiera hecho cuando se agotaron sus recursos y el casero lo ponía en la calle, los acreedores...

—¡Oh!...

—Cuando un hombre se encuentra así es capaz de todo, ya lo sabe usted, porque la desesperacion nos trastorna.

Empezó Eduardo á comprender que aquel miserable le amenazaba, y creyó prudente escucharlo hasta conocer sus intenciones.

—Todo eso lo sé por experiencia,—dijo con forzada calma.

—Pues bien, yo estoy en ese triste caso.

—¿Y acude usted á mí para salvarse?

—Eso es.

—¿Qué puedo hacer?

—Darme dinero, porque no necesito otra cosa.

—No soy rico, ya lo sabe usted, y si vivo con decoro es porque mi esposa...

—Comprendo,—interrumpió maliciosamente el truhan.—Supongo que no ha olvidado usted que

yo fui el encargado de averiguar dónde estaba el rico filon explotado por su esposa.

Lívido se tornó el rostro de Eduardo.

Ya no necesitaba más explicaciones.

Con una imprudencia inconcebible había dado á conocer el secreto de su deshonra á aquel miserable.

La situación era la más crítica.

¿No había temido que Segismundo quisiera explotar aquel secreto?

¡Y ya no podía retroceder!

—La conducta de mi esposa,—dijo,—buena ó mala, es cuenta mia.

—Y tambien del mundo, que en cuestiones de honor, es el único juez, y que falla como se le antoja, sin que haya medio de estorbarlo, y con la circunstancia de que para conceder una reputacion honrosa exige mucho, y para condenar no necesita más que sospechas, algunas apariencias. Tambien esto lo sabe usted lo mismo que yo.

—Pero ignoro qué tiene que ver el mundo ni mi mujer, ni mi honra con los apuros de usted.

—Es muy sencillo: estoy desesperado, acudo á usted para que me salve... ¿Me negará usted lo que necesito?

—Cuando puedo hacer un beneficio...

—Es usted generoso.

—¿Qué dinero quiere usted?... Y le advierto, aunque es ocioso, que por mis manos no pasan otras cantidades que las absolutamente precisas para mis gastos.

—Todos los adagios son verdaderos, y hay uno que dice que más hace el que quiere que el que puede.

—Querer no es poder, dice otro.

—¡Bah!...

—En fin...

—No soy ambicioso, don Eduardo, y me contentaré con tres mil duros.

—¡Tres mil duros...!

—Cantidad suficiente para emprender cualquier negocio y vivir tranquilo. ¡Ay!—exclamó tristemente al truban.—Estoy muy cerca de la vejez, y mi salud no es completa, y francamente, me horroriza lo porvenir, porque no me ofrece más amparo que el hospital.

—¿No ha perdido usted la razón?

—Tal vez; pero si estoy loco, soy más temible.

—¿De dónde quiere usted que saque yo tres mil duros?

—Eso no es cuenta mia, ni he de cavilar para darle á usted consejos, cuando yo los necesito.

—Me pide usted un imposible. ¡Tres mil duros cuando me seria muy difícil reunir tres mil reales!

—Todo puede hacerse para salvar el honor.

—Comete usted un abuso incalificable.

—Ya lo sé; pero mi conciencia se tranquiliza cuando recuerdo que usted ha cometido otros muchos.

—¿Y no tiene usted miedo á mi cólera?—replicó Eduardo, cuyos ojos empezaron á brillar siniestramente.

—Soy muy cobarde, lo reconozco; pero en esta ocasion no tengo miedo. ¿Me matará usted...? No, porque quedaria comprometido, y concluiria para siempre la dicha sin igual de que disfruta usted. ¿Pues qué, se asesina á un hombre con tanta facilidad? No, caballero, no. La vida de un hombre cuesta muy cara, y únicamente puede esperarse la impunidad cuando se mata en desafío con todas las formalidades; pero yo no he de batirme.

El esposo de Felisa se sintió anonadado.

No tenia medios de defenderse.

Se le amenazaba con el más espantoso ridículo, con presentarlo al mundo como el hombre que

acepta la más degradante humillacion, con el sér más abyecto y despreciable.

Tenia que someterse, porque Segismundo habia dicho la verdad, y en aquella situacion la violencia era completamente inútil.

Y lo peor de todo era que, aún queriendo hacer el sacrificio, no podia.

¿De dónde habia de sacar los tres mil duros que exigia el truhan?

A Felisa no podia pídirselos sin darle explicaciones, y no convenia que ésta supiese que á su reputacion amenazaba un gran peligro por culpa de Eduardo, que quiso averiguar más de lo que debia.

Además, tal vez á ella le seria imposible reunir tan crecida cantidad para dárla de una vez.

No hay que decir que de muy buena gana el desdichado marido hubiera ahogado y aún pulverizado á Segismundo; pero amenazar siquiera hubiese sido comprometerse más.

Habia otra coincidencia terrible: el truhan, no sabemos si con intencion muy meditada, habia nombrado á don Rufino, y no debe olvidarse que éste odiaba á Eduardo porque era el marido de Felisa, y tambien odiaba á la encantadora

jóven desde que sufrió la sangrienta burla de Manuela.

Indudablemente el viejo libertino hubiera dado, no tres mil duros, sino diez mil, por conocer el secreto de la misteriosa conducta de Felisa.

Otra vez Eduardo, con todas sus pretensiones de caballero, con toda su soberbia, tenía que suplicar.

—¡Oh!—murmuró sordamente.—Esta humillación...

—No me impongo, no quiero violencias,—interrompió Segismundo, poniéndose un pie.—Hay quien me dé cuanto yo pida por el secreto que conozco, y si he acudido antes á usted, ha sido para probarle que no soy tan ruin y desalmado como parece. Cometa un abuso; pero ya ve usted que aún á costa de mis intereses procuro hacer el menor mal posible.

—Gracias,—dijo irónicamente Eduardo.

—Si á usted no le conviene...

—Es que no puedo.

—La culpa no es mia.

—Puesto que aún hay en su alma de usted algo de nobleza, de generosidad...

—Hay mucho.

—Pues bien, arreglaremos el negocio de manera...

—Nada rebajaré, porque me quedaria como estoy.

—Daré los tres mil duros en distintos plazos...

—No, porque me gastaria el dinero segun lo recibiese. Lo quiero de una vez.

—¿Y cuando?

—Dentro de tres dias.

—¡No puedo, no puedo!—exclamó desesperadamente Eduardo.

Segismundo se encogió de hombros y dijo con frialdad.

—Voy con la música á otra parte .. Adios...

Con el rostro lívido y descompuesto se levantó Eduardo, colocándose junto á la puerta y diciendo con voz reconcentrada:

—No saldrá usted.

—Me quedaré, si usted se empeña y... me honraré almorzando en compañía de usted y de su bellísima esposa. ¡Con cuánta envidia me miraria don Rufino si estuviese aquí...! Y á propósito, ¿no le ha visto usted desde que se curó y sale de casa? Ha envejecido diez años, le ha cambiado la voz, que ahora es nasal, porque la garganta le ha

quedado no sé cómo en fuerza de cauterios, y...

—¿Qué me importa?

—Cuando llega la vejez se pagan las culpas de la juventud...

—¿Quiere usted apurarme la paciencia?

—Estoy á las órdenes de usted... ¿Debo quedarme?

—Hablaemos otro día.

—Vendré...

—Yo lo buscaré.

—Es igual... Soy su mejor amigo.

Segismundo saludó grotescamente y salió.

Dejóse caer Eduardo en una silla.

Se oprimió las sienes y quedó inmóvil.

Borrasca espantosa agitaba su espíritu.

Tan profunda era su preocupacion, que no se apercibió de que Felisa entraba, se detenía y lo contemplaba.

Aunque ligeramente, se contrajo el rostro de la jóven, que despues de algunos minutos, dió un paso más y dijo:

—Eduardo...

Estremecióse el marido y levantó la cabeza.

Nerviosa palidez cubria un rostro.

—¡Ah!—exclamó,—no te habia visto...

—¿Qué te sucede?

—Nada de particular...

—Tu semblante...

—Me duele la cabeza.

—¿Quién era ese hombre?

—Un acreedor que me habia dejado en paz, y ahora...

—¡Un acreedor...! No es menester más que mirarlo para comprender que nunca ha tenido dinero, y que por consiguiente no ha podido prestar á nadie un maravedí.

—Es jugador furibundo.

—Lo creo.

—Hace un año le sonreía la fortuna...

—¿Y qué hace ahora?—preguntó Felisa mientras fijaba en su marido una mirada sumamente penetrante.

—Nada... Está arruinado, se muere de hambre y... se acuerda de los que le deben...

—Y antes de reclamar tiene la costumbre de andar un dia y otro dia por los alrededores de la casa del deudor...

—¿Qué quieres decir?

—Que ese miserable no es tu acreedor.

—¡Felisa!...

—Ya que no podías pagarle, has debido socorrerlo, porque su triste situación...

—Le he dado cuanto tenía, diez ó doce duros...

—¿De dónde los has sacado?... Acabo de ver tu porta-monedas en la mesilla de noche...

Se interrumpió Felisa, sonrió, y dijo:

—¿No quieres almorzar?... Es tarde, y antes de las dos tendré que salir.

—Vamos.

Se preparaba otra tormenta.

CAPÍTULO XIII.

Un libertino de otra especie.

¿Qué había sido de la infeliz Andrea?

Su situación la conocemos ya, era tristísima, y llegó á ser horrible, porque sus apuros crecían cada día que pasaba sin encontrar trabajo que le produjese bastante para atender, no precisamente á las necesidades de su vida, sino á las de su pobre madre, cuya falta de salud no le permitía soportar ciertas privaciones.

Todos sus recursos, que eran muy pocos, estaban agotados, y la anciana decía:

—¿Qué haremos?

—Madre mía,—contestaba Andrea,—no me quedan más que dos caminos.

—Yo no veo ninguno. Nada tenemos que vender ni empeñar, ni parientes ni amigos que nos

socorran. Buscas trabajo, y si algun dia lo encuentras, es poco y mal pagado, y sufres, y enfermarás, y...

—Aún puedo elegir entre la muerte y la prostitucion.

—¡Andrea!—exclamó horrorizada la madre

Y fijó una mirada de espanto en la jóven.

Esta escena conmovedora tuvo lugar pocos dias despues del en que vimos á Andrea pedir reparacion á su amante.

Eran las diez de la mañana.

No habian tomado alimento desde la tarde anterior, y como tampoco la última comida habia sido muy suculenta, sentíanse desfallecidas hasta el punto de que doña María, que así se llamaba la madre, apenas tenia fuerzas para hablar.

Encontrábanse en un estrecho aposento casi desamueblado y donde la luz penetraba á través de vidrios verdosos, por una ventanilla abierta cerca del techo.

Desnudo el suelo y las paredes, y sin ningun abrigo, sentíase en aquel aposento un frio desconsolador, frio que los pobres no más conocen y cuyo tormento, como el del hambre, engendra ideas tristísimas.

Es menester sufrir la miseria para comprender cómo los desheredados se trastornan y extravían. Además, las amarguras de los pobres son doblemente horribles, son insoportables, cuando las devora el que ha vivido con lujo ó siquiera con decoro y bienestar.

En este caso se encontraban las dos mujeres.

La madre tenía cuarenta y ocho años y representaba cincuenta y cinco, porque los sufrimientos envejecen más que el tiempo.

Había tenido valor para luchar con las adversidades, y se había resignado; pero sintió que le faltaban las fuerzas cuando una casualidad la dió á conocer el extravío de su hija.

Este último golpe fué terrible, y le costó una enfermedad que la tuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte.

Su conciencia estaba pura; había sabido en su juventud triunfar de sus pasiones, pero comprendía, porque lo había pasado, que hay fatales momentos de delirio en que la mujer no se da cuenta de lo que hace, y hace lo que nunca pensó hacer y no tiene remedio.

Por otra parte, no tenía en el mundo más que

su hija, que trabajaba para su madre, que sufría sin exhalar una queja.

¿Cómo agravar el sufrimiento de aquella infeliz criatura?

Ni una palabra de dureza salió de los labios de la madre: lloró con su hija como siempre que sufrieron una nueva desgracia.

Y después de esto, cuando se desvaneció la última esperanza de que el libertino cumpliera su deber...

Entonces se resignaron, porque no podían hacer otra cosa, ó más bien que resignarse, aceptaron la situación como se acepta lo que nos impone una fuerza mayor que la nuestra.

El día del último apuro llegó, y la joven había dicho muy bien, no le quedaban más que dos caminos, dos recursos, la muerte ó la prostitución, dos caminos igualmente horribles.

Habían guardado silencio después de la exclamación arrancada á la madre por el espanto.

No todo lo que pensamos nos atrevemos á decirlo, porque muchos pensamientos nos parecen doblemente criminales cuando los expresamos en voz alta, aun cuando nadie nos escuche.

La madre y la hija se miraban.

Para entenderse no necesitaban hablar.

—No me espanta la muerte,—dijo por fin la madre.

—A mí tampoco,—respondió la hija.

—Pero quiero que tú vivas.

—Yo no quiero que usted muera de hambre, y despues de la más horrenda de las agonías.

—Todavía queda un recurso para mí.

—¿Cuál?... Quiero conocerlo...

—El hospital.

Púsose en pié Andrea.

Su rostro se contrajo más de lo que estaba.

Sus pupilas se iluminaron.

No puede concebirse el efecto que habian producido en ella las palabras de su madre.

El delirio se apoderó instantáneamente de la cabeza de la jóven.

—Basta,—dijo con voz oscurecida y reconcentrada.—Fuí débil ante la pasión, y no puedo ser fuerte ante la necesidad. Cometí la primera falta, manché mi honra, y ya no puedo aspirar á ser esposa de ningun hombre que de buena fé me ofrezca su corazón, porque á mi debilidad no quiero añadir el crimen. Mi desgracia no tiene remedio... ¿por qué he de detenerme?...

—Andrea...

—Mia es la responsabilidad de mis acciones...
Ya no dudo, ya no vacilo.

La jóven salió del aposento para no verse obligada á escuchar á su madre.

Esta elevó al cielo una mirada dolorosa y exclamó:

—¡Dios misericordioso!... Tengo frio... ¡Tengo hambre!

Lo repetimos: no siempre decimos lo que pensamos, y muchas veces tenemos valor para hacer una cosa, y nos falta para decir que estamos decididos á hacerla.

¿Con qué medios contaba Andrea para poner en práctica su resolucion?

Hasta para perderse necesita una mujer ocasion y tiempo.

Ambas cosas las tenia la jóven.

Hacia más de un mes que una tarde, al salir de una tienda donde acababa de entregar la labor, salió del portal de la casa un hombre que parecia tener sesenta años, de escasa estatura, flaco, y vestido lujosamente y con el más exquisito refinamiento de elegancia. Su continente era grave y muy distinguido, y bastaba el primer

golpe de vista para conocer que era un verdadero personaje.

Al cruzar la acera, ocupada por muchas personas que iban y venían, encontráronse el anciano y la jóven y tuvieron que detenerse algunos momentos.

Lo que sucedió nada tenía de particular, y sin embargo, debía producir consecuencias muy graves.

El viejo elegante y perfumado se puso los lentes, se inclinó y su mirada penetrante se fijó en Andrea.

Ella se ruborizó, inclinó la cabeza y se sintió tan turbada que no acertó á moverse.

—¡Belleza prodigiosa!—murmuró el anciano.

Y entró en una lujosa berlina que lo esperaba, y mientras señalaba disimuladamente á la jóven, dijo algunas palabras al lacayo, que desapareció entre los transeuntes.

El carruaje partió.

Andrea volvió á su casa, y no pudo olvidarse del viejo perfumado.

Pasaron algunos días.

Otra tarde, al atravesar la plaza del Progreso, volvió á encontrar al anciano, que se le puso de-

lante, obligándola á detenerse y diciéndole con el mismo tono que si hubiera dirigido la palabra á una gran señora:

—Perdóneme usted... No más que dos palabras, una pregunta.

—Caballero...

—¿No me permite usted ofrecerle mis respetos y mi amistad?

—Déjeme usted...

—¿Ni siquiera se dignaría usted leer una carta mia?

—Nó, nó,—contestó bruscamente Andrea, cuya turbacion acrecentaba por instantes.

—Le pido otra vez perdon, señorita... Esperaré.

Alejóse rápidamente Andrea.

Nunca se habia visto tratada con tanto respeto.

¿Quién era aquel hombre?

Nosotros lo sabemos y podemos decirlo: era el baron de la Estrella, disfrutaba una renta de diez mil duros, y habia desempeñado muchos cargos diplomáticos. Tenia talento, instruccion nada comun, habia recorrido casi toda Europa, y conocia, como era consiguiente, el mundo y el corazon humano como pocos hombres.

No se había casado; pero había tenido innumerables amores de todas clases, y la sensualidad había sido siempre el elemento dominante de su naturaleza.

Su organización era débil, estaba desgastado, destruido por los excesos de una vida licenciosa; pero le quedaba la imaginación viva y ardiente como en la juventud.

Para el barón era un paraíso el mundo con mujeres; pero sin éstas era la vida insostenible.

Aquí teneis, pues, un libertino que no se parece á los demás que hemos presentado.

Fácilmente averiguó quién era Andrea, sabiendo que trabajaba para mantener á su madre, que sufría mucho y se resignaba, lo cual probaba mucha virtud en una mujer joven y bella.

La conquista era, por consiguiente difícil, y los deseos del barón se avivaron á medida que las dificultades eran mayores.

Además le halagaba la ternura de una virgen cuyo corazón no estuviese corrompido, y como nuestro deseo nos engaña siempre, se hizo la ilusión de que Andrea podría amarlo, no precisamente por el dinero, sino porque se interesase su corazón.

Lo que sintió el baron entonces no lo habia sentido nunca, y si todo esto lo hubiera sabido uno de esos médicos muy observadores y que estudian con verdadera profundidad la naturaleza humana, hubiera dicho:

—El b̄aron hace su última calaverada, y se morirá pronto.

Aún no tenia sesenta años; pero la vida del libertino es corta, si bien es cierto que el vigor moral lo conserva más tiempo.

Desde aquel dia encontró la j̄oven con frecuencia al baron, y tuvo que escucharlo, porque no es fácil rechazar con dureza á un hombre que no pronuncia una sola palabra ofensiva ni que pueda herir el pudor de la mujer más escrupulosa.

El dia anterior al en que estamos, el viejo habia dicho á la pobre Andrea:

—Puesto que es imposible que mis deseos se vean cumplidos, sea usted mi amiga, no más que mi amiga, y no para usted, sino para su desgraciada madre, acepte usted lo que le ofrezca mi amistad... Mañana recibirá usted una carta mía: á nada se comprometerá usted; le reconozco la libertad más completa; en fin, permítame usted

que represente el papel de padre, y me consideraré feliz.

Andrea no respondió.

Acababa de gastar la última peseta, y volvía á su casa despues de haber buscado inútilmente trabajo.

Pasó una noche horrible.

Dudaba.

Para decidirse necesitaba un impulso más.

—El hospital,—había dicho su madre.

Esta palabra terrible fué el impulso.

Se acabaron las dudas y las vacilaciones.

Pasaron dos horas.

La pobre madre, sin fuerzas para moverse ni hablar, estaba inmóvil, como aletargada.

De vez en cuando abría los ojos para fijar en su hija una mirada dolorosa.

Llamaron.

La joven tembló, salió al pasillo y abrió la puerta, encontrándose con el lacayo del baron, que se quitó la gorra, presentó una carta y dijo:

—Para la señorita Andrea... Pasado mañana volveré por la contestacion.

Y se fué.

Quedó la infeliz inmóvil como una estatua.

No pudo explicarse lo que sentía.

Después de algunos minutos abrió la carta, viendo que con ésta había un billete de cuatro mil reales.

El barón no escribía más que lo siguiente:

«Mi buena amiga: hoy acabará el tapicero de arreglar el cuarto de ustedes, ó á más tardar mañana: Por si prefiere usted pasar algunos días en el campo, está también desde luego á su disposición la quinta de Hortaleza. Cuando pasado mañana se presente el cochero, podrán ustedes dirigirse á donde les convenga.

»Le suplico á usted muy encarecidamente ofrezca á su respetable madre la expresión sincera de mi amistad.

»No sé cuando mis ocupaciones me permitirán tener la honra de visitarlas á ustedes; pero entre tanto cuenten con el más leal y cariñoso de sus amigos.—*El barón de la Estrella.*»

Aún no había pasado hora y media, cuando cambiaba la expresión del semblante de las dos mujeres.

Sus ojos recobraban el brillo...

Acababan de comer.

CAPÍTULO XIV.

El último amor.

Doña María y Andrea hubieran preferido pasar una temporada en el campo, porque en Madrid no tenían más que recuerdos tristes; pero no lo hicieron temerosas de que el baron creyese que así querían evitar verlo con frecuencia. Instaláronse; pues, en el cuarto que tenían preparado en una bonita casa de la calle de Atocha, donde encontraron, no solamente comodidades, sino verdadero lujo, y dos criados, la doncella y la cocinera.

Cuando se encontraron allí, la jóven se arrepintió; pero ya no podía retroceder.

Preguntábase si su razon se habia trastornado,

pues de otro modo no comprendia lo que acababa de hacer.

¡Infeliz!... Cien veces hubiera hecho lo mismo si se encontrase en igual situacion, atormentada por el hombre y viendo á su madre morir sin poder socorrerla.

El baron era un libertino que no se parecia á ninguno, y llevó su delicadeza hasta el último extremo. Todos los dias enviaba á su lacayo á preguntar por la salud de la madre y de la hija, y á poner á su disposicion el coche.

Así trascurrieron dos semanas, y al fin se presentó una tarde como hubiera podido hacerlo en la casa donde hubiera tenido que guardar más consideraciones.

La visita duró una hora, durante la que el anciano se ocupó de asuntos indiferentes, sin hacer la más leve indicacion de querer hablar á solas con Andrea.

Esta se sintió más aturdida que nunca cuando el baron se fué sin haberse tomado ninguna libertad, ó más bien, sin hacer uso de su derecho.

¿Por qué respetaba á la jóven?

Esto era inconcebible para las dos mujeres,

porque no podían apreciar la situación bajo su verdadero punto de vista.

Preciso es tener en cuenta dos circunstancias, la del estado físico del barón, y la de que hacía muchos años que no había tratado íntimamente con una mujer pura y virtuosa que se espantase ante la idea de la prostitución.

La pureza, y sobre todo, la timidez de la joven, encantaba al anciano, que experimentó un goce espiritual que le era desconocido, comprendiendo que aquel goce se prolongaría según él mismo se impusiese contrariedades.

No había respetado á ninguna mujer; se había burlado de la virtud de todas, y con indiferencia glacial había escuchado las quejas de algunas infelices que le sacrificaron su honoren un momento de delirio, es decir, que había hecho lo mismo que Eduardo, sin que su conciencia lo atormentase.

¿Para cuándo esperaban los remordimientos?
¿Cuándo se detendría ante los escrúpulos?

¡Pobre humanidad!

Precisamente despertó su conciencia cuando se trataba de una mujer cuya honra estaba ya manchada; de una mujer que no hacía más sacrificio que el de su dignidad; de una mujer que no

se entregaba en los momentos de delirio de la pasión, sino por su conveniencia, impulsada por el hambre y no por el amor, para trocar, en fin, su situación horrible en desahogada, la miseria por el bienestar y el lujo.

Entonces fué cuando al anciano le pareció abuso el más horrendo, aceptar aquel sacrificio, entonces fué cuando se espantó ante la idea de explotar el hambre, las desdichas y los sufrimientos de una débil mujer.

Después de esto era una consecuencia inevitable la estimación, y con esto el respeto, no solamente á la virtud, sino á la desgracia, y al fin, la ternura.

Dominó el viejo libertino sus arrebatos sensuales, porque dominarlos puede el hombre cuando tiene sesenta años, y se propuso ser feliz con aquel goce espiritual, todo el tiempo que consiguiese resistir á las tentaciones de la pícara materia.

Además, andando el tiempo era posible que sus rasgos de desinterés y delicadeza interesasen el corazón de la bellísima joven, siquiera fuese por gratitud, y esta esperanza le seducía. El amor es siempre halagüeño; pero en la vejez es mucho más grato.

El baron no tenia parientes, y no esperaba escuchar en su agonía una palabra de cariño verdadero. ¿No era una dicha inmensa que aquella mujer cerrase sus ojos y lo recordase con ternura, y llorase por él como una hija llora por un padre?

Así se colocó el anciano en una pendiente resbaladiza, que debia llevarlo á donde parecia imposible que fuese un hombre como él.

¡Enamorado el baron!

Esto parecia inverosímil, y sin embargo, era verdad.

El último amor es como el primero.

Pasaron otros ocho dias sin que las dos mujeres vieses al anciano, que sí bien prolongó más su segunda visita, no estuvo menos respetuoso y delicado, y ni remotamente dejó entrever el deseo de hacer uso de los derechos que le costaban tanto dinero.

Andrea no se habia atrevido á moverse de su nueva casa, ni sabia qué conducta seguir; y comprendiendo sus dudas y perplegidad, le dijo el baron:

—Es preciso que cambien ustedes de vida, porque continuando así se resentiría su salud. Desde mañana, pasearán ustedes, irán al teatro, y harán

cuanto les pueda agradar. Tienen á su disposicion un carroaje, dinero, y cuanto necesiten.

—Caballero,—se atrevió á decir Andrea despues de algunos momentos de duda,—nuestra situacion...

—Perdone usted... Es preciso que nos expliquemos con franqueza.

—Creo que sí.

—Yo me envanecería con el amor de usted, si mi vanidad no hubiera de destruir su reputacion de mujer honrada. Es usted mi primer amor verdadero, y debe ser tambien el último. Hace un mes, no era usted para mí más que uno de tantos caprichos pasajeros, pero ahora nó. Busque usted medios de justificar su cambio de fortuna, bien sea diciendo que ha heredado á un pariente que tenia en América, ó lo que le parezca mejor, y esté segura de que por mí nadie ha de saber la verdad. El dia que no sea usted honrada en opinion del mundo, no me halagará el cariño de usted, y por consiguiente, estoy dispuesto á sufrir todas las contrariedades, antes que perder una ilusion que me hace tan feliz en los últimos años de mi vida.

El anciano se interrumpió.

Parecia muy conmovido, y efectivamente lo estaba.

Su mirada se fijó profunda y tiernamente en la jóven, que no habia podido escuchar con indiferencia ni acertó á responder.

Doña María buscó un pretexto para salir de la habitacion, porque comprendió que aquel hombre necesitaba libertad completa para decir lo que sentia y quedar tranquilo. ¿Qué menos podian hacer las dos mujeres en cambio de los beneficios que recibian y de las atenciones de que eran objeto?

—¡Ah!—exclamó el baron despues de algunos minutos.—No sabe usted, ni puede concebir lo que es el amor de un viejo. Nuestras pasiones se apagan; no podemos ofrecer placeres con sus violentas conmociones, con sus delirios; pero en cambio nuestra ternura no tiene igual, como no se busque el corazon de un padre, y la ternura nos domina, y nos ciega como puede cegar la más frenética pasion, y nos hace generosos, y grandes y sublimes, y nos tiene á todas horas dispuestos al sacrificio por la mujer amada. Esta ternura inmensa es el último destello de la luz, el más vivo, aunque más fugáz; es el último esfuerzo que hace

nuestro espíritu, la última demostración de su poderosísima vitalidad antes de dejar la cárcel de nuestra materia. Ahora comprendo la dicha de los que se han casado y tienen hijos, porque cuando nuestras pasiones se apagan, cuando no tenemos fuerzas para gozar como goza la juventud, ¿qué atractivo tiene la vida sin una afección de ternura? Es muy triste mirar á la tierra y no ver más que la sepultura á cuyo borde nos encontramos, la sepultura con su frialdad y sus tinieblas, que son el misterio impenetrable de la eternidad.

El anciano tomó una de las manos de Andrea y la besó, no como el amante apasionado, sino como el padre tierno.

—Mientras me sea posible,—dijo,—la respetaré á usted, aunque no respondo de lo que sucederá, porque también las pasiones hacen su último esfuerzo para extinguirse, tienen su último destello como la luz, y ese destello es tan vivo que todo lo abrasa. Ayúdeme usted, Andrea, evite usted todas las ocasiones que puedan concluir con la dicha que ahora gozo; no tenga usted compasión para contrariarme, porque tras la satisfacción vendría el hastío, y el tedio, y la desesperación de la impotencia.

Volvió á interrumpirse el anciano.

Sus ojos empezaban á inflamarse.

Su respiracion era desigual y trabajosa.

Revivia su materia, y quizá la pasion impura se preparaba para hacer el último esfuerzo.

—¡Andrea!—exclamó con acento indefinible.

Y oprimió con fuerza convulsiva la mórbida mano de la jóven, y la besó con frenesí.

No pudo Andrea contener un grito, que no sabemos lo que significaba.

—¡Ah!—exclamó el viejo con voz ronca y acento de desesperacion.—No quiero el hastío, no lo quiero... ¡Y mi pecho se abrasa!...

Se oprimió las sienes, se retorció las manos, hizo un esfuerzo sobrenatural, se puso en pié, tomó el sombrero y se lanzó fuera del gabinete.

Por aquella vez habia triunfado.

¿Sucederia siempre lo mismo?

—¡Se vá!—murmuró sordamente Andrea, cuya frente se contrajo.—¡Me ha respetado!... ¡No ha tenido mi belleza poder bastante para trastornar su juicio!...

Hé ahí la mujer.

Antes se horrorizaba á la sola idea de entregarse al viejo libertino, y luego su amor propio

se levantaba airado porque habia sido respetada, pues aquel respeto en situacion semejante, no significaba para ella más que desden, no probaba más sino que su belleza no tenia bastante encanto para enloquecer á un hombre.

Cuando la madre volvió al gabinete, dijo:

—¿Y bien?... ¿En qué queda nuestra situacion?

—Ese hombre se empeña en que ha de ser mi padre, y me respetará.

—Pero...

—Esté usted tranquila, porque hasta las apariencias serán favorables á mi reputacion.

—No lo entiendo.

—Pues es muy sencillo,—repuso Andrea,—hace una obra de caridad.

—Dios lo premie.

Al siguiente dia salieron las dos mujeres á pasear, fueron al teatro, cambiaron, en fin, de sistema de vida.

Otra semana pasó, y una mañana se presentó el lacayo del viejo y dijo:

—El señor baron se ha quedado en cama.

—¡Enfermo!—exclamó Andrea.

Calló su amor propio, su vanidad, y un sentimiento noble se sobrepuso á todos.

CAPITULO XV.

La última resolución.

Durante la última semana que acababa de pasar se había empequeñecido moralmente Andrea, había sido la más vulgar de las mujeres, la más ruin; pero afortunadamente sus nobles sentimientos despertaron al saber que se encontraba enfermo el baron.

Pensó entonces la jóven que había sido objeto de unas consideraciones que no merecía, y su conciencia la acusó por haber aceptado el profundo respeto que de buena fé tuvo para su ilusoria pureza el anciano.

Necesitaba hacerse digna de perdon, y le dijo á su madre:

—Está enfermo el hombre cuya generosidad no

he sabido apreciar, y voy á verlo, á consolarlo, á endulzar sus sufrimientos cuanto me sea posible, en tanto que le suplico á Dios para que le devuelva la salud.

No era posible que se opusiese doña María.

La jóven se vistió muy sencillamente, y veinte minutos despues se presentaba al baron.

—¡Ah!—exclamó éste con tono de profunda sorpresa y fijando en la jóven una mirada de ternura y gratitud.

Andrea tomó las manos del viejo, se las estrechó y besó repetidas veces mientras decia:

—Dios escuchará mis súplicas y recobrarás la salud... ¿Ha venido el médico?... No pierdas el ánimo... Tu semblante dice que la enfermedad no tiene importancia... Aquí me tienes, y de aquí no saldré sino contigo.

Lo que sintió el baron no puede explicarse.

¡Andrea lo tuteaba por primera vez, y le estrechaba las manos, y lo miraba amorosamente!

¡Cuánta dicha!

—¡El médico!—replicó.—Ya no lo necesito: mis fuerzas renacen, y recobro la alegría... ¡Eres un ángel!... ¡Es verdad que me amas, Andrea, es verdad?... ¡Qué triste ha sido la pasada noche!... Sién-

tate, mírame... así... ¿Por qué lloras?—preguntó el pobre viejo con voz ahogada al ver que se humedecían los ojos de la jóven.

—No lo sé... creo que lloro de alegría... La felicidad tiene también su llanto, lo tiene la ternura, como el dolor tiene sus sonrisas amargas.

—Ahuyentas la muerte, cuya descarnada y fría mano he sentido sobre mi corazón... Gracias... No puedes apreciar el inmenso valor de tus consuelos. Pero tendrás que irte...

—No, nó.

—Vendrán mis amigos...

—A ninguno recibirás.

—El médico, los criados...

—No me importa.

—Tu reputación...

—Antes es tu vida. ¿No acabas de decir que tengo la virtud de ahuyentar la muerte?... Si á costa de cualquier sacrificio puedo proporcionarte algún consuelo, no vacilaré. ¡El mundo!.. ¿Acaso no me dejaba morir de hambre y de desesperación?... De aquí no saldré sino en tu compañía, ya lo he dicho, y cuando el mundo me acuse, lo miraré desdeñosamente, y levantaré la cabeza con orgullo porque he cumplido mi deber, porque es tuyo

mi corazón. Basta, pues; no repliques; calla y sosiégate.

—¡Bendita seas!

El rostro del baron estaba pálido y parecia que se habia demacrado en pocas horas.

El médico fué, lo examinó detenidamente, fijó en Andrea una mirada escudriñadora y luego dijo:

—No es grave la dolencia; pero no puede combatirse con rapidez.

Recetó y salió.

Andrea lo siguió hasta el aposento inmediato, deteniéndolo allí y preguntándole:

—¿Es de verdadero peligro la enfermedad?

—Sí,—respondió el médico.

—¡Dios mio!...

—Nos encontramos con una organizacion desgastada, destruida, y en esto consiste el peligro mayor. Sin embargo, lucharemos y si en dos ó tres dias no consigo nada, pediré una junta para poner á cubierto mi responsabilidad.

Sintióse anonadada Andrea.

¿Por qué?

¿Era porque sabia que habia de volver á la miseria cuando muriese el baron?

No era esta la causa.

La jóven habia concluido por amar al baron, sino como en otro tiempo amó á Eduardo, como una hija puede amar á su padre.

Tres dias despues el enfermo estaba peor, si no porque hubiese progresado la enfermedad, porque sus fuerzas habian disminuido mucho.

—La junta,—volvió á decir el médico.

Y otros cuatro se reunieron, examinaron, discutieron y fallaron.

No habia salvacion posible para el anciano baron.

La ciencia se declaró impotente, y no pudiendo hacer otra cosa, recomendó la conveniencia de que el ilustre enfermo se ocupase en arreglar sus asuntos y en la salvacion de su alma.

En cumplimiento de las terminantes órdenes del anciano, se consideraba y respetaba á la jóven como dueña de la casa, y por consiguiente á ella le tocaba disponer lo conveniente en aquella situacion.

¡Pobre Andrea!

¡Cómo daba á conocer el fallo terrible al hombre á quien amaba?

Cien veces se acercó al lecho con la intencion

de cumplir el duro deber; pero siempre le faltó el valor.

Así llegó la noche.

Era casi absoluto el silencio en el interior de la casa.

En el dormitorio del baron no habia más luz que la débil de una lamparilla con pantalla que proyectaba una sombra de mucha extension. Los objetos aparecian confusos é informes en la penumbra, y todo tenia como un tinte lúgubre y apenador.

Era difícil reconocer al anciano.

Sus ojos, donde pocos dias antes parecia que se reconcentraba toda la vida de su organizacion, habian perdido el brillo y se revolvan como trabajosamente en sus órbitas.

Sus labios estaban más pálidos y contraídos, y su respiracion era breve y penosa.

Andrea, sentada junto al lecho, lo contemplaba y sufría horriblemente al ver como se extinguía aquella existencia.

Las once acababan de dar.

El enfermo fijó su mirada vaga en la jóven, y dijo:

—Andrea, repite que me amas.

—Y lo juro,—respondió la jóven con ese acen-
to inequívoco de la verdad.

—Gracias... Ahora escucha.

—¿Qué deseas?

—La muerte me aflige, porque he de separar-
me de tí; pero no me espanta, no me infunde ter-
ror. Mis faltas han sido muchas, y como la justi-
cia divina es inexorable, necesito hacer cuanto
me sea posible para merecer la misericordia del
Omnipotente. Con tu ternura me has hecho un
gran bien; pero me harías el mayor de los males
dejando que llegase el último momento de mi vi-
da sin que yo me apercibiese de ello. Mi enferme-
dad es grave, lo conozco; siento que mi vida dis-
minuye por horas, y no me hago ilusiones. ¿Qué
opinan los médicos? La verdad, Andrea, dime la
verdad, que aunque viejo y débil, no soy pobre
de espíritu.

—Aún, hay esperanza; pero la enfermedad se
considera muy grave, peligrosa, y aunque no
fuese así, como la criatura nada pierde por cum-
plir sus deberes religiosos y por tranquilizar su
conciencia con el arrepentimiento...

—Comprendo,—interrumpió el anciano.

—Repito que...

—Sigue escuchándome, Andrea, y responde con una palabra, con una sola palabra á la pregunta que he de hacerte.

—Así lo haré.

—¿Quieres ser mi esposa?

—¡Tu esposa!—exclamó la jóven con tono de la más profunda sorpresa.

Y quedó inmóvil con la mirada fija en el baron.

Todo pudo esperar lo menos proposicion semejante.

—¿Dudas?—preguntó el anciano despues de algunos momentos.

—Es que... estoy aturdida...

—Bien, reflexiona y contestá; pero no quiero observaciones, ni razonamientos de ninguna clase, ni explicaciones.

—Me ofreces más de lo que yo me merezco, honra y dicha, el derecho de amarte á la faz del mundo mientras vivas, y la libertad para llorar por tí sin ocultarme y para decir públicamente que tu recuerdo estará en mi corazon mientras dure mi existencia. Sí, quiero ser tu esposa.

—¡Ah!...

—Pero en estos momentos solo debes pensar en la salvacion de tu alma, y...

—Mañana en cuanto amanezca confesaré...
Ahora déjame entregado á mis pensamientos...
¡Dios te bendiga!

El baron cerró los ojos.

Hubiera sido inútil hablarle, porque no estaba dispuesto á contestar.

Andrea dudó si soñaba.

No se desaturdia, sino que por el contrario, cuanto más cavilaba comprendia menos lo que acababa de suceder.

Apenas amaneció fueron en busca del sacerdote que habia de escuchar la confesion del anciano.

Cuando éste hubo tranquilizado su conciencia, dió las órdenes necesarias para que pudieran realizarse sus deseos y ser esposo de Andrea todo lo más pronto posible.

Un expediente matrimonial cuando es en concepto de *artículo mortis*, se despacha muy pronto, sobre todo si no se economiza el dinero.

Aquel mismo dia la madre de Andrea se instaló tambien en la vivienda del baron.

Aún no eran las once de la mañana, cuando ya cundia la noticia del casamiento, siendo escuchada con profunda sorpresa.

—¡Que el baron de la Estrella se casa!

—¿Y con quien?

—Con una mujer á quien nadie conoce.

—Ella está á su lado desde que él enfermó.

—Y es un prodigio de belleza, segun me ha dicho el médico.

Eduardo tuvo tambien noticia del suceso, y quiso la casualidad que le dijesen que la mujer misteriosa se llamaba Andrea.

No necesitó más explicaciones.

Era precisamente el dia en que Segismundo le habia exigido los sesenta mil reales, es decir, que el calavera estaba de muy mal humor, y dijo para sí:

—Como el baron no se muera, saldré de apuros, porque haré con Andrea lo que el miserable Segismundo hace conmigo.

Deseaba la jóven que el baron recobrase la salud, y así se lo pedia sin cesar al Omnipotente, sin sospechar habia de verse en la situacion más horrible, sufriendo todos los abusos del hombre que la habia deshonrado y abandonado.

El desposorio se celebró al siguiente dia.

Inmediatamente el baron otorgó testamento, nombrando heredera á su esposa, y exclamando:

—¡Ah!... La única dicha verdadera en este mundo, es la tranquilidad de la conciencia.

Y aquel día, al desaparecer los últimos rayos del sol, dejó de existir el anciano.

Andrea era viuda, rica, y á los ojos del mundo estaba honrada.

—¿De dónde ha salido esa mujer tan afortunada?—Decían las mujeres.

—¡Oh!—Exclamaba desesperadamente Eduardo.—La más negra fatalidad me persigue... ¡Ya no podré explotar el secreto de la debilidad de Andrea!...

Recordará el lector que el calavera libertino le dijo á la desdichada jóven: «Tal vez hagas fortuna, y ¿quién sabe si algún día me atropellarás con tu carruaje?»

Habia sido profeta.

CAPITULO XVI.

—
El plan de Felisa.

¿Consiguió salir del apuro Eduardo?

Ya hemos dicho que tenía la esperanza de explotar la nueva situación de Andrea; pero no le fué posible, porque el barón había muerto pocas horas después de haberse casado.

Ningún recurso le quedaba al esposo de Felisa; pero no quiso darse por vencido, y creyó que en fuerza de buscar encontraría lo que necesitaba.

Esta ilusión debía desvanecerse como todas.

Primeramente quiso ganar tiempo, obtener un nuevo plazo, y una noche fué en busca de Ségismundo, que se encontraba en uno de tantos garitos como hay en Madrid, esperando la ocasión de

hacer negocio, siquiera fuese *levantando un muerto*, pues no tenia con qué jugar.

Alrededor de la mesa donde las grandes pantallas de los mecheros de gas proyectaban toda la luz, y entre la sombra que se extendia en la habitacion, habia muchos jugadores, todos en la misma actitud, inmóviles, con la cabeza inclinada y la mirada fija en los naipes que iban cayendo sobre el tapete.

No se percibia el más leve ruido.

Parecia que todos aquellos hombres tenian el alma en los ojos.

Todos ellos sufrian mucho entre la esperanza y el temor, y, sin embargo hubieran dicho que gozaban.

Entre aquellos hombres que merecen la más dura calificacion, los unos porque en el tapete verde dejan el pan de sus hijos, los otros porque buscan en los azares del juego lo que no saben ganar con el trabajo, y algunos porque tienen suficiente habilidad para vivir á costa de los inocentes que no conciben ciertas ligerezas de manos; entre aquellos hombres, decimos, estaba Segismundo, calculando como si jugase, y observando con atencion profunda á los jugadores.

Eduardo no era un desconocido entre aquella gente, pero ni saludó, ni fué saludado, y se colocó tras del truhan, esperando tambien el fallo de la suerte.

Por fin se produjo un murmullo sordo.

Resonaron las monedas.

Densa palidez cubrió algunos rostros.

El júbilo brilló en algunas pupilas.

Eduardo tocó en un hombro á Segismundo, que se estremeció y volvió la cabeza, exclamando :

—¡Ah!...

—Tenemos que hablar.

—¡Ahora mismo?

—Luego.

—Cuando usted quiera, porque como no puedo jugar.

—Yo probaré fortuna.

—¡Feliz usted!

—Arriesgaré todo el dinero que traigo.

Era poco, una docena de duros; pero bien podia con ellos el calavera ganar los sesenta mil reales que le exigia el truhan.

Este suspiró al ver el dinero.

—Si la fortuna me protege,—le dijo Eduardo,—

esta misma noche tendrá usted los tres mil duros.

Volvió á reinar el silencio.

No quiso el calavera calcular, ni apenas miró los naipes, y cuanto poseía lo dejó puesto á la carta que tenía más cerca.

Bien pronto la caprichosa fortuna decidió, y Eduardo vió duplicado su capital.

—Adelante,—dijo.

Y jugó otra vez con el mismo lisongero resultado, y luego otras, arriesgando siempre cuanto poseía.

Todas las miradas se fijaron envidiosamente en él.

Aún no habia trascurrido media hora, cuando ya era dueño de mil duros.

Jugó la mitad y perdió.

Despues puso mil reales, que tambien desaparecieron.

Su frente se contrajo.

La fortuna le volvia la espalda.

Puso sobre el tapete cuanto le quedaba...
¡Tambien perdió!

Ya no podia seguir buscando la suerte aquella noche.

—Vamos,—le dijo á Segismundo.

Y salieron de la casa.

—¿Ha decidido usted?—preguntó el truhan.

—Tengo que someterme, ya lo sabe usted.

—Entonces...

—Pero necesito un plazo.

—Imposible.

—Mi mujer no tiene los tres mil duros.

—Lo siento por usted, pues en cuanto á mí, nada perderé, porque don Rufino...

—¡Oh...!

—No se enfade usted, que este negocio no ha de arreglarse con arrebatos de cólera. Me pide usted un nuevo plazo, y yo no puedo concederlo, porque mi situacion es horrible. Ha tenido usted en sus manos mil duros, y si me los hubiese dado, yo aguardaría otra semana, quizás dos para el resto; pero se empeñó usted en abusar de la fortuna, y no es culpa mia si lo ha perdido todo.

—Ya no puedo retroceder.

—Ni yo esperar.

—El plazo que usted fijó...

—Cumplirá mañana, y esperaré hasta las doce de la noche.

Eduardo tenía que hacer grandes esfuerzos para dominarse.

—Pues bien,—dijo con voz reconcentrada,— como me pide usted un imposible, acabará por trastornarme la desesperación, y entonces...

—¿Me amenaza usted?

—Sí.

—Me guardaré, caballero, porque aún no tengo ganas de morir, y cuando el secreto sea conocido...

—No remediaré el mal; pero me consolaré con la venganza.

—Esa ilusión se desvanecerá cuando no consiga usted encontrarme, porque precisamente mi plan es tomar el dinero y alejarme para siempre de Madrid, estableciéndome en una aldea para pasar tranquilamente el resto de mi vida. Sin embargo, reconozco que tiene usted el derecho de hacer bajo su responsabilidad lo que le parezca mejor, y para probarle además mi deseo de complacerle, le concederé otros tres días, plazo fatal, entiéndalo usted bien, fatal.

No quiso Eduardo continuar la conversación, y se volvió á su casa, encontrando á Felisa que no había salido.

Muy difícilmente ocultaba su agitación; pero ella también parecía preocupada, y pasó más de una hora sin que apenas hablasen.

Por fin ella se acercó á su esposo y le dijo:

—Ahora nadie nos interrumpirá, y conviene que tratemos de un asunto de mucho interés.

—¿Tienes que hablarme de alguna desgracia?

—De lo que he pensado, de lo que he decidido, porque nuestra situación es insostenible y tengo que cambiar de sistema.

—No comprendo bien; pero te explicarás,—dijo Eduardo.

Y encendió un cigarro y se recostó en el sillón, mirando indiferentemente á su mujer.

Ante las amenazas de Segismundo, nada tenía importancia para el calavera.

Iba á verse deshonrado públicamente, á representar el papel más triste, más ridículo, á ser objeto de la burla y el desden, sin que le fuese posible defenderse ni vengarse.

¿Qué le importaba lo demás?

Encontrábase el miserable en ese estado de estoicismo en que el hombre puede hacerlo todo, absolutamente todo sin conmoverse. Si le hubiesen preguntado qué prefería, matarse ó matar á Se-

gismundo, se hubiera encogido de hombros con la más fría indiferencia.

Maquinalmente llevaba el cigarro á la boca, aspiraba el humo y lo arrojaba, contemplándolo mientras subía en azuladas espirales, y se desvanecía.

—Tambien,—dijo Felisa,—será preciso que nos ocupemos de lo que á tí te pasa, que debe ser muy grave, segun lo que expresa tu rostro, tu mirada sombría.

—Empezaremos por donde quieras,—respondió Eduardo sin pensar que estas palabras eran una afirmacion que lo colocaba en el mayor compromiso.

—Antes lo que he determinado.

—Te escucho.

—No hay nada que me espante, ni la muerte, nada más que una cosa, perder el derecho á que el mundo me respete como respeta á las mujeres honradas, porque nada me halaga como ese respeto, esas consideraciones.

—A mí tambien.

—La vejez llegará, perderé todos mis encantos, y si he perdido tambien la reputacion de honradez, ¿qué me sucederá?

—Pues yo nada poseo, nada espero, á nada puedo aspirar, y si pierdo el derecho á levantar la cabeza con orgullo, halagando así mi soberbia, mi amor propio, la vida me será insoportable.

—Estamos, pues, de acuerdo; nuestros deseos son los mismos, el mismo nuestro interés. Somos dos criaturas indignas que nos reimos del mundo y gozamos; pero no soportaríamos la burla del mundo.

—Felisa, está pendiente de un cabello esa reputacion que queremos conservar á toda costa.

—Lo sé, porque así como tú has averiguado lo que yo hacia fuera de mi casa...

—Puede averiguarlo cualquiera.

—Me conviene, pues, cambiar de sistema.

—Creo que sí.

—Hay un hombre que delira por mí.

—¿Quién es?

—No lo conoces: es extranjero, un inglés inmensamente rico, que viaja para no aburrirse y que me promete quedarse un año en Madrid y darme montones de oro si guardo mis encantos y caricias solo para él.

—Buen negocio,—dijo Eduardo con el más repugnante cinismo.

—Me alegro que te parezca bien. Como vienen otros amigos, vendrá á nuestra casa mister Clairk, y como no es hombre que se arrebatara sino cuando está á solas conmigo, tengo la seguridad de que no hará ninguna demostracion que nos comprometa.

Eduardo empezó á tranquilizarse, porque vió en el inglés un medio de salir del apuro.

—En cuanto á tí,—añadió Felisa,—como serás prudente...

—Ya sabes que los maridos son torpes hasta el punto de que todos ven menos ellos.

—Con eso he contado.

—Prosigue.

—Mañana conocerás á mi adorado inglés y... nada más. Ahora debemos ocuparnos del motivo de tu preocupacion. ¿Qué te sucede?

—Nada, porque la situacion ha cambiado.

—No comprendo.

—Todo consistia en la necesidad de algun dinero que no hubieras podido darme; pero contando con el inglés... ¡Oh...! Bien dicen, que un clavo saca otro clavo, y ahora un inglés me libraré de otro que me ponía en el mayor apuro.

—¿Quién es el que te mortifica?

—Ese miserable que vino la otra mañana.

Se contrajo la frente de Felisa.

—¿Cuánto le debes?—preguntó.

—Lo que para mí es mucho, y nada para mister Clairk, tres mil duros.

—¿Es antigua la deuda?

—Sí.

—Eduardo,—replicó Felisa con acento breve y fijando en su marido una mirada dominadora,—nosotros no podemos engañarnos, y si mi sinceridad la pagas con doblez...

—He dicho la verdad.

—Has mentido.

—¡Felisa!...

—¿Qué te importa ese acreedor ni ninguno, cuando no tienes con qué pagar? ¿Por qué no le dejas que acuda á los tribunales?

—Es una deuda de honor.

La jóven soltó una carcajada burlona, y dijo:

—¿Desde cuándo eres tan escrupuloso?

—Además, ese hombre se muere de hambre, y...

—¿Tambien te has hecho sensible? Basta de farsa,—dijo Felisa, cambiando de tono.—Sé quién es ese hombre, que nunca ha tenido tres mil duros

ni tres mil ochavos, y por consiguiente, no ha podido darte ninguna cantidad.

—Pero sí ha podido servirme...

—Tampoco, porque es incapaz de hacer un beneficio, y á nadie sirve si no le pagan adelantado.

Se convenció Eduardo de que no podría engañar á su mujer.

¿Por qué no habia de decirle la verdad?

No ignoraba ella que su marido la habia espiado, y la circunstancia de haberse servido de Segismundo no tenia valor sino porque costaba el dinero.

—Pues bien,—dijo el calavera,—ese hombre me ha servido para expiarte, y le pagué con cincuenta duros.

—Entiendo: por eso lo ví muchas veces en las cercanías de esta casa.

—Quedamos en paz, y me habia olvidado de él, cuando se me presentó, exigiéndome con el mayor descaro tres mil duros, y amenazándome con publicar el secreto de que depende tu reputacion y mi honra.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de la jóven. Su mirada empezó á ser sombría.

—Continúa,— murmuró.

—Poco más tengo que decir. Quise convencer á ese miserable de que nada ganaría con revelar el secreto; pero me contestó que nuestro amigo don Rufino se lo pagaría muy bien. En cuanto á mi cólera, se echó á reír, porque tenía la seguridad de que yo no había de agravar mi situación con violencias que, además de comprometerme, probarían más y más que era cierto cuanto de tí se decía. A pesar de todo esto, he amenazado, he suplicado, y...

—No transigirá.

—Inútilmente he cavilado para encontrar medio de salir del apuro, y esta noche adopté una resolución desesperada, jugué; pero no he conseguido ganar; y ese hombre, aunque está convencido de que no tengo la cantidad que me exige, se niega á transigir y ha fijado un plazo fatal.

—¿Has concluido?—preguntó Felisa con una calma que en aquellos momentos era terrible.

—Sí.

—¿Te has tranquilizado con la esperanza de que mister Clairk dará los tres mil duros.

—Me parece...

—No es difícil.

—Entonces...

—Yo sacrificaría mi dinero de muy buena gana, si así se remediase el mal; pero quedamos en peor situación, porque ese hombre hará nuevas exigencias cada vez que necesite, y como alguna vez hemos de negarnos...

—Se irá de Madrid, me lo ha prometido, y creo que lo hará, porque es cobarde...

—¿Y quién responde de que antes de irse no venda el secreto á don Rufino?

—Si tan lejos vas en las suposiciones, si exageras el peligro...

—No, Eduardo, no salgo de lo verosímil, de lo posible, ó más bien de lo probable. El hombre que encuentra una mina, de la que puede sacar cuanto quiere, no renuncia á explotarla, imponiéndose privaciones y sufriendo hasta el hambre. Esa virtud no la tendría una criatura honrada, y mucho ménos un bribon.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Ya ves que no pierdo un instante la calma.

—Me alegro.

—Desde hoy considero mi reputación perdida, y esta desgracia no se remediaría sometiéndose á ese miserable. No quiero, por consiguiente, vivir

en Madrid. Afortunadamente mister Clairk me proponía un viaje á los Estados-Unidos, y aceptaré. Allí nadie me conoce, y podré decir que soy su esposo, y como habré hecho mi fortuna cuando se canse de mí, haré luego lo que mejor me parezca, sin temor de verme en la vejez pobre y despreciada por el mundo.

—Estoy conforme en todo ménos en un detalle.

—¿Cuál?

—Si te presentas como esposa del inglés, ¿qué papel me queda reservado?

—El de un marido que tiene la desgracia de que su mujer olvide sus deberes y se marche con sus amantes, sin que el tal marido sea responsable de nada, porque ha sentido el golpe antes que el amago.

—Eso quiere decir...

—Que me iré, y tú te quedarás.

—¡Felisa!— exclamó Eduardo, que brincó en su asiento.

—Recibirás una pension suficiente para vivir como ahora, y quedarás en libertad completa para amar á otras.

El abyecto marido temblaba.

Lívido se habia tornado su rostro.

Su mujer conservaba la tranquilidad más completa, y parecía que trataba del asunto más indiferente.

—¡Jamás!— exclamó él.

—¡Báhl!—dijo ella.—Estás ofuscado, y cuando reflexiones te convencerás de que mi resolución es la más conveniente y la más justa.

—Nó, y mil veces nó.

—Eduardo, cada cual debe responder de sus acciones, y no pretenderás que yo pague tus torpezas.

—Pero sí pretendo que las pague ese inglés, á quien ya odio.

—El dinero no es lo que tiene importancia para mí, sino la reputacion que voy á perder, la humillacion que me espera. La culpa es tuya, y tú has de sufrir las consecuencias. Has cometido conmigo una deslealtad, no has cumplido escrupulosamente lo pactado entre nosotros, y no te perdonaré. Veo que no me conoces; pero me conocerás muy pronto. Y no te dejes arrebatat por la ira ni me amenazas, porque me reiré. Nada puedes hacer contra mí, porque si invocas tus derechos de marido, yo publicaré nuestro secreto, me iré, y te dejaré en la situacion más horrible, anonada-

do bajo el peso del ridículo más espantoso, y sin recursos para vivir, sumido de repente en la miseria.

Eduardo se puso en pié y empezó á pasearse mientras apretaba los puños con la fuerza de la desesperacion.

Era impotente contra su mujer.

Sufría lo que apenas se concibe.

Y al mismo tiempo le parecia Felisa más bella que nunca, y consideraba como la mayor desgracia perderla.

¡Faltaba algo para que fuese horrenda la borrasca que agitaba su espíritu?

¡Tambien tenia celos!

Al avivarse el fuego de sus pasiones, despertaba tambien el sentimiento de la dignidad.

Sin poder apenas respirar, con los ojos encendidos y las manos crispadas, detúvose frente á su esposa, y dijo enérgicamente:

—Prefiero morir.

—Si te empeñas...

—¡Oh!

—Temo que ahora pagues los pecados que has cometido en toda tu vida,—replicó la jóven, cuya calma encendia más y más la cólera de su esposo.

—Felisa, es preciso que lo sepas de una vez, te amo; mi voluntad es impotente contra la pasión que me domina, y... ¡los celos me destrozan el alma!

—¡Celos tú!...

—Sí.

—¡Celos el hombre que acepta lo que tú has aceptado!

—Me haría ilusiones que ahora son imposibles.

—A tu edad, con tu experiencia... ¡Cosa extraña!... Pero en fin, la culpa no es mía, sino tuya.

—A pesar de todos tus razonamientos...

—¡Qué harás?

—No me separaré de tí,—repuso Eduardo con firmeza..

—Empiezo á creer que no cederás.

—Ya he dicho que prefiero morir.

—Yo tampoco cambiaré de resolución.

—Pues bien...

—Basta... ¿Para qué hemos de mortificarnos con discusiones estériles? Cada cual hará lo que quiera ó lo que pueda... Ahora descansaremos y meditaremos.

Felisa se puso en pié y salió del gabinete.

Eduardo quedó inmóvil por algunos minutos.

Sus ideas eran confusas.

Aunque estaba convencido de su impotencia, no aceptaba la nueva situación, no se resignaba.

¿Qué haría?

Luchar mientras tuviese vida.

CAPITULO XVII.

Mister Clairk.

A la mañana siguiente se levantaron los dos esposos á la hora de costumbre, almorzaron sin pronunciar una palabra, y Felisa fué á su gabinete para peinarse y vestirse.

Ya no podia Eduardo provocar nuevas explicaciones ni discusiones, y tenia que esperar los sucesos.

Quiso seguir meditando con libertad completa, y se encerró en su despacho.

Trascurrieron dos horas.

Oyó que llamaban y se estremeció violentamente, diciendo para sí:

—¿Si será ese hombre?

Quiso preguntar, pero tuvo miedo; la realidad era demasiado horrible y le espantaba.

Otra media hora pasó.

La doncella entró en el despacho, y le dijo al infeliz marido que su esposa lo llamaba.

—¿Está sola?—preguntó Eduardo.

—Hay un caballero.

—¿Quién es?

—No lo conozco... parece extranjero.

Se hizo más densa la palidez del rostro de Eduardo, y un fulgor siniestro se escapó de sus pupilas.

¿Conseguiría dominarse?

Era dudoso.

El atrevimiento de Felisa apenas se concibe.

Poner el marido frente al amante era provocar un conflicto cuyas consecuencias podían ser las más horribles.

Grandes esfuerzos hizo Eduardo para dominarse, y fue al aposento donde se encontraba su mujer con un hombre de cuarenta años, elevada estatura, formas musculares, ojos azules y cabellos rubios.

—Tengo el placer—dijo Felisa á su esposo—de presentarte á mi buen amigo mister Clairk.

Este se puso en pié, se inclinó ceremoniosamente, pronunció algunas palabras con voz gutu-

ral y en un idioma que él creía ser español, y volvió á sentarse.

Eduardo tambien se sentó maquinalmente, y fijó una mirada penetrante en el inglés.

¿Cómo habia de principiar aquella conversacion?

Para la jóven no hubo dificultades, y desde luego entró de lleno en el asunto, diciendo á su marido:

—He hablado con este caballero del asunto que nos ocupó anoche, y le he dado á conocer tu opinion, ó más bien tu resolucion de oponerte á nuestro proyecto. Yo quisiera encontrar otra solucion; pero acabo de convencerme de que no es posible, y te he llamado para que pronuncies la última palabra.

—No te separarás de mí,—respondió Eduardo con acento breve.

—¡Oh!—murmuró el inglés.—Estar firme.

—Es irrevocable mi resolucion.

—La mia ser lo mismo,—repuso m^lster Clairk mientras colocaba su lente en el ojo derecho.—Yo tener costumbre de romper piernas al que me persigue.

Estas palabras, que eran una amenaza la más

ofensiva, una provocacion insufrible, ponian término á la conversacion.

Sintió Eduardo afluir á su cabeza toda su sangre.

Púsose en pié, y en tanto que de sus ojos se escapaban centellas, gritó fuera de sí:

—Salga usted, caballero, porque no respondo de lo que haré.

—Ofenderme... ¡Oh! Yo desafiar...

El inglés se levantó, tomó su sombrero, saludó y salió con la más perfecta tranquilidad.

—Señora,—dijo Eduardo con voz ahogada por el corage,—estoy decidido á todo, quedaremos deshonorados, sufriré el desprecio del mundo, pero haré uso de mis derechos, y si se empeña usted en separarse de mí, será para vivir en un convento ó en una casa de reclusion.

Felisa hizo un gesto de desden y se encogió de hombros.

Satanás debía estar en el alma de aquella mujer.

Era indudable que para Eduardo habia llegado el dia de la espiacion, y por grande que fuese el castigo, no seria más del que merecia.

No tenia derecho á quejarse, pues ni siquiera

arrepentido estaba, segun ya hemos visto, pues sobre haber deshonrado y abandonado á la pobre Andrea, quiso cometer un nuevo abuso con la infeliz.

Aquella misma tarde se presentaron al calavera dos amigos y representantes del inglés para exigir satisfaccion por las ofensas que éste aseguraba haber recibido de aquel.

Como no podia Eduardo dar explicaciones, se concretó á responder que era verdad que habia dirigido palabras injuriosas á mister Clairk, y que no las retiraba.

No era cobarde el marido de Felisa, ni podia serlo en aquellos momentos de desesperacion:

Nombró, pues, sus testigos, y el duelo quedó arreglado para la mañana siguiente.

Ignoramos si se apercibió Felisa de lo que pasaba; pero debió esperarlo y comprenderlo. Sin embargo, continuó tranquila, indiferente, y ni una palabra pronunció aquel dia, como no fuese para hablar con su doncella.

Llegó el nuevo dia.

Poco despues de haber amanecido habia dos carruajes en las cercanías de las ventas del Espiritu Santo, y como á quinientos pasos de allí, en

un lugar inculto y solitario, se encontraban siete hombres.

Eran Eduardo, mister Clairk, los testigos y un médico.

Pálido estaba el rostro del primero, cuya mirada era sombría, y en vano con sonrisa forzada intentaba ocultar la agitacion de su espíritu.

Seremos justos y diremos que no le espantaba el peligro; pero sufría mucho, porque le atormentaban los celos.

La tranquilidad del inglés era la misma que el día anterior.

Hicieron los testigos el último esfuerzo para evitar el sangriento lance; pero no lo consiguieron.

—Yo no querer matar,—dijo el inglés;—pero sí romper pierna.

Colocáronse á quince pasos el uno del otro; y la suerte decidió que Eduardo tirase el primero.

Por algunos momentos reinó un silencio absoluto.

No podia morir más que uno de ellos, y la verdad es que ambos eran igualmente criminales.

Hizo fuego Eduardo.

El inglés permaneció inmóvil; había quedado ileso.

—Romper pierna,—volvió á decir en voz bastante alta para que lo oyeran todos.

Apuntó, disparó...

Lívido se tornó el rostro del marido de Felisa.

Esforzóse para guardar el equilibrio.

Acudieron á él, lo sostuvieron...

Estaba herido en la parte inferior de la pierna derecha.

Mister Clairk había cumplido su palabra.

El médico reconoció la herida en cuanto le fué posible, curó de primera intencion y dijo:

—No parece grave.

Saludó el inglés tranquilamente y se alejó con sus amigos.

Por de pronto se habia salvado el honor, segun lo entendemos, y que consiste muchas veces en que un marido que no sabe manejar ningun arma, se deje matar por el amante de su mujer.

¿Llegará un dia en que los hombres encuentren otro medio de salvar el honor?

Lo dudamos, y si sucede ha de ser el último paso que la humanidad dé en el camino de la perfectibilidad.

Ya no tenemos aquellos desafíos llamados juicios de Dios, pero los hombres se baten lo mismo que en los tiempos bárbaros, con la misma facilidad, es decir, que sobre este punto nada hemos adelantado.

Con gravedad recibió Felisa á los que le presentaron á su esposo herido, y despues de enterarse de los detalles del desafio y de escuchar al médico, dijo:

—Así lo exigia el honor y es preciso resignarse.

Todos admiraron el valor de aquella mujer sublime.

Cuando estuvo sola exclamó:

—¡Oh!... ¡Y mi reputacion tambien ha de ser muy pronto herida!... No arrostraré el desprecio del mundo.

CAPITULO XVIII.

Despues del duelo.

El desafio fué el objeto de todas las conversaciones aquel dia, y se hicieron más comentarios por lo mismo que no se conocia la verdadera caúsa.

Mister Clairk habia fundado su queja en las ofensas que Eduardo le hizo, y éste declaró que efectivamente habia pronunciado palabras injuriosas; pero ¿por qué?

Hé ahí lo que nadie sabia.

Y como la curiosidad necesita á toda costa satisfacerse aunque sea con absurdos, para satisfacerla dijeron los maliciosos algo que absurdo no era.

La mujer de Eduardo era bella y de antece-

dentes misteriosos, y nada de particular tenia que ella hubiera sido la causa del desafío.

Se principió por suponer, y se concluyó por afirmar; pero surgió otra duda.

¿Correspondia Felisa al amor del inglés?

Preciso era observar.

Ya no era menester que nadie revelara el secreto, porque seria bastante la malicia para que padeciese mucho la honra de aquella mujer.

Cuando Segismundo tuvo noticia de lo que habia sucedido, se preguntó:

—¿Qué debo hacer?

Nada tenia que esperar ya del herido; pero le pareció acertado acudir á Felisa, esperando que ella, para salvar su honra, entregaria sin vacilar los tres mil duros.

Tres dias despues del en que tuvo lugar el duelo, el tahur se presentó en la vivienda de Eduardo, diciendo que tenia necesidad de ver á la esposa de éste para tratar de un asunto de muchísima importancia.

Felisa lo recibió, porque adivinó quién era, lo saludó afablemente y le dijo:

—No es menester que se moleste usted en darme explicaciones del objeto de su visita, porque

mi esposo me habló de lo que con usted había tratado.

—Me felicito, señora, porque así terminaremos más pronto y me evitaré el disgusto de hacer cierta clase de comentarios; pero sí me permitirá usted que recuerde que mi situación es muy apurada, pues de otro modo me hubiera esperado á que su esposo recobrase la salud ó que usted se tranquilizase.

—La criatura tiene que someterse á las circunstancias, y yo también me someto y pago mis ligerezas sin quejarme.

—Señora, principiaré reconociendo que cometo un abuso.

—Yo también lo cometería si me encontrase en la situación de usted,—dijo sencillamente Felisa.

—Déme usted á conocer un secreto del que dependa la vida ó el honor de una persona rica, y verá usted cómo lo exploto sin vacilar.

—¡Oh!...

—¿Había usted creído que yo era hipócrita? Lo soy y engaño al mundo cuando me conviene; pero cuando hablo con quien me conoce y tiene un alma tan ruin como la mía, no cometo la ridícula torpeza de fingir.

—Estoy aturdido, lo confieso,—dijo Segismundo, mientras miraba con asombro á Felisa.—No se parece usted á ninguna mujer... ¡Ah!... ¡Qué feliz debe considerarse mi amigo Eduardo!

—Gracias,—respondió la mujer diabólica, desplegando la más seductora de las sonrisas.

Y envolvió al truhan en una mirada irresistible, profunda, abrasadora, fascinadora.

Nunca había sentido Segismundo lo que entonces sintió.

Enrojecieron sus mejillas como si fuera á brotar la sangre, y sus pupilas relumbraron con el fuego de la sensualidad.

Maquinalmente, como obedeciendo á una fuerza misteriosa, se movió y acercó más á Felisa.

—Espero,—dijo ésta,—que no me negará usted la gracia que voy á pedirle, y en cambio, si yo puedo hacerle á usted algun favor...

—Sí, nos entenderemos, porque... ¡Oh!... A una mujer como usted no es posible... Escucho, señora, y escucho con delicia...

La bellísima jóven cambió de postura, recostándose con demasiado descuido en el sillón, y... ¡No habeis conocido mujeres que no dan ninguna importancia á detalles que tienen mucha para el

pudor? Pues bien, si las habeis visto, no es menester que diga lo que es muy difícil de explicar y muy fácil de comprender.

Recordaremos que Felisa era una de esas mujeres que provocan aún contra su voluntad y de las que podría decirse que tienen en abundancia un fluido que comunican, y enciende y trastorna.

Además, su belleza, sus encantos... Y los encantos de la mujer arrebatan más cuando no acabamos de conocerlos, cuando los vislumbramos, porque entonces tienen el atractivo del misterio, más todavía, cuando estamos á solas con una mujer, se aviva el fuego de lo que pudiéramos llamar la codicia de los sentidos.

Figúrese el lector cómo estaria Segismundo, siendo, como era, bilioso y excesivamente nervioso.

No es menester decir que un color se le iba y otro se le venia; y no consistia el mal en los colores, sino en lo que sentia el desdichado, que temblaba y se movia sin cesar como si el asiento del sillón estuviese erizado de agujas, y sus ojos parecian dos candiles bien provistos de aceite.

Por supuesto, que ella estaba muy tranquila, aunque pareciese algo agitada.

En aquellos momentos era el truhan tan digno de compasion como Tántalo.

—Sí,—dijo Felisa,—nos entendemos perfectamente. Estimo mucho mi reputacion, porque soy vanidosa y quiero que el mundo me guarde consideraciones y me respete. ¿Son tres mil duros lo mi reputacion ha de costarme? Los daré de buena gana. Yo gano el dinero con facilidad y...

—¡Quién fuera rico!

—El hombre consigue lo que menos espera.

—¡Ah!...

—Temo que nuestra desgracia, el desafio, dé ocasion á los murmuradores para suponer que mister Clairk me enamora.

—La culpa será de la belleza de usted.

—Tendré paciencia.

—Yo quisiera ser inglés ó encontrarme en la situacion de Eduardo...

—¿Con una pierna rota?

—Aunque fuesen las dos,—dijo arrebatadamente Segismundo.

—¡Raro capricho!...

—Señora...

—Con que decíamos que...

—No recuerdo...

—En fin, daré los tres mil duros; pero será preciso que usted me dé otra cosa.

—Hasta la vida.

—No quiero más que tiempo, pues ya comprenderá usted que ahora no puedo ocuparme más que de mi marido.

—Es verdad.

—Y si entre tanto tiene usted necesidad absoluta de alguna pequeña cantidad, cuarenta ó cincuenta duros...

—¡Es tan apurada mi situación!...

—Lo que yo tengo lo partiremos como buenos amigos. ¿Puedo hacer más?

—Convenido, señora, y le pido mil perdones...

—No me ha ofendido usted, por el contrario, no me ha dicho usted una palabra que no sea muy agradable.

—Tanta bondad...

—Espere usted un momento.

Felisa salió del gabinete, volviendo á los pocos momentos, y entregó mil reales á Segismundo.

Este se estremeció al tocar la mano de la joven, y se despió y se fué, mientras decía para sí:

—¡Qué mujer!... Estoy loco y... ¿Se ha propues-

to trastornarme para que le perdone los tres mil duros? Todo es posible, y si se empeña, en un momento de arrebató seré capaz de todo.

Se equivocaba el truhan, porque la jóven no deseaba más que ganar tiempo, y ni daría más de los cincuenta duros, ni concedería ningun favor que los compensase.

¿Y Eduardo?

Se habia debilitado mucho, y con frecuencia lo devoraba la fiebre.

No podría dejar el lecho antes de un mes, segun los médicos, y el pié le quedaria defectuoso.

Felisa representaba admirablemente su papel de esposa que cumple con sus deberes, pues apenas salia del dormitorio del herido.

Este, cuando estaba despejado, intentaba hablar de la cuestion grave que habia sido causa del desaffio; pero ella lo interrumpia diciéndole:

—El médico ha prohibido que hables y que te ocupes de ningun asunto.

—Pero quiero saber si has cambiado de resolucion.

—No,—con testaba sencillamente la jóven.

—¡Felisa! ¡Felisa!—exclamaba desesperada.

mente Eduardo mientras se revolvia en el lecho.

—Ya sabes que necesitas calma...

—¿Por qué me la robas?

—Si lo deseas, mentiré.

—No, no.

—Entonces...

—¿Qué me importa morir si tú me abandonas?

—Pues ya sabes que desapareceré cuando menos lo esperes.

—Y te seguiré, y te buscaré, y ese hombre...

—Harás lo que puedas.

El enfermo gritaba, amenazaba, suplicaba, y alguna vez lloró como un niño.

Felisa escuchaba siempre con glacial indiferencia.

Cuando se agotaban las fuerzas del desdichado, cerrábanse sus ojos y quedaba aletargado por la fiebre.

¿Y mister Clairk?

Todas las noches iba á visitar á la mujer satánica que lo habia trastornado. A las doce entraba sin llamar, porque tenia una llave, y salia cuando empezaba á sonreir la aurora.

Entre tanto su víctima exhalaba gemidos angustiosos ó llamaba á su esposa.

Los curiosos habian hecho cuanto es imaginable para averiguar lo que de cierto habia en la conducta de la jóven; pero nada habian conseguido.

Segismundo continuaba callando y esperando los tres mil duros, con la intencion de explotar tambien á don Rufino.

CAPITULO XIX.

De lo que era capaz Felisa.

Quince dias pasaron.

Los primeros rayos del sol se dejaban ver, cuando Eduardo abrió los ojos, se pasó las manos por la frente y miró á su alrededor.

Muy mal habia pasado la noche, porque su sueño fué agitado, y las más horribles pesadillas le hicieron despertar con frecuencia y poseido de pavor.

Habia enflaquecido mucho, y estaba densamente pálido.

Supuso que su mujer descansaba, y se ocupó en lo que menos le convenia pensar, en hacer tristes reflexiones sobre su triste situacion.

Preguntábase si Felisa seria capaz de poner

en práctica su resolución, y no quería creer que sucediese así.

¿Cómo había de aceptar desgracia tan horrenda?

—¡Cuánto sufro!—murmuró después de largo rato de meditación.—¿Es que Dios me castiga?... —Pero Felisa es dichosa, y su conciencia no está más limpia que la mía.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, se abrió la puerta y asomó el rostro horrible de Manuela.

—¿Qué quieres?—le preguntó Eduardo.

—Saber si estaba usted dormido,—respondió la criada, acabando de entrar y acercándose al lecho.—Más de veinte veces he venido durante la noche, y siempre lo encontraba á usted con los ojos cerrados y fatigoso.

—Es, decir, que tú has sido la encargada de cuidar de mí...

—Pues claro está. ¿Quién había de ser?

—Tu señora, ó Pepa...

—Habían salido.

Eduardo fijó una mirada de extrañeza en la sirviente.

—¡Que salieron!—murmuró.

—Sí, á las siete, despues de comer.

—¿Y á qué hora volvieron?

—A ninguna.

—¡Manuela!...

—Y me parece que no volverán, porque ha pasado toda la noche, son las ocho de la mañana y... Quizás me equivoque, pero usted saldrá de dudas al leer esta carta.

La sirvienta entregó un papel á su señor, que estaba aturdido y ni á replicar acertaba.

—Que se fué, — murmuró sin darse apenas cuenta de lo que decia,—y no ha vuelto, y...

—Lea usted.

—¡Que lea!

—Sí, la carta...

—¡Oh...! No sé lo que siento...

Desdobló el papel mientras Manuela acababa de abrir el balcon para que entrase más luz.

Felisa habia escrito lo siguiente:

«En el cajon de la mesa de noche encontrarás dos mil duros en oro que te deja mi amigo para que atiendas á tu curacion.

»Como te obstinas en peseguirme, tendré que ocultarme, y no podré enviarte la pension que te ofrecí, porque sabrias dónde me encontraba, y no

me dejarias un momento de tranquilidad con tus ridículos arrebatos de amor y tus no menos ridículos celos y exigencias. Puesto que te empeñas en morir de hambre, ¿qué he de hacer?

»No aguardes noticias mías.

»Dispon como quieras de cuanto hay en la casa.—*Felisa.*»

La carta no podia ser más lacónica ni más elocuente.

Eduardo quedó inmóvil y con la mirada fija en el papel.

No hubiera podido decir lo que sentia ni lo que pensaba.

Aunque estuviera convencido, que no lo estaba, de que su mujer acabaria por abandonarlo, no habia creído que lo hiciese tan pronto y de aquella manera, ni que lo dejara abandonado en el lecho.

La crueldad de Felisa apenas se concibe.

Lo repetimos, aquella mujer tenia en el alma á Satanás.

Después de algunos minutos suspiró penosamente Eduardo.

Se pasó las manos por la frente, volvió á leer y luego le dijo á la criada:

—Mírame bien.

—Ya lo hago.

—¿No estoy dormido?

—Lo que está usted es pálido como un difunto, y si no consigue sosegar un poco, se pondrá peor.

—¿Sabes lo que me pasa?

—No, señor.

—Yo tampoco.

—Cosa rara.

—¡Oh...! ¡Tendré fuerzas para soportar este golpe...? Solo, abandonado, deshonrado y en el camino de la miseria... ¿Quién se apiadará de mí?

Y el calavera soberbio y sin corazón, inclinó la cabeza sobre el pecho y exhaló un suspiro.

Pocos momentos después se habían humedecido sus ojos.

¿Quién hubiera creído que en ninguna situación pudiese llorar el que había visto con indiferencia las lágrimas de sus víctimas, el que en otra ocasión pensaba en matarse?

Parecía que el espíritu de aquel infeliz se había debilitado á medida que menguaban las fuerzas de su cuerpo.

Siempre había sido un criminal que no mere-

cia perdon, y llegó á ser una criatura abyecta que no podia inspirar más que desprecio ó repugnancia.

Y no era que su conciencia hubiese despertado, que reconociese sus faltas y estuviese arrepentido, sino que le espantaba su situacion con la deshonra, que heria su amor propio, y con las privaciones, que habian de mortificar su cuerpo.

Si le hubiesen ofrecido la salvacion, exigiéndole que cometiera nuevos crímenes, no hubiera vacilado.

La mayor de sus desgracias en aquella situacion era no poder hacer con Andrea lo que con él hacia Segismundo.

Manuela esperaba explicaciones, siquiera órdenes, pues no sabia qué habia de hacer.

Despues de un cuarto de hora, el pobre marido, que se habia incorporado, volvió á dejarse caer y guardó bajo la almohada la carta de Felisa.

—Quiero descansar para desaturdime,—murmuró.

Se fué Manuela, diciendo para sí:

—Aquí se acabó el negocio. Aunque adivino lo que pasa, no lo sé con seguridad. La señora se ha

ido con el inglés, y no volverá: se ha llevado á Pepa, y á mí me ha dejado, y como en esta casa no habia más dinero que el que ella traia, nos veremos muy pronto sin tener que comer. Esto no me conviene, y necesito hacer algo. Me dá lástima el pobre amo; pero la culpa no es mia. ¿Por qué se casó con semejante mujer?

La sirvienta meditó.

Era demasiado lista y tenia tanta conciencia como su señora.

Media hora despues volvió al dormitorio de Eduardo, que se encontraba bajo la influencia del sopor de la fiebre.

No daba señales de vida sino por su respiracion violenta y frecuente.

Acercóse la criada al lecho, se inclinó y dijo:
—Señor...

Ni el más leve movimiento hizo Eduardo.

—Duerme... Aprovecharé la ocasion.

Introdujo Manuela una mano bajo la almohada y sacó el papel, desdoblándolo y leyendo.

No necesitaba más explicaciones.

—¡Dos mil duros!—exclamó sin poder contenerse.—Tengo la fortuna en la mano.

Reflexionó y en pocos minutos combinó su plan.

Cuando salió del dormitorio recorrió todas las habitaciones de la casa, examinando uno por uno todos los objetos, y fijando la atención particularmente en los que abultaban poco y valían más.

Fácilmente se adivina lo que intentaba.

¿Quién le estorbaría que se apoderase del dinero y de cuanto quisiese?

A las diez se presentó el médico.

—Me parece,—le dijo Manuela,—que encontrará usted peor al enfermo.

—¿Ha pasado mal la noche?

—Es que ha sucedido una cosa muy desagradable: se fué mi señora después de comer y no ha vuelto, y por lo que he podido entender, no volverá. Se llevó á su doncella, y me he quedado sola, de manera que no sé cómo he de salir de este apuro. No quiero permanecer en esta casa, y luego, si mi señor quiere, buscaré una mujer que venga á cuidarlo y me irá.

—¿Es posible lo que está usted diciendo?

—Ya lo verá usted. La señora dejó una carta, y aunque no la he leído, creo que... En fin: ello ha de saberse pronto, y por consiguiente...

—Pero...

—Yo juraría que se ha ido con el inglés...

—¡Ah...!

—Le rompió una pierna á mi señor, y ahora le quita la mujer... Y luego dirán que los caballeros... Todas las noches venia y se estaba con la señora hasta el amanecer, y miétras el pobrecito de mi señor daba unos lamentos que partian el alma.

—Eso es horrible.

—¿Pues qué, no sabia usted que mi señora era una perdida...? ¡Bah...! Siempre estaba metida su enredos, y así ganaba para vivir. ¿Qué le importa que su marido se muera? Y mire usted, mi señor es un ángel, nunca le he oido una palabra más alta que otra, y siempre estaba haciendo fiestas y mimos á su mujer.

—No se concibe tanta maldad.

—El pobre señor lloraba...

—Quiera Dios que no le cueste la vida el golpe, porque no es difícil que la fiebre tome un carácter cerebral, en cuyo caso sucumbiria.

—Más le hubiera valido morir.

—Veamos cómo se encuentra.

—Sucederá todo lo malo, porque en esta casa ha caido una maldicion, y yo me iré, sí, me iré, porque no quiero responsabilidades, y si me ponen

estorbos, acudiré á la justicia, porque ya vé usted, nadie sabe lo que ha quedado en la casa, y si falta algo... En fin, que me iré.

El médico examinó detenidamente á Eduardo.

—Caballero,—dijo éste que ya empezaba á recobrar la energía,—tengo necesidad absoluta de levantarme, de moverme, de salir...

—Hoy es imposible.

—Si conociese usted mi situacion...

—Ya me ha dicho la criada que es usted víctima de la traicion más criminal, y si no hace usted un esfuerzo para dominarse...

—Me sobra valor.

—No basta.

—Lo que necesito es que mi cuerpo recobre las fuerzas... ¡Oh!... La mujer á quien he amado con tanta ternura, á la que dí mi nombre, haciéndola depositaria de mi honor...

—La desgracia no es la deshonra, y el mundo no puede hacerle á usted responsable de faltas que usted no ha cometido.

—Sin embargo...

—A la mujer que comete tan grave falta, se la desprecia y olvida, y en cuanto á castigo, ya lo encontrará en su misma conducta, porque más ó

ménos tarde ha de verse abandonada, y cuando llegue la vejez, ni siquiera tendrá los criminales recursos que ahora.

—Y yo,—dijo la criada tomando parte en la conversacion,—no quiero estar aquí más que el tiempo preciso para buscar una enfermera y los criados que usted quiera tener.

—Manuela, si tú tambien me abandonas...

—No, señor; pero tampoco puedo atenderlo á usted como necesita, y no debe usted llevar á mal que busque mi conveniencia.

—Te dejo en libertad.

El médico recetó, prometiendo hacer lo posible para que cuanto antes pudiera dejar Eduardo el lecho.

Aquel mismo dia buscó Manuela dos criadas, una para las faenas domésticas, y otra para que cuidase del enfermo, debiendo ambas instalarse en la casa á la mañana siguiente.

A las tres de la tarde se presentó Segismundo, que iba por más dinero y para gozar y mortificarse con los encantos de Felisa.

—No está la señora,—le dijo Manuela.

—Volveré más tarde,—respondió el tahir.

—Tampoco la encontrará usted.

—Eso no lo entiendo.

—Pues quiero decir que mi señora salió anoche con su doncella y no ha vuelto ni volverá, y sabe Dios si se encontrará á doscientas leguas de Madrid.

—¡Ha desaparecido!

—Eso es.

—¡Con su doncella!...

—Y con un inglés, con el que rompió la pierna á mi pobre señor... ¿Lo entiende usted ahora?

No pudo contestar Segismundo.

Su obra, tan difícilmente llevada á cabo, se derrumbaba en un instante.

Veia desaparecer tres mil duros que casi habia tocado ya, con la circunstancia agravante de que aquella mañana habia gastado la última peseta.

—¿No me ha entendido usted todavía?—le preguntó la criada despues de algunos momentos.

—Sí... No...

—Será menester una cuchara... ¡Jesús!... ¿Pues no sabia usted que la señora era una perdida?

—Sí.

—Entonces...

—¡Me ha robado!...

—¿A usted?—replicó la criada mirando de piés á cabeza al tahir y sonriendo maliciosamente.

—A mí... ¿Y por qué no?

—Pues mire usted, nadie lo hubiera creído.

—Tenía que entregarme tres mil duros, que yo los había ganado, que eran míos.

—Cuéntelos usted con los muertos... Y se conoce que le hacían á usted mucha falta, ¿no es verdad?

Segismundo se alejó desesperado.

—Para esto quería que me esperase,—decía.— Me ha engañado, y se burlaba de mí... ¡Y no puedo vengarme!... Sin embargo, antes que la noticia cunda veré á don Rufino, y algo le sacaré por el secreto que ya nada vale.

No quiso perder un instante el tahir, y quince minutos despues entraba en la vivienda del viejo libertino.

Ya no era éste, como suele decirse, ni su sombra.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó con aspereza al miserable que intentaba estafarlo.

—Caballero, yo soy un bribon como otros muchos.

—¿Y qué me importa?

—Lo digo para que no se sorprenda usted al escuchar lo que voy á proponerle.

—No será cosa buena.

—Para mí mucho, para usted tambien y...

—¿Ignora usted que soy un hombre honrado?

—Pero con toda su honradez debe estar herido por los desdenes y burlas de una mujer cuya vida es un misterio, y cuyo misterio he logrado penetrar, y como este secreto vale mucho para usted y yo estoy dispuesto á explotarlo, á venderlo á quien bien lo pague...

—¿De quién se trata?

—De la encantadora Felisa...

—¡Ah!...

—Me parece que...

—¿Viene usted á decirme que se ha ido con el inglés que rompió á su marido la pierna, y que siempre ha sido una perdida que traficaba con sus amantes?

—¡Don Rufino!...

—¿Sabe usted algo más?

—¡Oh!...

—Porque todo eso se cuenta públicamente. Yo lo sé por mi médico, que es el que cura al pobre Eduardo, y...



—Basta, basta... ¡Horrible fatalidad!

No dijo más Segismundo, ni más escuchó, y trastornado, medio loco, salió de la casa para ir á llorar la pérdida de los tres mil duros.

Entre tanto no se hablaba en Madrid de otro asunto, y unos consideraban á Eduardo como víctima digna de compasion, y otros lo acusaban duramente, suponiendo que su casamiento fué un negocio repugnante.

CAPITULO XX.

El robo.

Llegó la noche.

Manuela entraba frecuentemente en el dormitorio de Eduardo, y pudo observar que el recargo febril era más intenso que los días anteriores, lo cual nada tenía de extraño después de las violentas conmociones de aquel día.

Las visitas habían sido muchas también, pues los curiosos, con pretexto de ofrecer sus servicios, querían enterarse bien del suceso. El desdichado paciente á nadie quiso recibir; pero en cambio la criada refirió á todo el mundo lo que había pasado, aunque omitiendo lo de la carta de Felisa, porque sobre este punto le convenía mostrar ignorancia absoluta.

Cuando dieron las doce estaba el enfermo alestargado por la fiebre; y de vez en cuando se movía y pronunciaba los nombres de su mujer y del inglés, y algunas otras palabras incoherentes.

Las circunstancias eran las más favorables para la criada, que ya tenía trazado su plan sin haber olvidado ningún detalle.

Al sonar la campana del reloj que había en el gabinete, Manuela se acercó al balcón, y pocos momentos después oyó un silbido.

—Es Manolo,—murmuró la sirvienta.

Te has equivocado, lector, si creías que aquella mujer tan horriblemente fea no tenía un amante.

Lo tenía, y era joven, y buen mozo.

Tomó ella una luz, salió del cuarto, bajó y abrió la puerta de la casa.

La portera dormía en una de las bohardillas, y no pudo apercibirse de nada.

En el portal entró un hombre, que no tendría más de veinticuatro años, con capa, chaqueta, pantalón de paño muy fino, faja de seda de vivos colores, y camisa muy limpia con botones de plata. De este metal era la cadena del reloj.

Sus maneras revelaban al hombre vanidoso.

Su semblante, aunque no carecia de belleza varonil, era repulsivo.

Manuela lo recibió con sonrisas y palabras agradables.

—Aquí me tienes,—dijo él con ese acento que es peculiar de los miserables que viven particularmente á costa de esas desdichadas que han caído en el lodazal de la prostitucion, y que siempre están dispuestos á cometer todos los crímenes que no presenten ningun peligro.

Esos hombres, á ciencia y paciencia de la sociedad, se pasean á todas horas, visten con lujo y gastan á manos llenas. Como enemigos del socialismo, no pedimos para ellos ciertas leyes; pero al verlos pensamos que cuando un Gobierno, bien sea porque profese el principio del *salus populi*, bien porque le obliguen las circunstancias políticas apela á ciertas medidas contrarias al derecho individual, entonces podia prestar á la sociedad un gran servicio, aumentando la poblacion de Fernando Póo y de las Marianas, considerando iguales á los conspiradores políticos y á los que conspiran contra la moralidad y son, no solamente una llaga, sino un borron de la sociedad. Con

este sistema se limpiarian de vez en cuando los grandes centros de poblacion.

—Todo está arreglado,—dijo la criada.

—Eso merece algo, paloma,—respondió Manolo.

Y con los labios y sobre los labios de su amada demostró su contento.

—Pero si vienes solo...

—Me aguardan dos amigos de confianza, que me ayudarán.

—Vamos... ¡Y qué buena vida nos pasaremos!

—Ya verás lo que es gloria.

Subieron.

Entraron en una habitacion donde habia dos envoltorios blancos.

—Todo esto,—dijo Manuela,—son sábanas, manteles y cosas por el estilo que se venden bien ó se empeñan en seguida, y además dos candeleros de plata, y algunos cubiertos.

—Bien, Manolilla.

—¿Estás contento?

—Que sí, mujer.

—Pues carga con eso.

—¡Y los cuartos?

—Los cogeré cuando tenga ocasion, y mañana los llevaré.

—Cuidado.

—Ya me conoces.

Manolo cogió los lios, bajaron y salió despues de haberse despedido muy cariñosamente.

Cuando volvió Manuela al dormitorio de Eduardo, éste no daba señales de vida más que por su respiracion violenta y precipitada.

Entonces fué cuando la criminal abrió el cajon de la mesa de noche, encontrando dos paquetitos con monedas de oro.

Los deshizo y contó.

Habia dos mil duros.

La criminal quiso ser prudente por su conveniencia, y determinó dejar una parte de aquel dinero para que Eduardo no se apercibiese inmediatamente de que lo habian robado.

Dejó Manuela esparcidos en el cajon diez mil reales y guardó el resto.

En seguida introdujo suavemente la mano debajo de la almohada, y sacó el papel, porque era preciso que desapareciese aquel documento donde se consignaba que habian quedado dos mil duros en el cajon.

Estaba consumado el abuso.

El enfermo no se habia apercibido de nada.

¿Había hecho la sirvienta su fortuna?

Nó, porque aquel dinero lo gastaría muy alegremente con su amante y en poco tiempo, viéndose despues abandonada por éste, y obligada á servir para comer y sostener los vicios de otro bribón.

Ya no se percibió en la casa ni el más leve ruido.

Una hora despues dormía Manuela recostada en un sillón.

La noche no pudo ser más horrible para Eduardo. Visiones las más espantosas se le habían presentado durante su letárgico sueño.

A las siete de la mañana se despejó, miró á todos lados y exhaló un penoso suspiro.

Pensó en su situación tristísima.

Tenia dinero para vivir algunos meses; pero ¿y despues?

No acariciaba ya la idea del suicidio, que le horrorizaba.

Nunca había tenido apego á la vida, y entonces la amaba, cuando no esperaba ningun goce, cuando su existencia debía ser una série no interrumpida de sufrimientos.

¿Cómo se explica este cambio?

No tiene explicacion, porque el hombre no puede penetrar todos los secretos de las leyes de la naturaleza.

Eduardo se entregaba unas veces á los transportes de la desesperacion, y otras lloraba como un niño, y tan pronto maldecia á Felisa, como la nombraba con acento de inmensa ternura y la llamaba.

Pocas veces borrasca igual destroza el alma de una criatura.

Las nuevas criadas llegaron, y Manuela las presentó á su señor, les hizo formal entrega de la casa, despidióse llorando y se fué.

La voluntad puede mucho, y más la necesidad. A toda costa queria Eduardo salir de la cama, y al dia siguiente se levantó, aunque tuvo que permanecer sentado. Recibió á sus amigos, habló con ellos de su desgracia como quien siente herida su dignidad, y dijo que tenia determinado separarse de su mujer, y que lo hubiera hecho antes si no se lo estorbara su estado.

—¿Y piensas dejar impune ese crimen?—le dijeron algunos.

—¿Y qué he de hacer?—respondió Eduardo.—Tomo el consejo de mi médico, que es tambien un

buen médico del alma. Mi mujer es mi enemigo mayor, y ya conoceis aquel adagio que dice que «á enemigo que huye, puente de plata.»

—Por supuesto, no le entregarás sus bienes...

—Se ha llevado cuanto poseia, porque estaba en deuda del Estado.

—Has debido ser más precavido y tener esos valores en el Banco y á tu nombre.

—Si yo hubiese creido que Felisa era capaz de hacer lo que ha hecho, ¿me hubiese casado con ella?

—Es verdad.

Despues de estas conversaciones, era fácil deducir que el antiguo calavera se quedaba otra vez arruinado.

Durante una semana, cuando las criadas le pedian dinero, Eduardo entreabria el cajon, metia la mano, y sacaba una de las monedas de oro; pero al fin pensó en revisar lo que poseia y guardarlo, porque empezaba á salir del aposento y no era prudente dejar su fortuna á merced de las criadas.

Su mirada se fijó en el dinero que quedaba.

Su rostro se tornó lívido y se desfiguró.

—¡Me han robado!—exclamó.

¿Cuándo y quién?

Lo mismo pudo ser Manuela que las nuevas criadas.

No tiene explicacion lo que sintió Eduardo.

Si consideraba crítica su situacion con dos mil duros, ¿qué debió parecerle cuando no poseia más que la cuarta parte de esta cantidad? Ya no era la amenaza de la ruina, sino que estaba ar-ruinado, es decir, que los temores se habian convertido en realidades, y por consiguiente, no le quedaba ni un solo rayo de esperanza de salvacion.

¡Y no queria morir!

Cuando pudo desaturdirse pensó que tal vez se habia equivocado al leer la carta de Felisa.

Buscó el papel sin conseguir encontrarlo, y acabó por creer que se habria caido al arreglar la cama, y que se lo llevarian entre la basura.

Fuese equivocacion ó robo, no tenia los dos mil duros, ni pruebas de haberlos tenido, ni razones para fundar una acusacion contra las nuevas ni la antigua criada.

Parecia natural que con aquel nuevo sufrimiento se resintiese su quebrantada salud; pero sucedió lo contrario, la desesperacion le dió fuerzas y pudo ocuparse de sus asuntos y salir de su casa tres dias despues.

CAPITULO XXI.

—

La pena del Talion.

Quince dias despues de los sucesos que hemos referido tenia lugar en una fonda de Bayona la más rara de las escenas.

Felisa y mister Clairk con Pepa, ocupaban los tres mejores aposentos del piso principal.

Eran las dos de la tarde.

Despues de almorzar se habia quejado Felisa de un fuerte dolor de cabeza, y no encontrando alivio con nada, se acostó por si conseguia conciliar el sueño.

Á los pocos minutos estaba profundamente dormida, y el inglés salió para dar un paseo; pero se aburrió muy pronto y pensativo y sombrío se volvió á la fonda.

Muy despacio, sin producir el más leve ruido, atravesó la primera de las habitaciones que ocupaba, y se detuvo junto á la puerta de la segunda sin saber por qué lo hacia.

Cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil como una estatua.

Tal vez el pícaro *spleen* amenazaba al inglés, en cuyo caso se entregaria á todas las excentricidades, y aún seria capaz de atentar contra su vida.

Entre tanto, en la tercera de las habitaciones seguia durmiendo la esposa de Eduardo, y en la segunda se encontraba la doncella recostada en un sillón, con esa indolencia que tanto encanto dá en ciertos momentos á las mujeres, por supuesto, si son jóvenes y bonitas, como lo era Pepa, que no tenia más que diez y nueve años, y unos ojos muy vivos, y la nariz corta, algo remangada, que daba á su semblante una expresion casi burlona y que tenia mucha gracia.

En cuanto á sus formas, hubieran podido servir de modelo al artista más escrupuloso y exigente, y sobre este punto tenia la vanidad, y con razon, de valer mucho más que su señora.

Junto á la chimenea se encontraba, casi frente á la puerta.

Cambió de postura, se restregó los ojos, se pasó las manos por su frente, y murmuró:

—No me divierte esta vida. Siempre viajando, sin poder hablar con nadie, porque no entiendo la geringonza de esta tierra, y sin tiempo para hacer una conquista, porque apenas tiendo la red, nos vamos.

Bostezó, porque estaba sola y no tenía que guardar consideraciones á nadie.

—Si yo encontrara otro inglés con mucha plata... Me gustan más los españoles; pero á falta de pan buenas son tortas. ¡Qué buena vida me pasaría con un inglés rico!

Pepa se recostó más, extendió una pierna y la apoyó en una silla que cerca tenía.

No debía tener frio la jóven porque no cuidaba de abrigarse.

Y ahora, lector, puedes decir si hemos exagerado al asegurar que las formas de Pepa eran admirables.

Cerró los ojos.

No hubieras tú hecho lo mismo, lector.

Volvió á pensar en el supuesto inglés y dió principio al cuento de la lechera.

Viajar como una gran señora, ir á París, pa-

searse en coche, tener un lacayo que no fuese más alto que su sombrilla... ¡Ah!... Lo del lacayo chiquitín era encantador para Pepa, porque creía que cuanto más pequeño es el lacayo, se dá más importancia la señora. Y siempre con vestido de seda y una cola larga, muy larga. También tendría una doncella que la desnudase y la vistiese; y sobre todo, que le quitase las botas, y las medias y hasta le lavase los piés, porque es muy molesta esta operación.

Hay que advertir que el pié de Pepa era más pequeño y más bonito que el de su señora.

La imaginación de la doncella de oficio, volaba.

Y entre tanto el inglés levantó la cortina y dió un paso que no produjo ruido sobre la alfombra.

Volvió á detenerse.

Cambió de expresión su rostro.

Sus pupilas se iluminaron.

A un español le hubiera sucedido lo mismo y mucho más, porque más fácilmente se nos enciende la sangre.

Crejó mister Clairk que había encontrado el remedio para su *spleen*.

—¡Ah!—exclamó.

Pepa abrió los ojos, apresurose á ponerse en pié, y si no se turbó, pareció que se turbaba.

Sus megillas enrojecieron. A esto se le llama el carmin del pudor, aunque no lo sea.

Pepa sabia muy bien que el pudor, el rubor á tiempo es á los deseos del hombre como la pimienta y la mostaza al apetito.

—Tú ser bella;—dijo el inglés,—y yo quererte mia.

—¡Quiá!—replicó la criada.—Yo no he nacido para plato de segunda mesa. ¿Entiende usted?

—Sí.

—¡Pues se acabó!

—Tú ser primera mesa.

—Muchas gracias.

—Quedar aquí la otra, y tú venir París hoy.

—¡Señor!...

—Gustarme tú más el pié.

—¡Jesús!...

—Contestacion ahora y marchar. Yo dejar quinientas libras la otra.

Y el inglés tomó su cartera de viaje y miró á la doncella.

—«El que roba á ladron tienen cien años de perdon...» Andando.

Se acercó mister Clairk á una mesa y escribió en inglés lo siguiente:

«He descubierto el remedio contra el *spleen* y voy tras él.»

Ni una palabra más.

El papel, con un paquetito de billetes de Banco, lo metió en un sobre.

Ni siquiera se cuidó de ver si aún dormía Felisa.

¿Qué le importaba?

Tampoco se cuidaron del equipaje, y salieron despues de decir á un criado que cuando llamase Felisa le advirtiese que tenia sobre la mesa una carta.

Aún pasó media hora.

Despertó la jóven, dejó el lecho y salió á la habitacion donde habia tenido lugar la escena que acabamos de referir.

Miró á todos lados.

Fué al otro aposento.

—¿Y Pepa?—murmuró.

Llamó, presentándose un criado que dijo:

—Mister Clairk salió con la doncella de la señora, y dejaron una carta sobre la mesa.

—¡Una carta!... No comprendo...

—Nada más sé.

Palideció el rostro de Felisa.

Su frente se contrajo.

Rompió el sobre y leyó.

¿Para qué quería más explicaciones?

El primer arrebato de ira fué tan terrible, que, como si hubiese perdido la razón, lanzóse furiosamente hácia la puerta; pero se sintió tan aturrida que tuvo que detenerse y luego sentarse.

Se retorció los brazos, se golpeó la cabeza, gritó y se entregó á los trasportes más violentos.

¡Y su rival era su criada!

Esta circunstancia hería doblemente el amor propio de Felisa.

Además su situación no podía ser más horrible, porque el dinero que le había dejado el inglés se concluiría.

¿Qué recurso le quedaba?

El que siempre había tenido; pero le sería imposible realizar su sueño dorado para la vejez, y le sucedería lo que á todas las desdichadas que se lanzan en el camino de la prostitución, primero el lujo, la vida alegre, y al fin la miseria y los sufrimientos.

Pepa acababa de vengar á Eduardo, y pronto

sufriria la misma suerte que Felisa, sin que tuviera derecho á quejarse, como no lo tenia Eduardo porque su mujer lo abandonase en los momentos más críticos, despues de haber abandonado él á la pobre Andrea. Tampoco don Rufino tenia derecho á quejarse, porque su intencion, al conocer á Cándida, fué explotar la situacion triste de las que parecian dos infelices mujeres, y satisfacer sus impuros deseos deshonrando á una niña inocente. Fué víctima don Raimundo, pero su intencion era la de ser verdugo, y merecia el más duro castigo.

EPILOGO.

Cuatro años despues entraba en el hospital de San Juan de Dios una mujer jóven y que debió ser bella, pero en cuyo rostro pálido y demacrado se veian los estragos hechos por los vicios y las enfermedades. Apenas podia sostenerse, y se sentó mientras acudian los empleados que tenian que cumplir las formalidades reglamentarias.

A los pocos minutos se presentó un hombre pálido, flaco, y miserablemente vestido.

Su mirada era sombría.

Más terrible que su enfermedad debia ser la borrasca que agitaba su espíritu.

Apenas entró fijó en la mujer una mirada penetrante.

Se contrajo su frente más de lo que estaba.

Fulgor siniestro iluminó sus pupilas.

—¡Felisa!—exclamó al fin con voz destemplada.

Levantó ella la cabeza, tembló y dijo:

—¡Eduardo!...

Por algunos momentos quedaron inmóviles y mudos.

—No,—dijo el desdichado libertino con acento que revelaba el extravío;—no moriré en el hospital, como tú vas á morir, no quiero, no quiero.

Y como impulsado por un vértigo, lanzóse hácia la puerta y desapareció.

Felisa exhaló un grito y perdió el conocimiento.

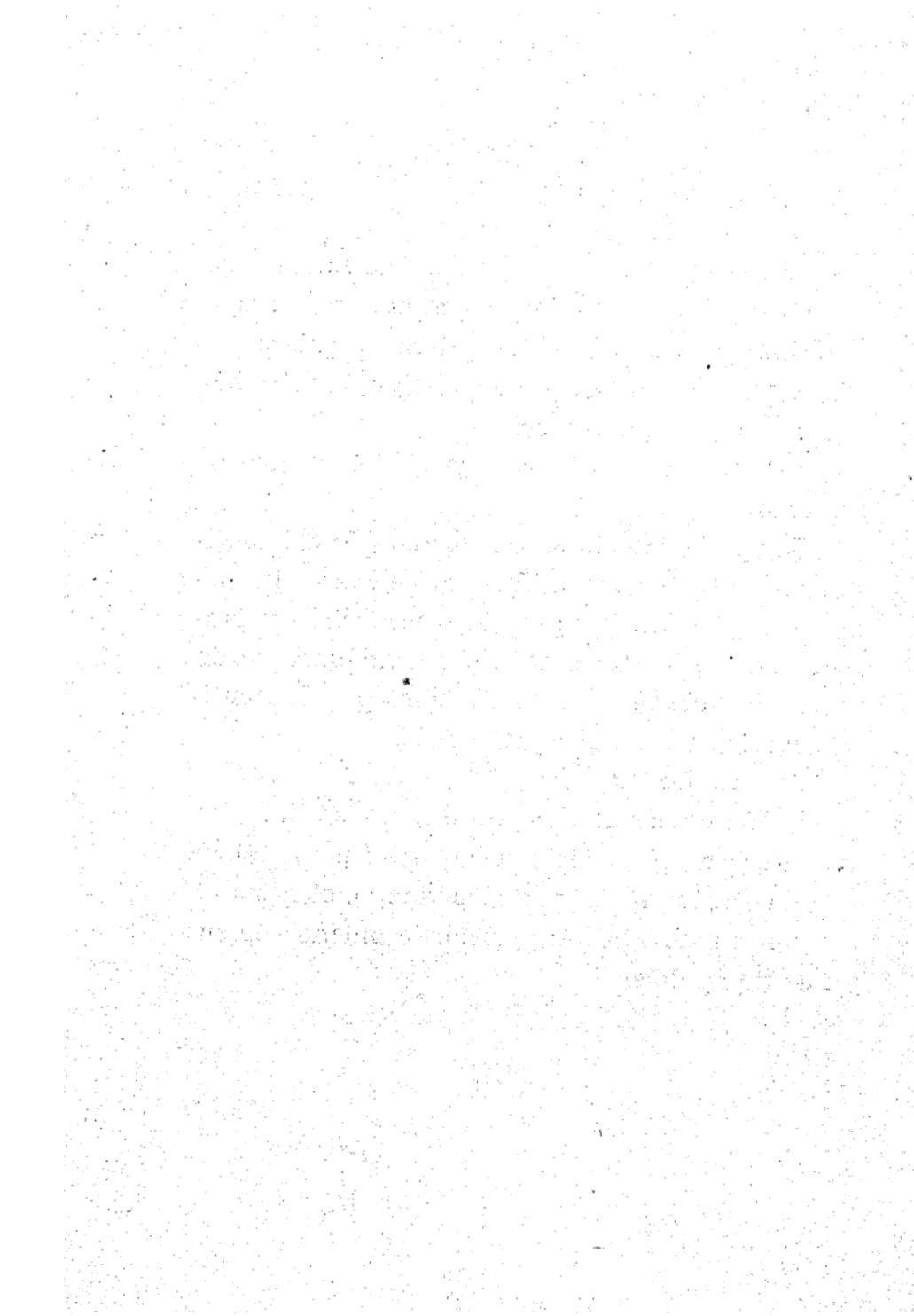
Los periódicos de aquella noche dieron la noticia de que por la tarde, un hombre con levita negra muy raída y que parecia tener treinta y tantos años, se habia arrojado por el viaducto que dá sobre la calle de Segovia. No habia podido identificarse la persona de aquel infeliz.

Era Eduardo.

¿Y los demás personajes de esta historia?

Segismundo habia muerto de una puñalada en un garito; Felisa perdió la vida en el hospital, y don Rufino vive aún, sufriendo mucho con sus incurables dolencias.

FIN.



INDICE.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Un gavilan que puede ser paloma y una paloma que puede ser gabilan.....	5
— II.—Una criada fiel.....	19
— III.—La visita.....	31
— IV.—Otro tipo.....	40
— V.—A oscuras y con luz.....	50
— VI.—Una proposicion.....	59
— VII.—La última pincelada.....	81
— VIII.—De cómo es verdad que hay brujas.....	87
— IX.—Mas disgustos.....	100
— X.—Donde acabamos de conocer á Felisa.....	110
— XI.—Primera borrasca.....	120
— XII.—La bolsa ó el honor.....	134
— XIII.—Un libertino de otra especie.....	149
— XIV.—El último amor.....	161
— XV.—La última resolucion.....	171
— XVI.—El plan de Felisa.....	182
— XVII.—Mister Clairk.....	201
— XVIII.—Despues del duelo.....	209
— XIX.—De lo que era capaz Felisa.....	219
— XX.—El robo.....	234
— XXI.—La pena del Talion.....	244
— EPILOGO.....	252